

experimenta una constante incertidumbre, tanto por las precarias condiciones de trabajo como por no contar con ingresos económicos suficientes y constantes.

Se observa que la movilidad de la fuerza de trabajo formal se da principalmente en la industria maquiladora y en servicios. Una de las principales observaciones es la entrada y salida al mercado laboral por parte de las mujeres jefas de familias, sobre todo aquéllas que se ubican en la fase de expansión del ciclo doméstico, condición atribuida principalmente a los horarios, a los bajos salarios que estas fuentes de trabajo ofrecen, y a la necesidad de atender a sus hijos menores. De hecho, la participación de las mujeres en actividades extradomésticas aún está condicionada por las tareas en el hogar y el cuidado de los hijos, de ahí la preferencia de optar por actividades por cuenta propia (Oliveira, Eternod y López, 1999).

“Trabajo mejor limpiando casas que en la fábrica; son menos horas, y te ayudan más: te dan ropa, te dan esto, ya te dan lo otro y en fábrica no. En la fábrica te pagan 700 pesos; en las casas aunque no tienes otras prestaciones, buscas cómo hacerle, como el seguro popular. Ahora estoy encantada de trabajar con Imelda, porque voy y le hecho un ojo a los niños y en cambio en la fábrica no. Tengo trabajo [de empleada doméstica] aunque a veces no soy buena; no soy una doméstica entera. Entonces, cada persona tiene su modo y uno hace sus cosas pobremente, recoger, mapeas, barres y terminas con la casa recogida, pero vas a otras casas y la manera de cómo les gusta que limpies y eso; pero te vas enseñando, para el día de mañana tú pones tu cuota. Ya sabes, es como si estuvieras preparándote. Ya sí me da la patrona algo de aguinaldo, para la cena, yo estoy conforme porque me están ayudando y todo” (Martha Ramírez).

Los cónyuges jefes de familia en fase de expansión del ciclo doméstico, prefieren laborar en el sector informal, a través de esta estrategia obtienen más ingresos y gozan de mayor flexibilidad de horarios, lo que les permite atender asuntos relacionados con los hijos y la vivienda (Chant, 1999; Barquet, 1997). Este supuesto parece ser comprobado sobre todo en aquellas situaciones en las cuales se cuenta con conocimientos mínimos de un oficio; por tanto, un ayudante de carpintero o un ayudante de mecánico se les atribuyen cierta seguridad laboral. Entre los trabajos informales mayormente mencionados se encuentran el ser vendedor ambulante y empleada doméstica.

Marcos Ramírez y Rubén Fernández se dedican a vender bolsitas de frutas y verduras en diferentes cruceros y avenidas de Tijuana (naranjas, nopales, mandarinas, cacahuates

según la temporada). En la misma situación se encuentra Domingo Santana, el cual se dedica a la venta de manzanas con caramelo en la misma colonia donde vivía. Sin embargo, por la edad y las condiciones de salud de Domingo, le es imposible caminar por mucho tiempo y largas distancias; asimismo, le es difícil cargar mucha mercancía y trabajar durante todos los días de la semana; los tres cónyuges varones pertenecen a familias de residencia ubicadas por debajo del umbral de pobreza alimentaria.

En contraste, las familias de interacción muestran una mayor movilidad de fuerza de trabajo en el sector formal, esta situación tiene varias razones, las cuales tienen que ver con la edad de los integrantes (hay una mayor disponibilidad de personas en edad productiva), con la fase del ciclo doméstico, la mayoría están en la transición entre la fase de expansión y la fase de consolidación. Además de contar con la fuerza de trabajo de miembros del grupo familiar no co-residentes; por ejemplo, José, jefe de la familia Gómez trabaja y vive en los Estados Unidos, en esta familia dos de los hijos jóvenes trabajan formalmente como empleados en el sector servicios.

Tabla no. 15 Movilización de la fuerza de trabajo formal e informal

Tipo de familia	Umbral	Familia	Movilidad de la fuerza de trabajo		
			Informal	Formal	No trabajan
Familias residenciales	Pobreza Alimentaria	Escalante	1		2
		García	2		
		Pérez		1	3
		Santana	1		1
		Fernandez	2		6
		Ramirez	2		4
	Pobreza de capacidades	Barraza	1	1	10
		Rios	2		1
	Pobreza patrimonial	Morales	1		4
No.	Umbral	Familia	Movilidad de la fuerza de trabajo		
			Informal	Formal	No trabajan
Familias de interacción	Pobreza Alimentaria	Osuna			4
		Espinosa	1		2
		Gonzalez	2		4
	Pobreza de capacidades	Andrade	4	2	
		Estrada	1	2	1
		Gómez	1	3	2
	Pobreza patrimonial	Ramos		1	3
		Esquivel	2		2
Diaz			3	4	

Más de la mitad de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges informaron no tienen apoyo económico de su pareja o ex pareja para cubrir necesidades básicas y de consumo. Entre las mujeres cónyuges, el apoyo de la pareja en el ámbito económico muestra situaciones diversas. En un extremo hay mujeres que tienen el apoyo total de la pareja, en el otro extremo, no obstante la presencia de una pareja, ésta se deslinda

totalmente de brindar apoyo económico a la familia. Se ha documentado que las familias encabezadas por mujeres, donde éstas son las principales proveedoras y el cónyuge varón está presente, son las familias más pobres y vulnerables a presentar relaciones conflictivas y violencia doméstica (García y Oliveira 1994; González de la Rocha; 1995).

Las mujeres jefas de familia y en algunos casos su pareja instrumentan una serie de estrategias para atender las necesidades básicas y de consumo de la familia. El apoyo del cónyuge varón se puede clasificar en tres grupos. El primero es el *patrón tradicional* en el cual la mujer se queda en casa atendiendo tareas domésticas, y el hombre en su papel de proveedor sale a trabajar. Tradicionalmente, al cónyuge varón se le ha asignado el papel de proveedor, por tanto, de “mantener” a la familia; su responsabilidad se restringe al trabajo extradoméstico (Guttmann, 1999).

Este supuesto tradicional dista mucho de la realidad de las 18 familias estudiadas, pues sólo en una familia de residencia y en tres de interacción es el jefe de familia varón el proveedor familiar. El caso de la familia Osuna es *ejemplar*. El señor Osuna, después de una larga trayectoria laboral esta gozando de su jubilación, de hecho nunca ha permitido que su esposa labore. Esta situación aparentemente debería posicionar a la familia Osuna con un satisfactorio bienestar material. Sin embargo, la reducida cantidad que reciben a través de la pensión del jefe de familia no les permite cubrir sus necesidades básicas (Ibáñez, 2006).⁵⁸

La mayoría de familias presentan evidencias de la precariedad del trabajo de los jefes de familia varones y de su incapacidad de cumplir con su rol tradicional de proveedor (ausencia, abandono, alcoholismo, desempleo). Esta situación ha sido documentada por autores como Raczynski (1987), Kaztman (1992) y Chant (1999), para ellos los cambios estructurales han minado la capacidad de respuesta de los cónyuges varones de satisfacer las necesidades básicas y de consumo de sus familias.

⁵⁸ “...en general, se espera que haya más hombres recibiendo una pensión que mujeres dentro del grupo de los pensionados, esto debido a cuestiones históricas y sociales del mercado de trabajo, ya que son ellos los que son jefes de hogar y regularmente son los que tienen una relación formal de trabajo. Si bien esto es algo que está cambiando, para las mujeres que trabajan resulta difícil estar dentro del mercado formal de trabajo el tiempo suficiente para adquirir los derechos de una pensión, una vez llegada la edad de retiro; y las pensiones que usualmente reciben son por viudez” (Ibáñez, 2006: 174).

Los estudios sobre el binomio mujer-pobreza surgen a partir que se intensifica la participación femenina en el mercado de trabajo, Feijóo (1999) y Wainerman (2002). La incorporación de la mujer al trabajo extradoméstico es un tema recurrente en los testimonio de las mujeres entrevistadas.

“Las presiones extraordinarias en la familia se agudizan con la crisis porque las familias exigen retener en el hogar el servicio femenino en tanto que es intensivo, diverso y gratuito. La mayor pobreza de las familias demanda que ellas subvencionen sus propios gastos de manutención y, de ser posible, contribuyan en todas las formas posibles al mantenimiento de todos los demás dependientes. La respuesta a estas demandas está condicionada en el hogar por el nivel educativo de las mujeres, la pertenencia a una etnia, su estado civil, su edad, sus capacidades físicas y el nivel de conciencia sobre las responsabilidades individuales hacia la integridad familiar. Paradójicamente, ni la permanencia de las mujeres en el servicio hogareño, ni su salida al empleo, resuelve el problema de la sobrevivencia. La mayoría de los hogares son pobres y el problema del ingreso no se resuelve con la simple alianza interfamiliar. Cada día es más oneroso adquirir la canasta básica (Eguiluz y González, 1997: 189).

El segundo tipo de apoyo en la pareja se refiere al *escaso o nulo apoyo* del varón para cubrir las necesidades básicas. En estas situaciones se ubican siete familias: Fernández, Ramírez, Ríos, Espinosa (pobreza alimentaria); Andrade, Estrada (pobreza de capacidades), y Morales (pobreza patrimonial).

En las familias *Fernández y Ramírez*, Sara y Martha no reciben ningún tipo de apoyo económico de sus respectivas parejas, situación atribuida a que tanto Rubén Fernández como Marcos Ramírez son consumidores de drogas y esporádicamente trabajan como vendedores ambulantes; ambas asumen la responsabilidad de la jefatura de familias nucleares en fase de expansión. Alejandro *Ríos* dejó de apoyar económicamente a su pareja (Rosalinda) e hijos cuando decidió abandonarlos, Rosalinda también asume actualmente la jefatura de una familia nuclear en fase de expansión. Margarita *Espinosa* desde que llegó a Tijuana había aprendido a valerse por sí misma. Aunque por algún tiempo estuvo unida con una pareja, ella siempre siguió cubriendo las necesidades básicas de su familia extensa en fase de expansión. Aunque al momento de la entrevista las familias Andrade y Estrada estén en la fase de dispersión y consolidación respectivamente, Ana y Lucía asumieron la jefatura femenina cuando transitaban por la fase de expansión para proveer las necesidades básicas y de consumo de sus hijos

debido a que sus parejas abandonaron a la familia, el primero por alcoholismo, el segundo por infidelidad.

“Donde quiera me decían cómo es él. Si no ha cambiado en tanto tiempo; has de cuenta que nunca se ha hecho responsable, nunca, me entiendes. Si le hablo de trabajo él se enoja, ¿entonces?...” (Martha Ramírez).

“Lo malo es que no sé ni donde vive mi ex pareja, si no ya le hubiera metido demanda... y luego me dijo él –“tú ve y demándame, yo con que diga que no tengo trabajo y ya; y hazle cómo puedas”. Una vez hablé con un licenciado y me dijo que por medio del DIF lo encontraba...” (Rosalinda Ríos).

Finalmente, hay situaciones como en el caso de la familia **Morales**, donde ella sale a trabajar mientras él se queda en casa. Aunque Ricardo brinda todo su apoyo en los quehaceres domésticos y cuidado de los hijos, Aurora expresa su desesperación porque su pareja se reincorpore a la vida laboral y aporte recursos económicos.

“Yo trabajo, digamos que soy recepcionista, afanadora, carpintera. Ahí no estoy contratada, ni tengo segura social, se puede decir un simple trabajo, no tengo contrato, no tengo seguro social” (Aurora Morales).

Los relatos de Martha Ramírez refuerzan algunos de los hallazgos encontrados en la segunda ola de estudios sobre la relación mujer-pobreza propuesta por Feijóo (1999), en donde las mujeres jefas de familia en tanto proveedoras principales, suelen experimentar mayores niveles de pobreza, conflictos y violencia doméstica (González de la Rocha, 1999); En la familia Ramírez y en la familia Fernández se observa que esta situación se intensifica por el consumo de drogas de parte de sus cónyuges.

“Siempre he dependido yo sola, he tenido obligaciones...él me decía –“por qué te tardaste, por qué hiciste eso o el otro”-, jode y jode conmigo siendo que yo soy la que levanto la casa... Porque cuando estaba con él, yo era la que trabajaba; le tenía que dar la comida, más aparte si me cuidaba a los niños, yo tenía que darle para su droga y era una vida más difícil que como ahora. Aunque a veces sí se me hace difícil, ya no estoy con él” (Martha Ramírez).

El tercer tipo de apoyo en la pareja se caracteriza porque continua o intermitentemente ambos miembros de la pareja se **apoyan mutuamente** para afrontar los costos de las necesidades básicas y de consumo de la familia. Estas situaciones se presentan en siete familias: Santana, Barraza, González, Gómez, Ramos, Díaz y Esquivel. El **apoyo continuo** se presenta en cinco de estas parejas. Aunque Domingo *Santana* sale a trabajar como vendedor ambulante vendiendo manzanas cubiertas de caramelo, es Regina quien las prepara en casa. En la familia *Barraza* Aurelio sale a trabajar en un taller de

carpintería y aporta todos sus ingresos a la economía familiar, pero Adela apoya con actividades extradomésticas para complementar los ingresos. Perla Gómez siente la necesidad de realizar varios trabajos para cubrir las necesidades básicas de su familia, ya que las remesas que recibe de José le son insuficientes. Es decir, las mujeres cónyuges hacen algunos trabajos “secundarios” como los denomina Enríquez (2005: 141), para ayudar a la economía familiar; estas actividades se relacionan con labores domésticas o venta de productos para el hogar y de belleza, como en el caso de Perla Gómez (pobreza de capacidades), Luz Ramos, Imelda Esquivel y Sonia Díaz (pobreza patrimonial), las cuatro pertenecientes a familias de interacción.

El *apoyo intermitente* se observa en dos familias. Aunque actualmente Carmen González no trabajan por motivos de salud, durante la mayor parte de su vida ha laborado para cubrir, junto con su hijo y recientemente con su nueva pareja, las necesidades básicas de la familia. En la familia Ramos, aunque la mayor parte del tiempo Luz no había trabajado, durante un tiempo prolongado ingresó a trabajar en una fábrica para cubrir las necesidades básicas de la familia y de esta manera apoyar a su pareja para que se preparara para acceder a un mejor empleo.

Aunque la participación laboral de los hijos jóvenes en el mercado de trabajo se presenta en la mayoría de las familias estudiadas, no en todos los casos responde a la motivación de satisfacer las necesidades básicas de la familia (Katzman, 1992).

“Mi hija trabaja ocho horas; siempre le cambian los turnos, creo que gana como 1000 pesos a la semana. Mi otro hijo trabaja más, siempre trabaja horas extras, hasta el día de descanso lo trabaja. No me apoya con los gastos de la casa, lo único que paga es el Internet y a veces, de vez en cuando compra mandado, muy de vez en cuando” (Perla Gómez).

“Mi hijo me ha ayudado mucho, él ha traído dinero a la casa... trabaja en el sobre ruedas... por eso ya no va a la Secundaria, porque ya no tuvimos dinero para mandarlo...” (Carmen González).

Algunos han decidido empezar a trabajar para solventar sus gastos personales como en la familia Esquivel (pobreza patrimonial). En otros por la necesidad de sufragar sus estudios como en las familias Gómez y Andrade (pobreza de capacidades). También hay hijos de mujeres jefas de familia que tuvieron que dejar la escuela a temprana edad para contribuir económicamente al ingreso para atender las necesidades de la familia como en el caso de la familia González.

En resumen, cuando la participación económica del cónyuge varón es escasa o nula debido a la precariedad del empleo, a su ausencia, a su abandono o al consumo de alcohol y drogas, los demás miembros de la familia se ven en la necesidad de desarrollar estrategias de sobrevivencia, entre ellas incrementar el número de horas laborables y sumar más miembros a la fuerza de trabajo en la tarea de contribuir al ingreso familiar (Chant, 1999; Raczynski, 1987). La participación de las mujeres jefas de familia y de los hijos jóvenes fueron las dos principales estrategias que desarrollan las familias aquí estudiadas para acceder a mayores ingresos monetarios.

- Ingresos y aportaciones económicas al presupuesto familiar

De acuerdo con González de la Rocha (2006), el empleo es el medio para obtener el ingreso monetario, el cual sigue representando la principal fuente de recursos para que los individuos y las familias resuelvan sus necesidades básicas y de consumo; sin embargo, el estudio de la pobreza involucra otros indicadores relacionados con la estructura de oportunidades y con el manejo de recursos / activos. Por su parte, Chant (1999) está a favor de retomar el estudio de la pobreza con una concepción que vaya más allá de los ingresos y el consumo. Cabe señalar que no por esto resta importancia al factor ingresos, por el contrario, se trata de incluir indicadores como el capital humano, las habilidades, las redes de parentesco. Así también Wartenberg (1999) ha encontrado en sus estudios que en las familias es frecuente tener transferencias de fondos de parientes no co-residentes. En este sentido, Wartenberg (1999) incorpora indicadores como el número de proveedores, el número de dependientes, sus edades, el nivel de participación de cada miembro al fondo común, estos indicadores ayudan a analizar el grado de vulnerabilidad de la familia y de sus integrantes.

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges informan que los ingresos y los aportes económicos al gasto familiar son imprecisos debido a la variabilidad e inconstancia. En este sentido, la cantidad de ingresos está determinada por el tipo de trabajo (formal e informal), por la disponibilidad de fuentes de trabajo, por el número de personas que trabajan, pero sobre todo por los aportes que cada uno de los integrantes de la familia hacen al presupuesto común.

Tabla no. 16 Aportaciones económicas al ingreso familiar en familias de interacción

	Umbral	Familia	Ingreso familiar		
			No aporta	Aporta todos su ingreso	Esporádicamente aportan
Familia de residencia	Pobreza alimentaria	Escalante	1		2
		García		1	1
		Pérez	3		1
		Santana	1	1	
		Fernández	7	1	
		Ramírez	5	1	
	Pobreza de capacidades	Barraza	10	2	
		Ríos	1	2	
Pobreza patrimonial	Morales	3	1	1	
	Umbral	Familia	Ingreso familiar		
			No aporta	Aporta todos su ingreso	Esporádicamente aportan
Familia de interacción	Pobreza Alimentaria	Osuna	3		1
		Espinosa	2	1	
	Pobreza de capacidades	González	4	1	1
		Andrade	1	1	4
		Estrada	2	2	
		Gómez	3	2	1
	Pobreza patrimonial	Ramos	2	1	1
		Esquivel	1	1	2
		Díaz	4	2	1

En las nueve familias de residencia el ingreso monetario proviene exclusivamente de una o dos personas co-residentes, los cuales oscilan entre los \$300.00 y los \$900.00 pesos por semana. Se observa que el número de dependientes económicos es mucho mayor que el de los proveedores; en tres familias (Barraza, Osuna y Santana) el proveedor principal es el cónyuge varón. En el resto de familias de residencia, la principal proveedora es la mujer jefa de familia, ninguna de ellas tiene un trabajo formal, sus ingresos provienen de emplearse como domésticas, ayudar a sus vecinas o vender algún producto, todo el ingreso que obtienen se destina al presupuesto familiar.

“Todo es para la casa...nunca he dicho –“ah, es que como me hace falta esto me lo voy a comprar”-, a lo mejor en veces está mal porque uno aporta todo y les quita la obligación a la pareja. Y él se aprovecha de que ella se las arregla como puede. Entonces yo por eso no; en veces yo me pongo a pensar de que voy a trabajar pero lo que gane ya no lo voy a invertir en eso, lo voy a guardar y luego me voy a comprar algo que me guste, y no lo hago de todos modos, no lo hago” (Sara Fernández).

En cuatro familias hay miembros que aunque tiene alguna actividad laboral, esporádicamente aportan ingresos monetarios; llaman la atención las familias Escalante y García, las mujeres jefas tienen como co-residentes a hijos varones separados o divorciados consumidores de alcohol y/o drogas que no contribuyen regularmente al

presupuesto familiar. La situación más crítica la presenta la familia Escalante, ubicada en el umbral de pobreza alimentaria, Josefina depende principalmente de la ayuda en especie que consigue con algunos vecinos y de la despensa alimentaria que le proporcionan en una institución de asistencia social, aunque dos hijos varones viven con ella, esporádicamente le dan dinero, le es difícil hablar de una cantidad precisa.

En las nueve familias de interacción el ingreso monetario proviene tanto de co-residentes como de no co-residentes, los cuales oscilan entre \$500.00 y \$2000.00 pesos por semana. El apoyo esporádico lo otorgan los hijos co-residentes que han ingresado al mercado laboral, pero la mayor parte de su salario es utilizado para el consumo personal, también los hijos no co-residentes contribuyen esporádicamente al presupuesto familiar; sobre todo cuando las mujeres jefas de familia solicitan su apoyo para el pago de servicios públicos, compra de medicamentos y estudios de laboratorio o algún otro gasto adicional. Finalmente las dos familias que tienen más ingresos es la familia Morales –que recibe remesas del jefe de familia de Estados Unidos; además él asume algunos otros costos adicionales, como la reciente introducción del drenaje a la vivienda– y la familia Díaz, en la que los ingresos son cercanos a los \$ 1, 500.00 pesos semanales.

b) Estrategias de trabajo para procurar mayores recursos e ingresos

- La cercanía con Estados Unidos como estructura de oportunidad

El acceso a las fuentes de trabajo en la frontera tiene ciertas características que lo diferencian del resto del país. Ciertamente el uso de mano de obra en la industria maquiladora y en los servicios son los más sobresalientes; sin embargo, el sector informal juega un papel fundamental (Corona, 2006). Cuando las mujeres jefas de familia utilizan como estrategias de trabajo cruzar la frontera, principalmente desarrollan actividades domésticas. En este sentido, Sonia Díaz, Ana Andrade y Lucía Estrada, –las dos últimas jefas de familia y principales proveedoras– han trabajado como empleadas domésticas en los Estados Unidos y logran ganar hasta \$70.00 dólares por limpiar una casa en un día. También algún otro miembro de las familias Estrada, Gómez, García, Esquivel y Escalante (esposo o hijo), han laborado ilegalmente en los Estados Unidos. Aunque Margarita Espinosa nunca ha trabajado en los Estados Unidos, ella trabaja limpiando oficinas de empresas norteamericanas instaladas en Tijuana.

"Cuando estaba yo más joven y que mis hijos dependían económicamente de mí, lo que hacía es que me iba a trabajar a los Estados Unidos. Me iba el viernes en la noche; me quedaba con mi hermana que vive allá o en donde iba a trabajar... y aparte mi trabajo aquí" (Sonia Díaz).

"Mi primer trabajo lo conseguí por una amiga de mi vecina, ella me dijo cómo podía buscar trabajo en Estados Unidos. Yo me fui allá a Estados Unidos, me puse parada por varios días y ahora ya tengo dos casas que estoy limpiando y me pagan a 70 dólares la casa. Yo tenía pasaporte, así que me animé..." (Lucía Estrada).

Vale rescatar una cita textual de Ojeda y López (1994), las cuales documentan que el mercado de trabajo estadounidense representa una estrategia de sobrevivencia específica de esta zona fronteriza –aunque sus hallazgos se refieren a los sectores medios:

"...En este sentido, la transfronterización de las familias puede ser considerada como un tipo sui generis de "estrategia de vida" que ponen en práctica algunas de las familias en el lado mexicano de la frontera para mejorar sus condiciones de vida en un espacio geográfico social que se caracteriza, entre otras cosas, por marcadas diferencias económicas y sociales... en estos términos, una de las características de la transfronterización como estrategia familiar de vida es que se da principalmente entre las familias tijuanaenses de los sectores socioeconómicos medios y no necesariamente entre las más pobres, como según se hizo notar anteriormente; esta situación seguramente se explica por los requisitos mínimos que se deberán cumplir para que los miembros de la familia tengan, por ejemplo, acceso al mercado internacional de trabajo..." (Ojeda y López, 1994 :43).

- Estrategias de reproducción para mejorar la fuerza de trabajo

Las estrategias de reproducción social son aquéllas que tienen como propósito asegurar la reproducción y bienestar a mediano y algo plazo (González de la Rocha, 2006: 55). Al entender la capacidad de respuesta como los atributos individuales para movilizar recursos/activos; se observan situaciones en las cuales las familias instrumentan estrategias de reproducción para acceder a mejores empleos. Una de las estrategias es cambiar constantemente de trabajo en busca de mejores ingresos, los menos han logrado capacitarse en algún oficio. Un caso muy alentador es el de la familia Díaz, donde Sonia y su esposo Carlos logran obtener un trabajo definitivo en una institución federal después de un largo peregrinar en su experiencia laboral, este logro ha llevado a la familia a gozar de algunos años de una holgada situación económica; sin embargo, la muerte de Carlos y la prologada dependencia de los hijos mayores ha contribuido a que la familia nuevamente esté experimentando pobreza.

Luís (esposo de Luz Ramos) cuenta con una licencia federal de chofer de camiones de carga, con la cual puede trabajar viajando tanto a nivel local como a otros estados de México. Sin embargo, esta situación no siempre fue así. Luís pasó momentos muy difíciles en su vida. Había sido consumidor de drogas y hacía un poco más de 10 años había trabajado en el basurero público municipal, pero por su adicción sólo tenía permitido trabajar en ese lugar por las noches. Al intensificarse el consumo de drogas dejó de trabajar y vagaba por su colonia; fue entonces cuando él y Luz se conocieron y decidieron unirse. Después de constantes peleas y separaciones lograron que Luis se rehabilitara y estudiara la Primaria y la Secundaria a través del servicio militar. Posteriormente, Luz le propuso a Luís que ella entraría a trabajar en una fábrica y asumiría todos los gastos de la familia para que él se preparara y tomara el examen para ser chofer, lo que significaba tener un mejor trabajo.

“[Mi esposo] trabaja de chofer en un yonke pegado al basurero... [Yo] duré un año trabajando [en una fábrica], y le dije –“¿sabes qué?... te voy a apoyar para que te salgas del dompe, busca algo mejor”-... Él ganaba trescientos pesos, más los bonos; yo ganaba hasta los mil porque me quedaba horas extras y los sábados. Cuando llegaba después de las ocho de la noche ya los encontraba dormidos. Le dije –“enséñate a manejar el camión para que seas chofer”- (Luz Ramos)

- La contribución de la mujer en la economía del hogar

Las mujeres jefas de familia mencionan que realizan una serie de actividades para obtener ingresos adicionales. Las mujeres jefas de familia en la fase de expansión mencionan diversos trabajos secundarios como vender objetos usados en el mercado sobre ruedas y productos de belleza de puerta en puerta; mientras que en las mujeres jefas de familias en fase de dispersión se menciona coser, tejer o bordar para la venta. Aunque Adela Barraza no es la principal proveedora en su familia, sí obtiene ingresos adicionales a través de la venta de zapatos por catálogo; este negocio lo emprende gracias a un préstamo de microcréditos dirigido a familias pobres por parte del gobierno.

Un caso extremo lo vive Sara Fernández, recordemos que ella es jefa de una familia nuclear en fase de expansión, sin redes de apoyo familiar. Durante tres años Sara se dedicó a recoger comida tirada en el sobre ruedas. Esta estrategia la empezó a

desarrollar desde que se dio cuenta que cuando se recogían los puestos del mercado siempre dejaban cajas de comida que ya no servían para la venta. Después, los mismos dueños le ofrecieron guardar y entregarle la mercancía menos dañada. Sara comentó que para ella era muy vergonzoso realizar esa actividad. De hecho, trataba de hacerlo a escondidas para que ninguno de sus conocidos o familiares se diera cuenta. Para Sara fueron momentos muy difíciles, pues además de arriesgar a sus hijos ofreciéndoles alimentos de muy mala calidad, en repetidas ocasiones se enfrentó al acoso sexual de varios de los dueños de los puestos que inicialmente le habían ofrecido ayuda.

“Dos o tres señores de los puestos se querían pasar de lanzas, -¿cómo se dice?-, me decían -“te doy esto, si nos vamos al carro”-. Yo me sentía mal, decía yo, “-me imagino yo que obligo a esta gente a que me falte el respeto”-. No me decían como yo te lo estoy diciendo, me decían más feo; luego mejor ya no recogía nada del sobre ruedas. A mis hijos no los llevé nunca a que me ayudaran a recoger, siempre echaba hasta cuatro, cinco vueltas de tomates, papas, duraznos, manzanas...” (Sara Fernández).

- Trabajo familiar

Además del trabajo como principal fuente de ingresos, también son mencionadas las remesas, la asistencia social, los préstamos y las aportaciones económicas de los hijos no co-residentes (Chant, 1999; González de la Rocha, 2006). La familia Gómez recibe remesas del jefe de familia, el cual hace más de cinco años que vive en Estados Unidos donde trabaja; sin embargo, Perla Gómez comenta que le cobran elevadas cuotas a su esposo cada vez que le envía dinero, además de que lo recibe en moneda nacional, no en dólar. Por esta razón Perla y José tienen planeado abrir una cuenta bancaria.

- Programas de asistencia social

La asistencia social como una estrategia de sobrevivencia (Raczynski (1987), es mencionada por aquellas familias que dependen de la ayuda gubernamental para complementar la satisfacción de las necesidades básicas. Para estas familias, el recibir cada mes una despensa básica por parte del gobierno o de una organización no gubernamental es elemental para su alimentación. Lo interesante al respecto es encontrar que esta estrategia desarrollada por mujeres jefas de familia y/o cónyuges ha pasado una generación a otra y cuando van a solicitar ayuda se hacen acompañar de alguna hija o nieta que también termina recurriendo a la asistencia social. Esta estrategia

se observa sobre todo en el tipo de familias de residencia, ubicadas bajo el umbral de pobreza alimentaria en fase de dispersión.

La participación del gobierno como una alternativa para enfrentar la pobreza es mencionada por Luz Ramos, mujer de una familia en fase de expansión ubicada por debajo del umbral de pobreza patrimonial. Ambos hijos de la familia Ramos cuentan con una beca de Oportunidades; sin embargo, Luz comenta que el dinero que periódicamente reciben es producto de la dedicación de sus hijos al estudio y de la constancia de ella por asistir a las pláticas y consultas que se ofrecen en el centro de salud. En este sentido, el dinero es utilizado para los “gustos” de los niños, los cuales responden tanto a la necesidad de calzado y vestido, como al deseo de que éstos sean de moda y de ciertas marcas reconocidas.

c) Riesgos que afectan la capacidad de movilizar estrategias

- Inestabilidad del mercado de trabajo

El carácter temporal de los trabajos es uno de los motivos que se mencionan como riesgos que afectan las fuentes de ingreso. Esta situación la experimentó Martha Ramírez, jefa de una familia en fase de expansión ubicada bajo el umbral de pobreza alimentaria, para ella trabajar en la industria maquiladora no representa una seguridad, le ofrecen contratos por 2 ó 3 meses, y al acabarse la producción es despedida, lo que le imposibilita poder contar con un trabajo e ingreso seguro.

“He trabajado en fábrica de las 5 a las 2 de la mañana y también de las 3 de la tarde a las 12 de la noche. Pero dejé de trabajar en fábrica porque ha sido por contrato, ya no son los contratos indefinidos; son por 2 ó 3 meses, se acaba la producción y te despiden; es muy poquito tiempo...El problema es que estás haciendo planes y de repente te dicen ya no, ya se terminó la temporada de trabajo y la despedimos y te dan cualquier cosa. El tiempo que estuviste ¿qué?...Te dicen 3 ó 6 meses, o de aquí a diciembre...hay veces que 15 ó 30 días” (Martha Ramírez)

- Enfermedades en la familia

Las enfermedades graves y la falta de acceso a los servicios de salud pública han sido unas de las principales causas para que varios integrantes de alguna familia dejen de trabajar. Esta situación agrava la condición económica y emocional de esas familias. Guillermo (hijo de María Pérez) dejó de trabajar tras un accidente automovilístico, la familia se ubica por debajo del umbral de pobreza alimentaria. José (esposo de Perla

Gómez), dejó de trabajar temporalmente e incluso perdió su negocio debido a una fuerte enfermedad, desde entonces la familia enfrenta una condición de pobreza de capacidades de la cual no ha podido reponerse. Lucía Estrada y su esposo se separaron de sus trabajos debido a sus críticas condiciones de salud, se ubican por debajo del umbral de pobreza de capacidades, al ser una familia en fase de consolidación cuentan con la participación de una de sus hijas en el mercado de trabajo, lo que permite cubrir sus necesidades básicas y de consumo. En la familia Esquivel ubicada por debajo del umbral de pobreza patrimonial y en fase de dispersión, han instrumentado la estrategia de que Imelda Esquivel se incorpore al comercio ambulante debido a una grave enfermedad de su esposo que lo separó por tres años de su trabajo y posteriormente lo llevó a la muerte.

El pertenecer a familias ubicadas en la fase de expansión del ciclo doméstico es uno de los atributos en las familias que se observan como principales motivos para dejar de trabajar; pero también las familias ubicadas en la fase de dispersión del ciclo doméstico y la avanzada edad de los individuos son factores que minan los atributos familiares para movilizar fuerza de trabajo.

II. Gastos y consumo familiar

La persistente necesidad de tener que cubrir los costos de alimentación, servicios públicos, vivienda, educación y salud ha llevado a las mujeres y demás integrantes de su familia a desarrollar estrategias de consumo. En este sentido, las estrategias de consumo se refieren a la disponibilidad de recursos, a la contribución de cada uno de los miembros al ingreso familiar, al gasto de servicios y a la administración de los recursos (Oliveira, Eternod y López, 1999). El estudio de las estrategias de consumo ha cobrado interés recientemente, debido a la preocupación por conocer las estrategias que desarrollan las familias y las mujeres jefas y/o cónyuges ante situaciones de pobreza para cubrir sus necesidades básicas. En este sentido, las líneas de investigación se dirigen a conocer cuánto gastan las personas, qué es lo que acostumbran consumir, dónde acostumbran adquirir lo que consumen y de qué manera organizan su distribución (Filgueira, 1999; De la Rocha, 1995, 2006; Ariza y Oliveira, 2002^a, 2004; Ortega, 2006)

A través del análisis de las entrevistas se encuentran cinco mecanismos a través de los cuales las familias movilizan recursos/activos para enfrentar su condición de pobreza. La primera estrategia de reproducción se refiere a la organización de los ingresos y recursos familiares. La segunda estrategia de reproducción abarca los gastos relacionados con los servicios públicos, la educación, el transporte público. La tercera estrategia de consumo considera los bienes domésticos y personales. La cuarta estrategia de consumo se refiere a la alimentación familiar.

a) Estrategia de reproducción para la administración de recursos familiares

Para las mujeres jefas de familias o cónyuges es fundamental lograr una adecuada administración de los recursos. Ciertamente las familias viven en un estado de constante riesgo, donde el acceso a recursos y a oportunidades es sumamente reducido o nulo. En este sentido, las familias –sobre todo aquéllas ubicadas por debajo del umbral de pobreza alimentaria– han aprendido a través de su experiencia que requieren ser extremadamente cuidadosas en el destino que le dan a sus ingresos y recursos. En este sentido, Chant (1999) rescata nuevamente el sentido holístico de la pobreza, donde ésta no es entendida solamente como la obtención de recursos sino también como la distribución y organización. Para Inés Osuna, abuela de una familia extensa en fase de dispersión, es fundamental administrar cuidadosamente los ingresos que cada mes recibe su esposo por su pensión:

“Lo que pasa es que si él trae [el dinero] no nos rinde, él se agarra comprando que una paleta, que esto que el otro, y al último ya no sabe qué pasó con el dinero; se acabó. Yo no, les digo – “ahorita te compro una paleta, espérate al rato”-, entonces yo estiro más el dinero para que dure más” (Inés Osuna).

Sin embargo, no hay que perder de vista que la familia es un espacio de solidaridad pero también de conflicto, agrega Chant (1999). Una estrategia contraria a la adoptada por Inés Osuna es la situación que explica Sonia Díaz, quien está ubicada por debajo del umbral de pobreza patrimonial; sus hijos ya casados no co-residentes tienen serios problemas económicos, llegando al punto que la mayor parte del tiempo la familia tiene dificultades para comprar alimentos. Se quedan sin gas para cocinar o para calentar agua para bañarse; les cortan los servicios públicos y en frecuentes ocasiones no pueden pagar la renta. Esta situación ha sumido a la familia Díaz en una condición de pobreza,

ante lo cual Sonia sigue asumiendo la responsabilidad de ayudar a sus hijos, aunque ello implica afectar su bienestar económico y emocional.

"No es que ganen poco; es que no saben distribuir el dinero... Desde que nació la niña todo es leche, pañales, comida; leche, pañales comida, y ya no pueden disponer libremente de su dinero. Antes no les importaba si había o no gas en la casa; no les importaba si les cortaban el agua o la luz. Como que todavía no se centran en ese aspecto, en que hay prioridades, decían -"nos vamos de parranda"-, esa era su prioridad y al día siguiente: mamá, préstame. Antes que nada está lo básico, alimentos, gas, luz, y todo lo que necesite su hija; de eso no hay vuelta de hoja... No se centran; no tienen un plan que terminen. Entonces yo pienso que si no lo saben manejar, van a terminar en malas condiciones económicas y no porque no tengan ingresos, sino porque no saben cuidarlo y distribuirlo" (Sonia Díaz).

Otro caso de desvío de recursos se relaciona al consumo de drogas y alcohol por parte de algún miembro del grupo familiar. Una situación extrema se presenta en la familia Escalante (nuclear-consolidación-pobreza alimentaria), donde Epifanio (hijo de Josefina) está sumido en el consumo de drogas y alcohol. Su adicción llega al punto en que no trabaja, y para seguir consumiendo drogas se vale de cualquier medio a su alcance; esto incluye que constantemente tome dinero o cualquier otro recurso de la familia para satisfacer su adicción. Al momento de la entrevista, Josefina manifestó que sentía una gran tranquilidad de que su hijo estuviera preso por dos años. Contrariamente a lo que tradicionalmente se espera, no siente angustia porque su hijo esté en la cárcel, si no que siente más seguridad, sabe que puede disponer de sus ingresos y recursos sin la incertidumbre que le provoca su hijo al quitárselos.

b) Gastos (servicios públicos, educación y transporte público)

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges en fase de expansión del ciclo familiar manifiestan que el dinero que tienen que destinar a la educación de sus hijos es elevado. La incertidumbre que les provoca no tener mayores ingresos para solventar esta necesidad se intensifica durante la temporada de inscripciones, período en el cual se demanda cubrir los costos de inscripción y además asumir los costos de los uniformes, los zapatos, los útiles y los libros escolares. Perla Gómez manifiesta que llegaría el final del ciclo escolar y aún no ha logrado completar el uniforme de su hijo por falta de recursos económicos.

En las familias ubicadas por debajo del umbral de pobreza de capacidades y patrimonial se observa que el consumo y costo de los servicios públicos implican para las mujeres entrevistadas un desembolso significativo del ingreso familiar, es decir, en el consumo mensual en los servicios de agua, electricidad, teléfono, gas, etcétera. Además de los anteriores gastos, en las familias bajo el umbral de pobreza patrimonial se menciona el tener que realizar pagos mensuales por la reciente contratación de algún servicio público (agua, electricidad, drenaje o pavimento). La llegada del recibo de cobro de cada servicio público incrementa la inseguridad de las entrevistadas. Se presentan situaciones extremas en donde hay familias con adeudos en el servicio de agua hasta por 10,000.00 pesos. Por otro lado, el uso de aparatos electrodomésticos viejos consumen mayores cantidades de energía y los costos se elevan. De las 18 familias estudiadas solamente tres de ellas cuentan con el servicio telefónico; las tres familias decidieron cancelar el servicio de llamadas a teléfonos celulares, esta estrategia ha ayudado a reducir el costo de tener teléfono en casa.

Situaciones como la de la familia Esquivel, que en un mismo terreno están construidas tres viviendas que comparten un mismo medidor para el servicio de agua y de electricidad; esta condición es muy crítica para Imelda Esquivel, pues cada mes tiene conflictos con sus hijos para que paguen su respectiva cuota por el servicio que consumen, situación que se intensifica aún más cuando no todos los miembros de su familia asumen equitativamente las deudas familiares. El pago de los servicios también genera conflictos en la familia Díaz.

“No creas que mi marido era muy fácil con el dinero; siempre todo lo que me diera era para reclamarme. El dinero de él siempre pensaba que era para él; le tocaba pagar el gas, el agua y la luz. El día que llegaba cualquier recibo, me decía –“ya ves tu despilfarro, la luz, como tú no la pagas. Para mí fue una decisión muy difícil cuando tuve que dejar mi trabajo” (Sonia Díaz).

La necesidad de desplazarse al lugar de trabajo o de la escuela es otro factor que consume una parte importante de los recursos económicos de las familias. De hecho, se pone de manifiesto la mala calidad de este servicio, la insuficiente cantidad de transporte público y los elevados costos. En algunos casos algunos miembros de las familias estudiadas han acordado con algún vecino o compañero de trabajo que los lleve en su carro, esta estrategia ayuda a reducir los recursos destinados al transporte. También las mujeres jefas de familia y/o cónyuges han desarrollado estrategias para

reducir los costos de los servicios públicos, como cocinar con leña o tener tomas ilegales de electricidad, entre otras, en el capítulo de vivienda se abre todo un apartado donde estas estrategias son analizadas con mayor detalle.

c) Estrategias de consumo de bienes domésticos y personales

Para las familias, la mayor parte del gasto familiar no solamente se destina al consumo de alimentos sino también incluye la compra de productos para el hogar, como papel sanitario, jabón para la ropa y los trastes, escobas, trapeadores, utensilios para la cocina y muebles. También tienen que gastar en el cuidado personal como shampoo, jabón, toallas, ropa y calzado.

Considerando la dificultad para acceder a productos nuevos debido a los altos costos que ello implica, las mujeres jefas de familia y/o cónyuges y sus familias, participan en el crecimiento económico a través del consumo de desechos, esto es, productos de segunda mano -alimentos, bebidas, ropa, calzado, juguetes, trastes, cobijas, material de construcción, muebles, electrodomésticos, carros, etcétera- provenientes principalmente del “otro lado” (Estados Unidos) y de las familias no pobres de Tijuana. Se observa que esta estrategia se desarrolla tanto en familias ubicadas en el umbral de pobreza de capacidades como patrimonial. Mientras que las familias ubicadas por debajo del umbral de capacidades, la participación en el mercado de consumo de bienes domésticos y personales se presenta con mayor intensidad en las familias en fase de expansión, de hecho se observa el interés por consumir ciertas marcas.

“Para toda la limpieza personal y de la casa también sale caro. Cada 15 días me gasto un paquete de 12 rollos de papel para el baño. También hay que comprar jabón, pino, cloro, escobas, trapeadores, jabones para tallarnos, shampoo, algunas toallas -cuando ya están muy viejitas-” (Rosalinda Ríos).

“Sí me gusta tenerle cosas buenas; no las tengo bien como yo hubiera querido. Yo les busco cosas de 10, 15, 20 pesos en el sobre ruedas o en el parque más o menos de marca. Luego digo –“si los convers valen tanto, mmm”- como mi ilusión es tener unos Tommy o Polo pero no nuevos, porque salen bien caros; aquí en el sobre ruedas los puedes agarrar como seminuevos, por lo menos en unos 200 pesos. Entonces, esa es mi ilusión de diciembre para mí; la ilusión para mis niños, darles su regalo y comprarles su ropa nueva” (Martha Ramírez).

“Me iba al Águila; me iba a Mas a comprar ropa; ya mis hijos ya sabían la cancioncita: “vamos al Águila, brinca el arcoiris y su magia al sol, el Águila, el Águila...” Conforme ellos fueron

creciendo ellos se fueron comprando buena ropa, normalmente ya andan muy bien vestidos”
(Sonia Díaz).

c) Estrategia de consumo de alimentación familiar

Para las entrevistadas es fundamental poder tener acceso a los insumos necesarios para preparar diariamente la alimentación; independientemente de los hábitos y costumbres en la alimentación, todas las familias coinciden en tratar de buscar la variedad en la alimentación aunque por el alto costo de las carnes y los productos enlatados éstos han sido excluidos de la “lista del mandado”.

“Uso mucho lo de lentejas, arroz, chícharos, habas de diferentes, ensaladas de lechuga, de repollo, compro verduras, espinacas, acelgas, para hacerles con huevo, a vapor o de diferente manera. La doctora me dice que no solamente les dé puras hierbitas que les dé también carne, que tal vez por eso se me enferman seguido, que porque ahora las hortalizas ya no tienen tanta nutrición como antes (Perla Gómez).

Los productos que forman parte habitual de la despensa de las familias ubicadas en los umbrales de capacidades en ningún caso se limitan a los productos considerados en la canasta básica establecida por autoridades gubernamentales y académicas. Sin embargo, en las familias ubicadas en el umbral de pobreza alimentaria en fase de dispersión su despensa alimentaria está integrada por una reducida cantidad de alimentos.

“Comemos verduras, sólo una vez carne, pollo sólo les gusta dorado; hago albóndigas de pollo. La leche nunca les falta; tengo que comprar ocho litros a la semana, porque la caja de cereal les dura, pero la leche no. Cocino papa, tomate, calabazas, una cartera de huevos a la semana. Para ellos su desayuno es leche con cereal. También cocino arroz, tortillas de maíz, jamón, quesadilla”
(Adela Barraza).

“Nunca comemos las tres veces, a veces una vez, varía mucho. Leche una vez al día, verduras casi nunca; acostumbro lentejas una vez a la semana; comemos más frijoles y arroz, un kilo diario de tortillas, siempre procuro que no se acosten sin comer” (Martha Ramírez).

- Lugares donde consiguen los alimentos

Debido a la reducida disposición de recursos económicos, las mujeres jefas de familia y/o cónyuges acuden frecuentemente al “mandado” para hacer las compras necesarias para preparar los alimentos. Los mercados sobre ruedas son uno de los lugares donde las familias ubicadas por debajo del umbral de capacidades y en algunos casos patrimonial realizan sus compras, incluidas la alimentación, el vestido, los artículos domésticos e incluso el mobiliario para la vivienda. El ser pobre no en todos los casos es un factor

determinante para seleccionar el lugar y tipo de alimentación. Para Imelda Esquivel, ubicada por debajo del umbral patrimonial, a través de haber desarrollado como estrategia consumir en el mercado sobre ruedas ha aprendido que al final de cuentas no es la mejor alternativa; las frutas y verduras se descomponen con mayor rapidez y ante las “tentadoras” ofertas de productos termina gastando más de lo que originalmente planea. Así, desde tiempo atrás prefiere acudir a algún mercado de cadena comercial donde siente mayor seguridad de que los alimentos que adquiere son de mejor calidad. Sin embargo, la mayoría de las mujeres entrevistadas prefiere o acostumbra hacer el mandado en el mercado sobre ruedas.

“Al mercado casi no voy nunca; voy al sobre ruedas o va una señora a vender cosas. Al final es la misma, la verdura es igual de fresca y me dura bastante. Las latas y los huevos, los frijoles los compro en el sobre ruedas; casi no salgo al mercado. Antes sí iba, y me traía por semana unos 800 pesos. Carne casi no comemos; no somos muy carnívoros; comemos mucho queso. En el sobre ruedas compras todo -jabón, shampoo, suavizantes-. En el sobreruedas hay diferentes puestos; en unos venden granos, frijol, pasta para hacer churritos, arroz. En otros puestos venden huevos, verduras, ropa. El sobre ruedas se pone en la pasada, donde tengo que entrar a la colonia y aprovecho; se pone varios días los lunes, miércoles, viernes y sábado” (Luz Ramos).

“Toda la ropa también la compro de segunda en el sobre ruedas, sólo la ropa interior como los calcetines y calzones los compro nuevos. Toda la demás ropa la compro de segunda. Hay mucha gente que va a vender su ropa misma, personas que veo que traen un buen carro ganan un poco de lo que invirtieron en esa ropa, entonces ves una camisa de marca, pero para ellos ya no esta bien, pero para nosotros sí está bien, entonces nosotros la compramos en 20 pesos, me han dado en 20 pesos las playeras” (Carmen González).

- Asistencia social

Varias de las familias mencionan como estrategia de consumo, adquirir los insumos a través de la asistencia alimentaria. Sin embargo, esta asistencia alimentaria no se restringe a las despensas que otorgan en las instituciones gubernamentales y algunas organizaciones de la sociedad civil. Esta estrategia de consumo alimentario se presenta particularmente en las familias ubicadas por debajo del umbral de pobreza alimentaria en fase de dispersión del ciclo doméstico.

“Me voy a DIF a comprar las canastas básicas; ahí viene arroz, frijol, papa, aceite, azúcar y soya. Entonces ya nomás voy al mercado a comprarme un pedazo de pescado, piernitas de pollo, mollejas de los pollos para hacer caldo, y compro frijolitos para hacer como la comida china. Luego me voy a la tortillería y me compro mi masa para hacer atols, o mis tortillas de maíz” (Severa García).

- Recortes en el consumo de alimentos

En los tres umbrales de pobreza las mujeres cónyuges o jefas de familia coinciden en que acuden al mercado con la zozobra de qué podrán comprar con el dinero que traen; si compran tal o cual alimento o producto no les es posible adquirir lo básico. En diversas ocasiones reducen la cantidad, la calidad y la frecuencia de los alimentos cuando tienen que atender otras necesidades que en ese momento son más apremiantes. Para las familias, la adquisición y consumo de los alimentos ha sido una tarea que implica una constante incertidumbre.

“Siempre compro lo que voy a cocinar ese día. Cuando tengo que pagar otra cosa, pues me aguanto. No compro en el mandado lo que compro siempre. Esos días nada más compro lo básico huevo, leche, tortillas, papas -¿sí me entiendes?-. No compro carne, no compro otras cosas más caras. Le bajo al gasto de la comida; es a lo que le rebajo; en la comida es a lo que siempre le bajo” (Aurora Morales).

“Siempre que voy al mercado la pienso mucho de qué es lo que voy a traer; me pongo a hacer – “de tin marín de do pingüe”; por ejemplo, si tengo poquita azúcar, pero que tengo harina para hot cakes pienso qué compro: la azúcar o la miel. Pero si no tengo aceite, pero tengo mantequilla, qué hago. Si no me alcanza para la leche de galón, pues compro leche en polvo. Hay muchas veces que tengo que mirar varias veces mi trasterito donde tengo mi comida y hacer varias veces mi lista, porque cuando tengo poquito, entonces ya no gasto en algo. Yo nunca voy sin lista, porque puedo traer cosas que ya tengo en la casa” (Lucía Estrada).

e) Vivir la pobreza en Tijuana como una estrategia de consumo

Las 18 mujeres jefas de familia y/o cónyuges, incluyendo a las tres mujeres que nacieron en Tijuana, tienen relaciones de parentesco con personas que nacieron en el sur de México. Para las mujeres entrevistadas vivir la pobreza en Tijuana implica tomar como punto de referencia el lugar de origen de ellas, de su pareja o de sus padres. En este sentido, a pesar de las precarias condiciones económicas que experimentan, para ellas y sus familias ha tenido ventajas vivir en Tijuana. La forma en que cubren o no cada una de sus necesidades básicas y de consumo en esta ciudad es comparada con su experiencia en el sur.

Es frecuente encontrar la frase “*allá en el Sur, aquí en Tijuana*”. Haciendo referencia a las fuentes de los recursos, el balance es: “*allá en el Sur como trabajos es como vives, aquí en Tijuana no necesariamente, también puedes tener más cosas a través de otros medios*”; “*allá en el Sur no hay trabajo, aquí en Tijuana si sales a trabajar por lo menos sacas para comer*”.

En el acceso y consumo a bienes y servicios el recuento es: *“Allá en el Sur siempre tuvimos que rentar en vecindades, aquí en Tijuana conseguimos un lugar propio donde vivir”*; *“allá en el Sur aunque tengas una casa bonita, grande, con corredores y zaguanes en la forma de comer eres muy pobre, aquí en Tijuana hay muchas facilidades para conseguir comida”*; *“allá en el Sur no tienes acceso a ropa con tanta facilidad, aquí en Tijuana aunque estés pobre vas a una segunda y te vistes, hay grupos y personas que te regalan mucha ropa, zapatos, suéteres”*; *“allá en el Sur las distancias eran cortas, aquí en Tijuana las viviendas están alejadas de las escuelas, del trabajo y el transporte es caro y de mala calidad”*; *“Allá en el Sur, sobre todo en la Ciudad de México, hay muy buenos doctores y hospitales, aquí en Tijuana no hay buenos médicos, como que no le echan ganas, les hace falta estudiar y los buenos son muy caros”*.

En el acceso a redes de apoyo social la comparación fue la siguiente: *“Allá en el Sur hay más gente pobre, no hay quien te ayude, es muy difícil; aquí en Tijuana hay mucha ayuda por parte de norteamericanos. “Allá en el Sur cada quien se rasca con sus propias uñas y nadie te da la mano, aquí en Tijuana las personas aunque no sean de tu familia te brindan la mano”*; *“Allá en el Sur entre la familia se ayudan mucho, hay mucha familia viviendo cerca, aquí en Tijuana la mayoría de tu familia no está aquí, casi no tienes ayuda de la familia”*.

A través de la subjetividad de las entrevistadas también se mencionó otro de los puntos de comparación entre el sur y Tijuana, relacionado con los sentimientos de discriminación por ser pobre: *“Allá en el Sur hay muchas separaciones entre ricos y pobres, aquí en Tijuana todo el mundo es igual tengan o no tengan dinero”*; *“allá en el Sur sentí mucha discriminación por ser pobre -te ponen tú estás aquí y nosotros estamos acá y no puedes pasar-, aquí en Tijuana nunca he sentido eso, nunca he sentido que me discriminen por ser pobre, ni en mi forma de vestir, ni en mi forma de ser”*.

III. Percepciones y sentimientos ante situaciones de carencia económica

Para las mujeres jefas de familia y/o cónyuges el acceder a una despensa sin restricciones era un deseo, que al parecer las familias ubicadas por debajo del umbral de pobreza patrimonial en más de una ocasión han alcanzado. Así, la compra adicional de

una caja para preparar hot cakes, de un frasco de aceitunas o simplemente acceder a la variedad en la compra de frutas y verduras han sido los insumos para todo un festín familiar.

Se les preguntó a las mujeres jefas de familia y/o cónyuges, que si no tuvieran restricciones económicas cuál sería su despensa ideal. Las mujeres que pertenecen a familias ubicadas por debajo del umbral de pobreza de capacidades y patrimonial responden que una despensa ideal es aquella en la cual se incluye carne y algunos otros productos a través de la cual se pueda practicar el arte culinario que algunas de ellas han desarrollado. Sobre todo quisieran tener la posibilidad de comprar alimentos que se pudieran almacenar para guardarlos para los momentos de crisis. Además también mencionan el deseo de poder comprar de manera regular papel sanitario, shampoo, jabón, cloro e incluso suavizante para la ropa.

“Mmmmm, ahhhh..., echaría harina para hot cakes, pondría miel, una botella de rompope para la gelatina -les hago mucho en el tiempo de calor-. Aceitunas me gustan mucho, pero casi nunca compro porque están caras. ¡¡¡Ay!! Qué cree que me pasó el otro día que fui al Calimax -agarré un frasquito de aceitunas y no sé cómo lo agarré y se me quebraron varios, es que estaban todos amontonados; no sé como se movió tantito y una tronadera. El gerente me dijo: “Ni modo señora tiene que pagar”. No era toda mi culpa porque estaban mal acomodadas, amontonadas, se tronaron 3 frascos, ya ni traje las aceitunas y fueron casi 70 pesos. Hay cositas así que me gustaría comprar pero no, como la lechera, una caja de galletas de bombón, no las compro, no, no las compro.

“Por ejemplo: el mes pasado me regalaron 600 pesos de bonos. Yo lo único que compré fueron atunes, sardinas, lentejas, sopas, café, azúcar, sal, aceite, frijol, arroz, valvitas, cosas que no se echaran a perder, compré dos pollos, carne molida, bistec, cosas así, papas, tomatillos, tomates, latas de elote, de ejotes, que pudieran servirme para cuando ya no tuviera dinero. Me gasté el dinero pensando en el futuro, cuando no fuera a tener, por decir una maseca, un kilo de harina, un kilo de manteca. Así el día que no tenga ni para las tortillas, hago unas cuatro o cinco de maseca. Ahora, si no tuviera que pensar en el dinero, también compraría jabón, cloro, pino, shampoo, papel de rollo que es indispensable para el diario pero que no lo puedes comprar” (Imelda Esquivel).

“Hay, mi despensa ideal, sería muchas carnes y mucha fruta. Compraría muchas frutas, manzanas de todos los colores, las uvas, guayabas, hasta la caña, la papaya, todo me gusta. A veces cuando puedo traer fruta, tengo que traer sólo de dos; cuando está muy grande la manzana no la traigo, prefiero mejor las manzanas chiquitas ralladas o las naranjas, plátano, unas 15 guayabas, cosas que alcancen para todos” (Adela Barraza).

Los sentimientos de ansiedad y angustia no se limitan a la escasez de las fuentes de recursos e ingresos y al consumo familiar, sino a la falta de tiempo para convivir con la familia, al aumento de tensiones y de discusiones, al desamor, a la irresponsabilidad, a la separación y al divorcio.

“El principal problema que tenemos él y yo es eso, el dinero, él me pide y me pide; y yo le digo que se ponga a trabajar: “De perdís ponte a juntar botes de aluminio”... Para que se mejore mi situación yo pienso que es necesario que mi esposo trabaje; pero no le veo ninguna posibilidad, con tantos años así. Pienso que su problema es de autoestima, pero él dice que no. Una vez me dijo que yo lo trataba de humillar, como yo tengo mi trabajo y él no” (Aurora Morales).

Cuando Imelda Esquivel empezó a vender dulces y burritos para convertirse ella en la principal proveedora de la familia, el carácter de Roberto cambió aún más; cada vez que la familia tenía que pagar algún servicio público, comprar despensa o asumir cualquier gasto aumentaba su frustración al sentirse incapaz de atenderlos.

“Yo le tenía mucha lástima [a mi esposo], pero el carácter de él sí cambió mucho, se hizo muy enojón, no discutía ni nada pero siempre estaba así como enojado, o así muy alejado. Creo que se sentía frustrado porque ya no podía con la responsabilidad de la familia que había tenido por mucho tiempo. Siempre estaba serio, callado o a veces llegaba como enojado, a veces yo le hablaba y se hacía como que no me oía. Yo sentía mucho coraje, pensaba –“bueno tengo que aguantar”, mejor me quedaba callada para no hacerlo enojar más” (Imelda Esquivel).

La infidelidad es mencionada como un tema de conflicto en la pareja que genera dificultades económicas en la familia, sobre todo cuando deciden separarse. En el caso de Lucía Estrada, el hecho de que Esteban le haya sido infiel cambió drásticamente la situación económica de su familia. Durante todo el tiempo de casados él había sido el único proveedor del hogar; se hacía cargo de cubrir todos los gastos y necesidades de la familia; de hecho, para Lucía había sido una situación cómoda e incluso no había sentido la necesidad de manejar dinero. Cuando se enfrentó a la infidelidad y abandono de su pareja, ella y el resto de la familia quedaron totalmente desamparados, durante las primeras semanas a Lucía, consumida en su dolor, se le cerró al mundo; sin embargo, poco a poco fue encontrando alternativas, primero recibió ayuda de sus vecinas, y después consiguió trabajar en los Estados Unidos como doméstica.

“Estábamos económica y físicamente bien, yo pensaba que todo era de color de rosa porque nunca le miré [a mi esposo] nada de cambios. Íbamos a misa, íbamos a desayunar a algún

restaurante, llevaba a las chamacas al parque, a jugar hasta las dos de la tarde del domingo y luego nos traía a la casa. Otro día ya las niñas iban a la escuela, nosotros nos íbamos al mandado, me volvía a dejar en la casa y se iba a trabajar. Como él era su patrón, trabajaba a la hora y el día que él quería, o sea no tenía un horario fijo, no estaba todo el día en la casa, pero sí nos sacaba, éramos su prioridad; así que decía yo, para qué quiero dinero. Pero cuando sucedió que me engañó y me abandonó, -“oye qué hago, de dónde consigo”-, era tanta mi necesidad de comer para mí y para mis hijas, que tuve que ver qué iba hacer, porque él se fue con esa mujer...” (Lucía Estrada).

Las mujeres jefas de familia en la fase del ciclo doméstico de expansión, mencionan que una de sus principales angustias es dejar a sus hijos solos cuando éstas salen a trabajar. Varias de ellas no cuentan con redes de apoyo social o familiar para cuidar a sus hijos. El pago a una persona para que se encargue de cuidar a los hijos es casi imposible, por los elevados costos; al final resulta un balance negativo para la familia.

“Entonces yo como sea descuido mucho a mis niños porque me salgo a trabajar y es que no puede uno pagar a alguien para que los cuide. O los cuidas bien o les das más o menos de comer y es lo que no entienden ellos; entonces a mí se me parte el alma, pues yo siempre pues como madre lo que yo les pueda arrimar, zapatos, lo que sea, y me duele mucho tener que dejarlos solos porque si le digo a mi mamá ayúdame, de todos modos se van a la calle” (Martha Ramírez).

En los hijos se generan sentimientos de rechazo, vergüenza, inseguridad, maltrato y presión; no tener ropa, zapatos, útiles escolares, libros o una vivienda digna propician críticas entre sus pares. Los hijos de la familia Andrade manifestaron que cuando eran adolescentes sentían vergüenza de invitar a sus amigos a su casa, ya que vivían en un camión; comentaron que sentían que recibían burlas por las condiciones de pobreza en que vivían, sumado al alcoholismo de su padre y posterior separación de sus padres.

“La gente no te va a dar de comer, pero siempre las críticas hacen daño y a ellas [a mis hijas] les duele más porque están jóvenes y no es que sean “strilosas” [presumidas], no es que las esté haciendo así; si realmente fueran presumidas, nos exigirían que les compráramos cambios de ropa y cambios de zapatos y nunca lo hacen, nunca nos piden nada, no dicen nada. Ahí se van las pobres con la misma ropa con tal de asistir a la escuela o a una fiesta” (Aurora Morales).

Los constantes conflictos por la dependencia económica también es una permanente angustia para Imelda Esquivel, llegando al extremo de querer dejar su casa y vivir alejada de sus hijos. La carga económica y emocional para ella se debe a que sus hijos hacen un excesivo consumo de recursos sin asumir sus costos, evidenciando una

constante falta de reciprocidad de parte ellos hacia sus padres. La familia Esquivel se encuentra en la fase de dispersión del ciclo doméstico.

"Pues como todos mis hijos viven en el mismo terreno de mi casa, a veces hay problemas con los niños; siento que ya debería estar viviendo sola y siento como que todavía tengo que estar cuidando a mis nietos. Quisiera estar sola por lo menos; siento que estoy cargando con muchas responsabilidades y problemas que yo no debo de llevar. He hablado con ellos pero ellos no me dicen nada; como se apoyan mucho en mí; a mí me hubiera gustado que fueran independientes; ahora que están ellos conmigo usan todos los servicios y batallo para que los paguen, casi siempre yo los tengo que pagar. No quieren desyerbar o barrer el patio, nadie lo barre, no nada, entonces yo ando barriendo y desyerbando y reniego; entonces digo –"por qué si yo ya no tengo niños"-. Mi esposo me decía –"de todas maneras no te molestan porque sus casas están en el patio de atrás, te sirven de compañía, no vas a estar sola"-; pero no, porque con los niños no hay privacidad. A veces quiero estar sola, ni modo que corra a los niños o ni modo que los eche. Como a veces estoy haciendo de comer y se sientan todos y pos qué haces; yo no puedo decir nada. Todos esos problemas me generan mucha angustia; también ellas [hijas] tienen muchos problemas [económicos y familiares] pero yo no puedo con los míos, ojalá y se pongan las pilas porque está difícil la vida, por el trabajo, por los ingresos, por todo" (Imelda Esquivel).

IV. Conclusiones del capítulo

La lógica de este capítulo es ubicar como principal categoría de análisis la capacidad de respuesta para acceder y movilizar recursos/activos ante una limitada estructura de oportunidades. La movilización de fuerzas de trabajo y el ingreso monetario representan las principales fuentes de recursos en las familias pobres.

En las familias de residencia cuentan con una menor cantidad de fuerza de trabajo, menor participación en el trabajo formal y mayor participación en el sector informal; se observa la constante entrada y salida al mercado laboral de las jefas de familia ubicadas en la fase de expansión del ciclo doméstico, se ven orilladas a participar en el sector informal debido a la posibilidad de hacer compatibles los horarios laborales con las necesidades de la familia.

Las familias de interacción muestran una mayor movilidad de fuerza de trabajo en el sector formal, condiciones atribuidas a la edad de los integrantes de las familias, la transición entre las fases de expansión y consolidación del ciclo doméstico, y el contar con la participación de fuerza de trabajo de familiares no co-residentes.

Se observan tres niveles de apoyo entre los cónyuges para generar recursos y atender necesidades básicas y de consumo: primero, el patrón tradicional en el cual el cónyuge varón es el único proveedor, sólo se observa esta situación en una familia en fase de dispersión ubicada por debajo del umbral de pobreza alimentaria.

En la mayoría de las familias se observa la incapacidad del jefe de familia varón para asumir su papel de proveedor, ya sea por factores económicos –como el desempleo y los bajos salarios– o por factores sociales –como ausencia, abandono, consumo de alcohol y/o drogas. De ahí que el segundo patrón se refiera al escaso o nulo apoyo del cónyuge varón para cubrir las necesidades básicas y de consumo familiar.

Al igual que en los estudios de la relación mujer-pobreza realizados en la segunda ola propuesta por Feijoó (1999), las mujeres jefas de familia, en tanto proveedoras principales, con cónyuges co-residentes presentan mayores niveles de conflicto y violencia y mayores niveles de precariedad material.

El apoyo mutuo es el tercer patrón de ayuda entre los cónyuges para generar recursos y atender necesidades básicas y de consumo; la participación en el trabajo extradoméstico de las mujeres ha sido determinante, no sólo como trabajo secundario para complementar el ingreso familiar, sino como principales proveedoras. A su vez, la participación de los hijos jóvenes ha contribuido a atender las necesidades básicas de la familia y además ha incrementado su capacidad de consumo.

La mayoría de mujeres jefas de familia y/o cónyuges ubicadas por debajo de los umbrales de pobreza de capacidades y alimentaria informan que sus ingresos son imprecisos debido a la variabilidad e inconstancia en la movilidad de fuerzas de trabajo, pero sobre todo por la inestabilidad de los aportes que cada uno de los miembros de la familia hacía al presupuesto familiar. Ninguna de las jefas de familia entrevistadas tiene un empleo formal, se emplean como domésticas o venden algún producto y todos sus ingresos los destinan completos al presupuesto familiar.

Algunas de las estrategias de trabajo que desarrollan las familias para procurar mayores recursos e ingresos son las tradicionales, como que la mujer cónyuge y los hijos se sumen a la fuerza de trabajo. Al menos tres de las mujeres entrevistadas aprovechan la

cercanía con Estados Unidos como una estructura de oportunidad para el trabajo informal, sobre todo aquellas que han logrado obtener un pasaporte.

También se desarrollan otras estrategias de reproducción para mejorar la fuerza de trabajo, como incorporarse la mujer cónyuge al mercado laboral para asumir todos los gastos y consumo familiar en lo que el cónyuge varón se prepara académicamente. La asistencia social alimentaria como una estrategia de sobrevivencia es instrumentada sobre todo en aquellas familias en fase de dispersión y sin redes de apoyo familiar. Entre los riesgos que afectan la capacidad de respuesta para movilizar estrategias de sobrevivencia se mencionan la inestabilidad del mercado de trabajo y las enfermedades en la familia (sobre todo cuando se trata del proveedor principal).

La persistente precariedad de recursos para cubrir las necesidades, ha llevado a las jefas y/o cónyuges y a sus familias a desarrollar una serie de estrategias para asumir el gasto y consumo familiar. La primera y tal vez más importante se refiere a la capacidad que han desarrollado para administrar los recursos; en este sentido la dependencia prolongada de los hijos casados no co-residentes, por una parte, el consumo de alcohol y drogas de hijo co-residentes y de cónyuges varones, por otra, han mermado la economía familiar.

La temporada de inscripciones escolares es el periodo en el cual las familias en fase de expansión experimentan mayor precariedad económica, debido a que tienen que cubrir cuotas de inscripción, compra de útiles y uniformes escolares.

En las familias ubicadas por debajo del umbral de capacidades y patrimonial presentan dificultades para cubrir los costos del consumo de servicios públicos, por lo que cada vez que se acerca la llegada de un recibo se incrementa la angustia en las mujeres entrevistadas; la posibilidad de no tener al corriente el pago del servicio del agua ha llevado a algunas familias a tener adeudos hasta por 10,000 pesos.

La mayoría de familias ubicadas por debajo del umbral alimentario no cuentan con servicios públicos oficialmente, además de acceder al agua a través de pipas; el servicio de electricidad lo obtienen ilegalmente, y para reducir costos en el consumo de combustible frecuentemente utilizan leña para cocinar.

El consumo en el hogar no se limita a la alimentación, la adquisición de productos y bienes domésticos también incluye papel sanitario, jabón para la ropa y los trastes, utensilios para la cocina y muebles, los cuales se obtienen principalmente en los mercados sobre ruedas, participando así en el consumo de desechos, es decir, productos de segunda mano –alimentos, bebidas, ropa, calzado, juguetes, material de construcción, electrodomésticos, etcétera, provenientes de Estados Unidos.

En las familias bajo los umbrales de capacidades y patrimonial se observa la tendencia a consumir productos de marca con mayor intensidad en las fases de expansión y consolidación del ciclo doméstico, independientemente de que éstos sean usados. En cuanto a la estrategia de consumo de alimentación familiar, las familias bajo el umbral de capacidades y patrimonial buscan mayor variedad en la alimentación, aunque han limitado el consumo de carnes.

Las familias en fase de dispersión, ubicadas por debajo del umbral de pobreza alimentaria tienen una limitada cantidad y variedad de comida. Los recortes en el consumo de alimentos son mencionados como las principales estrategias para reducir gastos y dirigir esos “ahorros” a cubrir otras necesidades que habría de atender en ese momento, independientemente de la fase del ciclo doméstico y del umbral de pobreza.

En otro orden de ideas, la mayoría de las jefas de familia y/o cónyuges tienen como referencia provenir de familias de origen en condiciones de pobreza que han radicado en otros estados de México; este antecedente les permite tener un marco de referencia para comparar su experiencia de vivir situaciones de pobreza en Tijuana en comparación con algún lugar del sur de México. En este sentido, coinciden en que la intensidad de pobreza en Tijuana es menor, que tienen acceso a otras estructuras de oportunidad, como las redes sociales de apoyo; mayor acceso a fuentes de trabajo, acceso y consumo a bienes, aunque éstos sean usados; sin embargo coinciden en que las redes de apoyo familiar son escasas o nulas, lo que les genera un sentimiento de aislamiento y soledad.

Las percepciones y sentimientos de las jefas y/o cónyuges y sus familias ante su precariedad económica se presentan en diferentes niveles. En las mujeres jefas y/cónyuges crea sentimientos de ansiedad y angustia tanto por la escasez económica

como por los conflictos que ello genera. En los cónyuges varones desencadena sentimientos de frustración y agresividad ante la incapacidad de asumir su rol tradicional de proveedor. En los hijos estimula sentimientos de rechazo, vergüenza, inseguridad y presión entre sus pares, por no tener ropa, zapatos, útiles escolares o una vivienda digna.

Experiencias y significados en el proceso de adquisición y uso de la vivienda

La vivienda es uno de los principales recursos/activos de las familias. A su vez, es un reflejo de las condiciones de vida de quien la habita. Los estudiosos en el área asumen que la vivienda es la *base de un conjunto complejo de actividades individuales, familiares y sociales* que aseguran la continuidad de la vida. La vivienda ha sido entendida como un bien de uso, a través del cual las personas se protegen del medio ambiente, preparan alimentos, se asean y socializan; en momentos de crisis la vivienda también se puede convertir en un activo tangible. Pensada la vivienda desde este punto de vista, ésta debe proporcionar protección y servicios básicos para el desarrollo social y económico de la sociedad (González de la Rocha, 1986, 1988; Chant, 1992; Niembro, 1988; González, 1998; Padilla y Sotelo, 2002).⁵⁹

A reserva de que políticamente a nivel internacional a la vivienda se le ubica como un bien de primera necesidad y de que además se le ha considerado como un derecho económico, social y cultural, donde las personas puedan gozar de la intimidad y la vida familiar, la falta de acceso y las precarias condiciones de la situación habitacional para los pobres en todo el mundo evidencian la distribución desigual de la vivienda (Massolo, 1994).⁶⁰ Las precarias condiciones económicas han propiciado el deterioro físico de la vivienda, y pasado por alto que la vivienda tiene como propósito proporcionar espacios y servicios para fomentar la integración y desarrollo de quien la habita, entre ellas, la familia.

“El acelerado crecimiento demográfico del último cuarto de siglo, el rápido proceso de industrialización y la persistencia de carencias sociales –cuyos impactos extremos se ubican en colonias populares de las zonas urbanas, constituyen las variables causales de la problemática de la vivienda en los estados de la frontera norte...” (Fuentes y Peña, 2006: 218).

⁵⁹ “La vivienda debe cubrir ciertas necesidades básicas: protección, privacidad, funcionalidad e identidad, ya que también es considerada como el asiento físico de la familia, núcleo primordial de la sociedad y sirve para efectuar la formación de la persona en los elementos esenciales de su existencia: la nutrición y los hábitos del aseo, la educación moral y la formación emotiva” (Padilla y Sotelo, 2002: 8).

⁶⁰ “La magnitud del problema habitacional revela la necesidad de analizar la vivienda como un elemento fundamental del desarrollo de la sociedad, como una expresión de la estructura socioeconómica del país y como un indicador de la desigual distribución de los beneficios de la urbanización” (Massolo, 1994: 197).

De acuerdo a la observaciones de Fuentes y Peña (2006: 218) *los cambios macro-estructurales y económicos, tales como el acelerado crecimiento demográfico en el último siglo, el proceso de industrialización y las persistentes carencias sociales representan algunas de las variables causales de la problemática de la vivienda en la frontera, condición que ha afectado sobre todo a los sectores menos favorecidos de la región.* Oficialmente, para el año 2000 en la ciudad de Tijuana había 292,782 viviendas ocupadas (INEGI, 2000). Ciertamente, no todas las viviendas se encontraban en condición de pobreza; sin embargo, 21,338 hogares que habitaban un número similar de viviendas padecían pobreza patrimonial (Sedesol, 2003). Evidentemente, los resultados obtenidos en esta investigación de ninguna manera se pueden generalizar en todas las viviendas que están habitadas por familias pobres en esta ciudad. Pero, más allá de la representatividad estadística, si se toma como referencia el umbral de pobreza patrimonial, la pregunta obligada es *¿ante qué riesgos se han expuesto las familias que viven por debajo del umbral de la pobreza patrimonial que habitan esas viviendas?* Considerando que las familias bajo los umbrales de pobreza de capacidades y de pobreza alimentaria están aún más distantes para el acceso a una vivienda, la pregunta parece ser más intensa al intentar conocer los riesgos que enfrentan las familias que viven la pobreza bajo estos dos últimos umbrales.

Con la intención de introducirse en este dilema, los puntos que se abordan en este apartado se relacionan con las siguientes interrogantes: *¿En qué condiciones se encuentran las viviendas que habitan las mujeres jefas de familia y/o cónyuges entrevistadas? En cuanto a la capacidad de respuesta de las familias y estructura de oportunidades, vale preguntar: ¿Qué estrategias instrumentan las mujeres jefas de familia y/o cónyuges y sus familias en el proceso de adquisición del terreno, construcción de la vivienda, equipamiento e introducción de servicios públicos? ¿Ante qué riesgos se han enfrentado en este proceso?; Finalmente ¿Qué y cómo les ha servido haber accedido a una vivienda para enfrentar su condición de pobreza? También resulta interesante explorar desde su percepción ¿qué significa para ellas su vivienda?, ¿qué sentimientos genera en ellas residir en su vivienda y en su colonia?, ¿cuáles son sus esperanzas?, ¿qué tienen planeado para el futuro? y ¿qué están haciendo al respecto? En otras palabras, la intención de este apartado es analizar los procesos en las prácticas*

sociales y significados de las 18 familias estudiadas en el acceso y uso de la vivienda, el equipamiento de ella y los servicios públicos.

I. Condiciones generales⁶¹

Las personas pobres prefieren vivir en una casa propia, aunque su vivienda se encuentre en condiciones precarias –sin acceso a servicios públicos y con un reducido número de cuartos– que vivir en una casa rentada que cuente con todos los servicios (Paulette, 2005).⁶² Algunas razones son financieras, como el ahorro que representa el no pagar renta, otras de índole subjetivo, como sentir la seguridad de que se vive en un lugar propio, aun cuando la posesión de la vivienda no se haya legalizado. Con excepción de la familia Estrada, que renta en una vecindad, el resto de las familias habitan viviendas propias.

Tabla no. 17 Condiciones de la vivienda y acceso a servicios

Umbral pobreza	Familia	Régimen	Número cuartos	Número de integrantes	Material			Servicios públicos					
					Pared	Piso	Techo	Agua	Electricidad	Servicio sanitario	Pavimento	Combustible	Teléfono
Alimentaria	Escalante	Posesión	1	3	Madera	Tierra	Mat. Desecho	Si	No*	No	no	elect.	No
	García	Posesión	1	2	Madera	Tierra	Madera	Pipa	No*	No	no	leña	No
	Pérez	Posesión	1	4	Madera	Cemento	Mat. Desecho	Pipa	No*	No	no	Gas	No
	Osuna	Propia pagada	1	4	Madera	Tierra	Mat. Desecho	Si	Si	No	no	leña	No
	Santana	Documento posesión	2	2	Madera	Cemento	Mat. Desecho	Si	p*	No	no	leña	no
	Fernández	Documento posesión	1	8	Madera	Tierra	Mat. Desecho	Adeudo	No*	No	no	Gas	no
	Ramírez	Posesión	1	6	Madera	Tierra	Mat. Desecho	Pipa	No*	No	no	elect.	no
Capacidades	Espinosa	Propia pagada	1	1	Ladrillo	Cemento	Madera	Si	Si	p*	no	Gas	no
	Ríos	Documento posesión	2	3	Madera	Cemento	Mat. Desecho	Adeudo	Si	No	no	leña	no
	González	Posesión	1	6	Madera	Tierra	Mat. Desecho	Pipa	No*	No	si	Gas	no
	Barraza	Documento posesión	2	12	Madera	Cemento	Mat. Desecho	Adeudo	No*	No	no	leña	no
	Andrade	Propia pagada	2	1	Madera	Cemento	Madera	Si	Si	p*	no	Gas	Si
	Estrada	Rentada	2	5	Madera	Madera	Madera	Si	Si	Si	si	Gas	Si
	Gómez	Propia pagándose	3	5	Block	Cemento	Concreto	Si	Si	p*	no	Gas	Si
Patrimonial	Morales	Documento posesión	2	5	Madera	Cemento	Mat. Desecho	Si	Si	No	no	Gas	Si
	Ramos	Documento posesión	1	4	Madera	Cemento	Madera	Si	Si	p*	no	Gas	No
	Esquivel	Propia pagada	3	3	Ladrillo	Cemento	Concreto	Si	Si	Si	si	Gas	Si
	Díaz	Propia pagada	3	6	Block	Cemento	Concreto	Si	Si	Si	si	Gas	Si

Fuente: Cuestionario, condición socioeconómica de las familias participantes en esta investigación.

Nota: p*.- En proceso de contratación y/o instalación del servicio.

no*.- Legalmente no cuentan con el servicio público de energía eléctrica; sin embargo, en todos los casos accedían al servicios mediante estrategias ilegales, como la colocación de “diáblitos” (conexiones directas al sistema de alambreado público).

Leña.- Las familias que declararon utilizar leña para cocinar también utilizan gas.

⁶¹ “... En los estados fronterizos se observa un deterioro en la calidad del inventario habitacional, al existir un alto volumen de viviendas construidas con materiales no duraderos... la falta de disposición de suelo urbano apto para construcción de vivienda constituye otro de los elementos clave...” (Ordóñez y Reyes, 2006: 28).

⁶² “... En la encuesta lo que dicen los pobres el 93.04 por ciento de los encuestados respondió que prefería vivir en una casa propia, aunque careciera de servicios, que vivir en una casa rentada que con todos los servicios (Paulette, 2005: 147).

a) Hacinamiento

El hacinamiento es entendido como la densidad poblacional de la vivienda, este es estimado a través de indicadores como el tamaño de la familia y el número de habitaciones disponibles para dormir. En el sector urbano el hacinamiento está relacionado con condiciones de precariedad material, es decir, las condiciones de pobreza limitan el acceso a un mayor espacio físico en las viviendas, las cuales se caracterizan por tener un reducido número de habitaciones, Salles (2001: 147). La tabla número 17 muestra que en la medida que se supera alguno de los umbrales de pobreza aumenta la posibilidad de contar un mayor espacio habitacional. Es decir, el número de cuartos para dormir por vivienda de las 18 familias estudiadas parece tener una relación directa con el umbral de pobreza.

Las excepciones a esta tendencia las encontramos, por una parte, en la familia Ramos, que a pesar de las mejoras en su condición económica, por lo que se ubica por debajo del umbral de pobreza patrimonial, sólo tiene un cuarto para dormir. Esto puede ser resultado de que, en primer lugar, la familia está ubicada en la fase de expansión y la mayoría de recursos que se obtienen se dirigen a su cuidado y protección; en segundo lugar, debido a una serie de experiencias difíciles en el proceso de obtención de su vivienda (las cuales se analizarán más adelante).

El otro caso que llama la atención es el de la familia Santana, la cual está ubicada en la fase de dispersión del ciclo doméstico. Fueron los hijos y nietos los que construyeron la vivienda, la cual no tiene un estilo y planeación uniforme. Más bien se fueron agregando cuartos de acuerdo a las necesidades y el acceso a algunos recursos de parte de sus hijos y nietos. Su vivienda refleja la intención de responder temporalmente a las necesidades de contar con un lugar donde habitar en lo que sus hijos y nietos contaban con su propia vivienda. Al momento de la entrevista la composición de parentesco era nuclear, integrada por Regina y Domingo, ambos con más de 70 años de edad, aunque disponen de dos cuartos para dormir, se ubican por debajo del umbral de la pobreza alimentaria.

Cuando Fuentes y Peña (2006: 218, 222) evalúan la problemática de la vivienda lo hacen desde la perspectiva de rezago cuantitativo y cualitativo. El *rezago cuantitativo* enumera todas aquellas viviendas existentes que, debido al número de personas que la habitan y a la mala calidad, no satisfacen los mínimos de bienestar. El rezago cualitativo rescata aspectos como la densidad domiciliaria, hacinamiento, tenencia y precariedad. En mis observaciones de campo fue evidente tanto el rezago cuantitativo como el rezago cualitativo de la vivienda. En la mayoría de las familias el número de miembros por habitación oscila entre 1 y 3 personas.

“Un cuarto lo comparto con mi niño, otro cuarto para las dos [hijas] y otro para mi hijo mayor; pobrementemente, pero cada quien tiene su espacio” (Perla Gómez).

En la tabla número 17 se observa que el hacinamiento se presenta en una intensidad similar, independientemente del umbral de pobreza; sin embargo, cuando además del número de habitaciones se recurre a otras categorías analíticas como las condiciones de precariedad de la vivienda, el tamaño de las familias y el ciclo doméstico, el hacinamiento toma otros matices.

Los casos más críticos se presentan en las familias Barraza, Fernández, González, Pérez, Osuna y Ramírez. La composición de parentesco de la familia Barraza es nuclear en fase de expansión integrada por 12 personas, dispone de dos cuartos para dormir. Aunque aritméticamente corresponden seis personas por habitación, en su diario vivir su organización depende de otras condiciones. Una de ellas se refiere a las condiciones ambientales, ya que cuando llueve todos duermen en una sola habitación porque uno de los cuartos se gotea. La edad y el género de los hijos también se toma en cuenta para disponer del espacio, no solamente de las habitaciones si no del número de camas para dormir.

Las familias Fernández (alimentaria) y González (capacidades) comparten varias características demográficas y sociales, la composición familiar de ambas es nuclear en fase de expansión. En ambas viviendas se dispone de una sola habitación para dormir, con 8 y 6 personas respectivamente. También en ambos casos, debido a problemas económicos, emocionales o de salud, esporádicamente algunos de sus miembros duermen en otros lugares, incluyendo no sólo la casa de algún familiar, sino de algún conocido o incluso albergues del DIF.

Ubicadas bajo el umbral de pobreza alimentaria, las viviendas de las familias Pérez, Osuna y Ramírez cuentan, respectivamente, con un cuarto donde duermen cuatro personas. La composición de la familia Pérez es extensa en fase de dispersión del ciclo doméstico, su situación parece complicarse debido a que de los cuatro adultos, uno de ellos, Guillermo, se encuentra postrado en una cama y requiere cuidados especiales debido a un difícil problema de salud. La composición de parentesco de la familia Osuna es extensa en fase de dispersión, su situación de hacinamiento es resultado de que la mujer cónyuge entrevistada ha ofrecido un espacio donde vivir a sus dos nietas, de siete y nueve años.

La composición de parentesco de la familia Ramos es nuclear en fase de expansión del ciclo doméstico, integrada por el papá, la mamá y dos hijos preadolescentes. Para Luz Ramos, la intimidad, sexualidad e independencia están limitadas por la disposición de espacio; es decir, su relación íntima conyugal con su pareja y la privacidad que sus hijos le demandaban, son el punto crítico y de conflicto relacionados con su reducido espacio en la vivienda.

Para Padilla y Sotelo (2002:21) la vivienda debe contar con espacios diferenciados para atender las necesidades particulares de cada miembro del grupo familiar que la habita. En sus palabras, la vivienda proporciona espacios diferenciados para recibir personas, para vivir (trabajar, jugar, conversar, comer, etc.), para trabajar (cocinar, lavar) y una zona privada para descansar, dormir y cuidar a los enfermos.

“En la misma recámara están las literas de los niños, enseguida mi cama y luego el ropero, luego la puerta, un librero donde está esta enciclopedia que mi mamá me compró cuando estaba en la casa, unas libretas, y esta ventana; pero no me queda espacio para nada. El otro cuarto es la cocina; está la estufa. Me salió bien cara porque la sacamos en abonos y está bien chiquita. Aquí tengo una mesita donde tengo una planta, luego el refri y luego un cajón donde está la tele, un sillón, y una mesa de centro, y me queda muy poco espacio para caminar. Cada cuarto mide 4 x 4 metros” (Luz Ramos).

En las observaciones realizadas durante las visitas domiciliarias en las que se desarrollaron las entrevistas, se pudo constatar que la disponibilidad de espacio en las viviendas es reducida; sin embargo, se observa un mayor hacinamiento en las viviendas habitadas por familias donde hay un número mayor de integrantes y que además se

encuentran en fase de expansión del ciclo doméstico. Por otra parte, las familias nucleares en fase de dispersión ubicadas por debajo del umbral de pobreza alimentaria cuentan con un solo cuarto, una de las explicaciones podría ser la edad de sus integrantes, los cuales son adultos mayores, y la otra es la escasez de redes de apoyo familiar.

II. Obtención de la vivienda

Padilla y Sotelo (2002) han identificado dos caminos para acceder a la vivienda en México. El primer camino se da a través de un proceso formal. En este caso la vivienda debe cumplir con los mínimos requerimientos de construcción y es promovida tanto por el sector público como por el sector privado. El segundo camino se da mediante un proceso informal. En este caso la vivienda por lo general no cubre normas y regulaciones mínimas para su cimentación; por el contrario, se caracteriza por la autoconstrucción en asentamientos irregulares.

a) Adquisición del terreno

Enseguida, se analizan la capacidad de respuesta de las mujeres jefas y/o cónyuges y sus familias para acceder y movilizar recursos/ activos en el proceso de adquirir un terreno, edificar su casa, equiparla e introducir servicios públicos. A partir de la década de los setenta se agudizó el crecimiento demográfico, dando como resultado un incremento en la mancha urbana; se crearon un sinnúmero de asentamientos urbanos irregulares. Como menciona González de la Rocha (1986), en la necesidad de adquirir un terreno los sectores populares se han visto en la necesidad de involucrarse en movimientos políticos. Muchos de ellos han sido encabezados por el Movimiento Urbano Popular, conformado en su mayoría de migrantes pobres que venían del campo a la ciudad buscando mejores niveles de vida, independientemente de que su intención haya sido o no quedarse en Tijuana o cruzar hacia los Estados Unidos de América (Padilla y Lozano, 1988; Hernández, 1990; Valenzuela, 1991).

Estimaciones de Alegría y Ordóñez (2005), indican que aproximadamente la mitad de las viviendas ocupadas en la ciudad de Tijuana están ubicadas en terrenos adquiridos irregularmente. Este comportamiento no es ajeno a los resultados aquí analizados; en cuanto a la adquisición del terreno, cinco de las 17 familias tienen sus predios bajo el

régimen de posesión sin contar con algún documento que avale su propiedad (Ver tabla número 17). Tres de ellas, las familias Escalante, García y Pérez, además de ubicarse por debajo del umbral de pobreza alimentaria se encuentran en la fase de dispersión del ciclo doméstico. Aunque la familia González se ubica por debajo del umbral de pobreza de capacidades y la familia Ramírez en la pobreza alimentaria, ambas coinciden en ser nucleares en fase de expansión y en que sus terrenos estén ubicados en zonas de alto riesgo, como comenta Martha Ramírez:

“Pues no es de nadie [el terreno y la vivienda]..., bueno es de él [esposo] porque él la construyó, excavó, y todo, pero esa zona es de alto riesgo, si vas a inmobiliaria no te regulariza...” (Martha Ramírez).

En las mismas condiciones de tener su vivienda en un asentamiento irregular están otras 6 de las 12 familias restantes; en las cuales –mencionan las entrevistadas– sí cuentan con algún documento o están realizando trámites ante alguna autoridad para legalizar su propiedad. En la tabla no. 16 se observa que hay dos familias en cada uno de los umbrales de pobreza que están realizando trámites para regularizar la posesión de su terreno. Solamente la familia Santana se encuentra en la fase de dispersión del ciclo doméstico; mientras que la composición de parentesco de las familias, Barraza, Ramos, Ríos y Morales es nuclear en fase de expansión del ciclo doméstico. Las tres últimas, además, están encabezadas por jefatura femenina.

Las seis familias restantes tienen terrenos propios; con excepción de la familia Gómez, las demás entrevistadas ya liquidaron el costo del terreno. Al igual que en el caso anterior, también se observa que hay dos familias en cada uno de los umbrales de pobreza, por lo que podría parecer que el umbral de pobreza no necesariamente afecta el contar con casa propia. En este sentido, es necesario analizar con mayor profundidad este comportamiento.

La composición de parentesco de las familias Osuna y Espinosa es nuclear en fase de dispersión y se encuentran ubicadas en el umbral de pobreza alimentaria, al revisar las trayectorias de vida de estas dos familias, se encuentra que en algún tiempo cuando la situación económica de alguno de los jefes de familia había estado mejor fue cuando adquirieron su vivienda, pero su condición económica ha ido en descenso paulatinamente. En el umbral de pobreza de capacidades se ubican las familia Andrade

y Gómez, la primera está en la fase de dispersión, mientras que la segunda en consolidación; las dos jefas de familia comentan que pasaron varios años antes lograr cubrir el costo del terreno, esta situación se complicó porque al adquirirlo en una zona irregular fue necesario negociar con diferentes dueños e incluso pagar su valor más de una vez. También se prolongó el pago hasta por más de 20 años, como en el caso de Ana Andrade, por no poder cubrir las mensualidades, de hecho en más de una ocasión se vio expuesta a ser desalojada. Un proceso parecido experimentó la familia Gómez:

“El terreno se lo compramos al que era dueño de toda la colonia del Pedregal de Santa Julia; Enrique García, él estuvo fraccionando toda esa colonia. A nosotros nos vendió ese terreno, [hace 20 años] en ese entonces en 1,500 dólares, “que pos era barato”; sólo nos hizo un papel de compra y venta. Pero después se tuvo que regularizar en Coret, porque él le vendió al Estado. Le pasó al Estado todo; tuvimos que volver a pagar porque dijeron que el precio era muy poco. Pagamos... deja me acuerdo..., pagamos deslinde, trabajos técnicos y no sé qué otra cosa. Este terreno y esta casa me han salido muy caros” (Perla Gómez).

Ubicadas por debajo del umbral de pobreza patrimonial las familias Esquivel y Díaz también tienen en común ser jefas de familias extensas en fase de dispersión. La mayor parte de su trayectoria familiar la han experimentado sin pobreza, por lo que lograron obtener un terreno propio pagado; sin embargo, a raíz de una serie de acontecimientos han acumulando desventajas, lo que llevó a su familia a padecer pobreza. Enseguida, Imelda Esquivel narra su experiencia:

“Antes rentábamos en la Cárdenas. Ahí vivía una prima de mi esposo, tenía un terreno y nos lo prestó como por tres años y luego nos fuimos a rentar. Cuando había invasiones hace veintitantos años invadieron todo este lado, y a mí me tocó este terreno. Oía de las juntas, un día fui a apuntarme; me dijeron que dabas unas cooperaciones y te daban un terreno; nos dieron dos años para pagarlo y empezamos a fincarlo” (Imelda Esquivel).

De entrada, parece que el mayor número de familias que vive bajo el régimen de posesión sin ningún documento se ubican entre las familias que al momento de la entrevista padecen pobreza alimentaria o de capacidades, pero también se observa que el régimen de vivienda no solamente depende del umbral de pobreza en el cual está ubicada la familia al momento de la entrevista; si no que contribuye la fase del ciclo doméstico en que se encontraba la familia al momento en que adquirieron el terreno. Como en el caso de la familia Osuna, cuando pasaba por la fase de consolidación su estrategia fue invertir la mayor parte de sus ingresos en la adquisición de un terreno,

debido a que en ese entonces tuvo la posibilidad de movilizar mayor fuerza de trabajo y tener mayores ingresos.

Los resultados también indican que es recurrente la dificultad que enfrentan las mujeres jefas y/o cónyuges y en algunos casos su familia para lograr cubrir los costos del terreno y paralelamente los costos de la construcción de la vivienda. El caso de la familia Andrade es un ejemplo de ello. Tuvieron que pasar cerca de 30 años antes de que Ana lograra cubrir el costo total del terreno. Entre los recargos y la escasez de dinero cada vez le parecía más lejano a Ana Andrade el poder contar con un lugar propio pagado donde vivir ella y su familia; sin embargo, poco a poco *con aprietos y ahorros* logró cubrir su costo total.

Aunque por las limitaciones propias de este estudio no se abordará directamente la dimensión sociopolítica, cabe destacar que a la fecha de la entrevista Ana Andrade aún no contaba con un título de propiedad. Algo interesante al respecto es que en un recorrido oficial el entonces presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, hizo la entrega simbólica de los títulos de propiedad antes de que éstos hubieran sido liquidados.

En la adquisición del terreno, la mayoría de viviendas se encuentran ubicadas en predios irregulares, en este proceso las entrevistadas se han involucrado en movimientos urbanos. También se observa que cuatro de las nueve familias de residencia solamente tienen la posesión del terreno, pero no cuentan con ningún documento que avale su propiedad; las otras cinco familias de residencia cuentan con algún documento que avala la posesión, no su propiedad legal.

Podría suponerse que esta situación se presenta debido a cuatro riesgos que hacen más vulnerables a las familias. El primero es que seis de las nueve familias de residencia estudiadas se ubican por debajo del umbral de pobreza alimentaria. El segundo es que cuatro de las nueve familias están encabezadas por adultos mayores en fase de dispersión; las cinco restantes están encabezadas en su mayoría por jefas de familia en fase de expansión. El tercero es que en las nueve familias hay poca capacidad para movilizar recursos y activos, entre ellos la escasez de fuerza de trabajo. Finalmente, el cuarto riesgo se refiere a que al ser familias de residencia no cuentan con redes de apoyo

familiar externo del cual apoyarse. Esto significa que en las familias de relación las estrategias para movilizar recursos/activos en el proceso de adquisición del terreno están limitadas tanto por la escasa estructura de oportunidades como por atributos familiares limitados, principalmente los de las fases de expansión y de dispersión. Los altos niveles de vulnerabilidad en estas dos fases han sido analizados, entre otros autores, por Christenson, García y Oliveira (1989) y González de la Rocha (2006).

En cuanto a las familias de interacción solamente dos de las nueve familias no tienen documentos legales que avalen su propiedad. De las siete restantes una renta y las otras seis familias sí cuentan con la posesión legal de su terreno. Esta situación podría deberse a un riesgo y tres estructuras de oportunidades. El riesgo es que sólo una de las nueve familias se ubica por debajo del umbral de la pobreza alimentaria. La primera oportunidad es que cuatro de las nueve familias tienen jefatura compartida y, de las cinco familias encabezadas por jefatura femenina en tres casos han participado directamente los hijos en el proceso de adquisición del terreno. La segunda oportunidad es que en estas familias hay mayor capital humano y mayor movilización de fuerzas de trabajo y fuentes de ingresos. Finalmente, la tercera oportunidad es que al ser familias de interacción cuentan con mayor apoyo de redes de parientes no co-residentes en los cuales apoyarse. En resumen, podría suponerse que en las familias de interacción hay un mayor margen en las estrategias para acceder y movilizar recursos/ activos en el proceso de adquisición del terreno.

b) La auto-construcción de la vivienda

Ha sido poco el impacto de los programas institucionales públicos dirigidos a la construcción y financiamiento de viviendas para la población de escasos recursos económicos (Fuentes y Peña, 2006).⁶³ Con excepción de la familia Díaz, que obtuvo su casa mediante Fovissste, en ninguno de los 17 casos restantes se mencionaron programas o apoyo gubernamental.⁶⁴ En 17 familias tienen viviendas autoconstruidas, incluyendo la familia Estrada que vive en una casa rentada.

⁶³ “Por su parte, el programa *Vivah (ahora tu casa)* operado por la Sedesol a partir de 1998, tiene como fin atender la demanda de vivienda de la población en condiciones de pobreza, a través de la generación de oferta de vivienda de tipo progresivo con servicios básicos” (Fuentes y Peña, 2006: 239).

⁶⁴ “Sin embargo, la vivienda de interés social no ha sido la vía principal para que los más pobres obtengan espacio donde vivir, aunque hay períodos importantes en su construcción frente a la demanda existente y

Los estudios de autoconstrucción de la vivienda tienen una importante producción en México, entre ellos se encuentran los estudios realizados por De la Rosa (1985); González de la Rocha (1986, 1988), Villarreal, (1986), López (1987), Niembro (1986), Valenzuela (1991), Chant (1992), Salles (2001), Enríquez (2005), Alegría y Ordóñez (2006). Los puntos de encuentro de estos autores relacionados con la vivienda podrían enumerarse en: migración y necesidad de vivienda; invasión y regularización de terrenos; movimientos urbanos populares; procesos de autoconstrucción; urbanización y acceso a servicios públicos.

Para fines de esta investigación rescato el estudio sobre autoconstrucción de la vivienda para el caso de Tijuana realizado por Hiernaux (1986), donde además de reconstruir un marco general sobre este fenómeno, rescata la experiencia local. Para este autor la autoconstrucción de la vivienda no obedece sólo a la necesidad de tener un lugar donde habitar. La autoconstrucción de la vivienda también está vinculada a una serie de condicionantes externas a las familias pobres, condicionantes que retrasan y encarecen este proceso, como el *precario ingreso, la inestabilidad en el empleo, el desalojo, la existencia o no de ingresos adicionales y ahorros, la venta de bienes, la obtención de préstamos, la disponibilidad de tiempo, el número de miembros en la familia, etcétera*. En este orden de ideas, González de la Rocha (1986), coincide en que es un proceso largo y costoso, donde además de depender de factores económicos, la participación de la familia y de las redes de apoyo social es fundamental.

ha significado un mejoramiento de las condiciones habitacionales de población de bajos ingresos” (Padilla y Sotelo, 2002: 32).

Tabla no. 18 Familias de residencia, umbral de pobreza y estrategias para acceder y movilizar recursos/ activos en el proceso de adquisición de la vivienda.

	Umbral	Familia	Construcción de la vivienda	Equipamiento de la vivienda
Familias de residencia	Pobreza Alimentaria	Escalante	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: Los hijos que viven o vivían con las entrevistadas autoconstruyeron la vivienda.	Muebles improvisados Muebles regalados.
		García		
		Pérez		
		Santana	Muebles prestados propiedad de sus hijos y nietos. Muebles comprados en tiendas de segunda Muebles improvisados.	
		Fernández	Ya estaba construida la vivienda	Muebles que ya estaban en la vivienda que les prestaron.
	Pobreza de capacidades	Ramírez	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: La ex pareja de la entrevistada la autoconstruyó	Muebles comprados en mercado sobre ruedas.
		Barraza	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: La entrevistada, el esposo y los hijos mayores autoconstruyeron	Muebles improvisados Muebles comprados en mercado sobre ruedas.
	Pobreza patrimonial	Ríos	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: Un grupo de norteamericanos construyó la vivienda.	Muebles comprados en tienda de segunda.
		Morales	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: La entrevistada y el esposo autoconstruyeron la vivienda	Muebles adquiridos en mercado sobre ruedas, tiendas de segunda y algunos a crédito.
Familias de interacción	Pobreza Alimentaria	Osuna	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: El jefe de familia construyó con ayuda de vecinos.	Muebles improvisados y otros adquiridos de segunda.
		Espinosa	Disponibilidad de recursos monetarios Contrató a personas para que construyeran con la indemnización que recibió del empleo que perdió en la central camionera.	Una familia de vecinos que trabajan en Estados Unidos reparando casas le ha traído todos los muebles y se los han regalado.
	Pobreza de capacidades	González	Ya estaba construida la vivienda.	Muebles improvisados
		Andrade	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: La entrevistada y los hijos autoconstruyeron.	Muebles improvisados y otros comprados en tiendas de segunda.
		Estrada	Ya estaba construida la vivienda	Compra de muebles usados con amistades.
	Pobreza patrimonial	Gómez	Apoyo de redes sociales Participación en un fondo de ahorro de autoconstrucción de vivienda (ONG).	Muebles de segunda y algunos nuevos a crédito.
		Ramos	Apoyo de redes sociales Un grupo de norteamericanos construyó la vivienda.	Muebles adquiridos en mercado sobre ruedas
		Esquivel	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: Disponibilidad de recursos monetarios El jefe de familia contrataba a un trabajador para aprender cómo construir y el señor Esquivel junto con sus hijos mayores continuaban autoconstruyendo	Muebles de segunda y algunos nuevos a crédito.
		Díaz	Vivienda de interés social.	Muebles nuevos comprados a crédito.

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges entrevistadas suman una serie de experiencias para la construcción de su vivienda; además del componente material, entre ellos la adquisición de madera, la participación de los miembros de la familia y algunos vecinos

fue determinante. Tal como lo describen los autores antes citados, las entrevistadas manifiestan que han pasado o transitan por un proceso informal de autoconstrucción de su vivienda, proceso que representa el atender una serie de fases que en más de una ocasión se desarrolla de manera simultánea; es decir, las familias no esperan tener cubierto el costo del terreno para construirlo; tener la casa terminada para equiparla o para introducir servicios públicos. Sin embargo, es importante aclarar que es un proceso largo y costoso que depende de una serie de factores, a veces ajenos a la familia (González de la Rocha, 1986; Niembro, 1988).

“Para construir la casa, en ese tiempo mi esposo ganaba más y fuimos comprando poco a poco ladrillos, fuimos levantando de parte por parte, teníamos otro terreno que no me gustaba... entonces con los 3,000 dólares que nos dieron acabamos la casa. El otro terreno [el que vendimos] lo habíamos comprado en abonos, ese fue legal, nos lo vendió una viejecita donde rentábamos...” (Imelda Esquivel).

“La casa se empezó a construir porque el señor de los departamentos donde vivíamos nos molestaba. Le dije [a mi esposo]: “Mira, si ahorita te va bien en tu trabajo, por qué no comprar un terreno, a mí me gusta trabajar”. Tenía mis ahorros... “de lo que tengo ahorrado vamos haciéndonos de un terrenito”. (Aurora Morales).

c) La participación de la familia o contratación de mano de obra

Niembro (1988) estudia el papel de mujeres en la autoconstrucción de la vivienda, la autoconstrucción depende de dos factores: primero, la fase del ciclo de vida determinará el número de miembros disponibles que se pueden sumar a esta tarea; segundo, contar con redes recíprocas de apoyo. González de la Rocha (1986) agrega un tercer factor, el cual se refiere a la posibilidad de la familia de contar con algunos recursos económicos para contratar mano de obra.

En este orden de ideas se observan tres modalidades para la edificación de las casas. La participación directa de la familia, esporádicamente, la contratación de mano de obra y, en tercer lugar las redes de apoyo social, las cuales son analizadas en el siguiente inciso. La autoconstrucción de la vivienda es un proceso lento y complejo donde se altera la situación socioeconómica de la familia. A su vez involucra diversas tareas que en la mayoría de los casos terminan siendo responsabilidad de algunos miembros de la familia (González de la Rocha, Niembro, 1988). Al contrario, en el *proceso formal versus informal*, la construcción de la vivienda es realizada por una serie de

especialistas, donde se responsabilizan también arquitectos, ingenieros, peones de obra, albañiles, plomeros, electricistas, etcétera (Hiernaux, 1986).

“Lo que pasa es que él [esposo], por decir, pagaba una vez, y vio cómo lo hacían y luego ya lo hacíamos nosotros. Las instalaciones del drenaje, del agua y de la luz él las puso para no pagar. Porque la mano de obra sale más cara que el material” (Imelda Esquivel).

El proceso de autoconstrucción de la vivienda no se limita a haber levantado las paredes, construido el piso o reparado una y otra vez el techo. La autoconstrucción tiene una relación significativa con el hecho de tener un espacio digno donde vivir. Así se justifica que en la tarea de construir, mantener y reparar la vivienda se involucren o no todos los miembros de la familia, participación que no solamente está mediada por el género y la generación, sino también por la disposición individual de cada miembro de la familia de participar o no en este proceso.

“Yo miraba que se hacían las casas de madera con mucha facilidad aquí en Tijuana. El siguiente domingo me llevó [mi esposo] a conocer los terrenos. Para construirla se puede decir que tardamos como seis meses, porque nada más veníamos a hacerle los domingos... Nosotros clavábamos” (Aurora Morales).

En este sentido la participación de la mujer ha sido fundamental en la autoconstrucción de la vivienda, la cual incluye estrategias y actividades que van desde conseguir material de construcción, ahorrar parte de los ingresos, ayudar con tareas secundarias como atender a los trabajadores, hasta aquéllas que implican la participación directa de excavar, clavar, emplatar, etcétera. Según Niembro (1988) la participación de la mujer en las tareas de la autoconstrucción de la vivienda está medida por la fase del ciclo doméstico en que esté.

d) Redes de apoyo social: grupos norteamericanos y programas de organizaciones no gubernamentales

El apoyo que han prestado algunos grupos de norteamericanos y programas comunitarios no gubernamentales para la autoconstrucción de vivienda ha sido una de las pocas oportunidades que han tenido algunas familias pobres en Tijuana. En un estudio que realizó De la Rosa en 1987 halló que un segmento importante de población pobre había encontrado apoyo en grupos norteamericanos en Tijuana. Ciertamente, el vivir en la frontera parecería traer algunos beneficios y apoyos adicionales que no se presentan con la misma intensidad hacia el interior del país. De hecho, De la Rosa (1987) enumera como un importante impacto social el apoyo directo que reciben las

comunidades, las familias y las personas pobres en alimentos, ropa, medicamentos, viviendas y atención humanitaria dirigida a grupos vulnerables.

De la Rosa (1985) encuentra que, después de las donaciones en especie, es precisamente el trabajo manual lo que donaban los norteamericanos con mayor intensidad y consistencia, aunque, en menor escala, también dan apoyo para la construcción, incluyendo materiales y mantenimiento de casas habitación.⁶⁵ Tres de las 17 familias relatan haber obtenido su vivienda a través de un proceso informal de autoconstrucción, de éstas, dos familias a través de la ayuda directa de un grupo de norteamericanos y la familia restante recibe apoyo de una organización no gubernamental.

Cuando la familia Ramos recién se había formado, estaban pasando por un momento crítico tanto económico como emocional. Uno de los momentos más fuertes fue que la familia Ramos –integrada por Luz, su esposo, y su hija mayor, entonces recién nacida– vivía en casa de los papás de Luz, donde compartían una recámara con dos hermanas adolescentes de Luz. Esta situación condujo a que las relaciones intrafamiliares fueran intensas y conflictivas, por lo que Luz y su esposo estuvieron al límite de una separación. Fue entonces cuando Luz buscó ayuda y logró que un grupo de norteamericanos le construyera una casa. La oportunidad de haber accedido a esta red de apoyo social se debe a que la colonia donde vivían, Fausto González, está ubicada en el basurero público municipal, por lo que constantemente están llegando diferentes personas o grupos de norteamericanos a ofrecer asistencia.

⁶⁵ “Las prácticas sociales se han ordenado de mayor a menor frecuencia y varían en intensidad y consistencia de un grupo a otro. (1) Donaciones: es la práctica más frecuente y varían en intensidad y consistencia de un grupo a otro. Las donaciones son de ropa usada, alimentos, medicinas y, ocasionalmente, muebles; (2) Trabajo manual: se orienta hacia la construcción de salones para la comunidad (escuelas, capillas) y, en menor grado, casas-habitación. Igualmente se ejecutan trabajos de mantenimiento: reparación de techos, paredes, pintura, plomería, etcétera; (3) Donaciones en efectivo: puede ser para un grupo o institución; para un individuo o su familia. Por lo general, se da la donación cuando se presenta un caso de extrema necesidad, por ejemplo el pago de los gastos médicos de un enfermo son recursos; (4) Actividades recreativas y educativas: consiste en la organización de juegos, excursiones (en México y Estados Unidos) y otras actividades con los niños de las colonias. También se dan cursos fuera del programa ordinario oficial en las escuelas (inglés, matemáticas). La barrera del idioma y el desconocimiento de la cultura e historias mexicanas, impiden cursos de otra naturaleza; (5) Actividades en torno a la salud: algunos centros (escuelas, capillas) se usan como clínicas improvisadas algunos días de la semana. Con la consulta, con frecuencia se regalan medicinas. Hay otros programas de nutrición en los cuales los beneficiarios son los niños de las escuelas. Por lo general, estos programas no hacen mucho énfasis en el factor educativo; (6) Actividades económicas: desarrollo de pequeñas cooperativas: granjas de animales, centros de abastos, cooperativas de artesanías. Dado el grado de dificultades que representa este tipo de trabajo, es poco frecuente” (De la Rosa, 1987: 30-31).

"Hace como 12 años fue un grupo de americanos a la colonia que hacía las casas por 2000 pesos...te ponen dos piezas con piso en el terreno, nos gastamos lo de la piñata que estaba ahorrando para mi niña, e hicieron la casa, fue como me salí de ahí" [de la casa de los padres de Luz]. (Luz Ramos).

La familia Ríos originalmente vive en una casa construida provisionalmente con material de deshecho, la cual no la protege contra las inclemencias del tiempo. Se han sumado varios factores que le dificultan construir una vivienda digna, entre ellos haber asumido la jefatura femenina por el abandono de su pareja, la composición de parentesco es nuclear en fase de expansión, tienen dos hijos que mantener, no cuenta con la posibilidad de movilizar fuerza de trabajo, además de no contar con redes de apoyo familiar en la ciudad. Rosalinda también ha tenido la oportunidad de recibir el apoyo de otro grupo de norteamericanos que le construyeron una vivienda.

"Hasta que un señor que es de la religión vino y me dijo -"señora veníamos a ver si no quiere meter solicitud para que le hagan una casita, mire cómo vive"-... A mí me dio mucho gusto porque yo ya había intentado varias veces... Unas personas me habían dicho que no, que no calificaba que porque nomás tenía a estos dos niños,... Pero tengo otras dos y como éstas se fueron... pues ni modo... Otros me decían que no calificaba porque no sé... pero el caso es que nunca se me hacía, pero ahora que vino el hermano a decirme, no me lo esperaba..." (Rosalinda Ríos).

Los programas no gubernamentales son una alternativa viable para que las familias en condición de pobreza tengan la oportunidad de contar con una vivienda que cubra las mínimas necesidades de protección. Sin embargo, se requiere cubrir una serie de requisitos y tener una participación constante y comprometida, ya que es necesario utilizar todos los tiempos libres y cooperar con el grupo de familias que también está trabajando por su vivienda. De lo contrario se genera una serie de complicaciones que van desde la desorganización, el favoritismo, el desgaste y los conflictos entre las familias participantes. Perla Gómez y su familia han ido construyendo paulatinamente su vivienda mediante su participación directa en un fondo de ahorro para la autoconstrucción de viviendas para familias de bajos recursos económicos auspiciado por Fundación Esperanza de México.

Aunque la oportunidad de acceder a redes de apoyo familiar resulta una de las estrategias propicias para que las familias pobres logren tener una vivienda; este tipo de

ayuda también trae consigo una serie de consecuencias negativas. De acuerdo con De la Rosa (1987), las redes de apoyo social encabezadas por grupos de norteamericanos destacan por la desorganización en sus acciones y desconocimiento de las necesidades y problemática de la localidad, lo que ha provocado dependencia, rivalidades entre colonos y refuerzo de liderazgos políticos.

No es fácil acceder a este tipo de beneficios. Las dificultades que enfrentan las entrevistadas se deben principalmente al desconocimiento de cómo acceder a este tipo de apoyos. Otra dificultad es el poder lograr impulsar la participación directa y activa de todos los miembros del grupo familiar, condición que no es posible realizar en todos los casos.

“Esta semana hay problemas porque casi no se presentaron la mayoría, y como yo soy la presidenta del fondo de ahorro, pues a mí me reclaman las familias, y me presionan para que les hable a los demás. Llevamos un plan de trabajo; sabemos cuándo y a quién le toca cada día. Esa familia está buscando ayuda con personas que no son del fondo de ahorro, amistades, amigos, familiares. Para mí es desgastante estarles diciendo. El otro día una señora hasta me gritó bien feo; le dije: “Bájale, no me grites, aunque soy la presidenta no me toca todo el trabajo, es trabajo de todas las familias”. La encargada que estaba antes en Fundación Esperanza le daba preferencias sólo a algunas familias, y a otras nos amolaba, por eso la corrieron; habían hecho bien mal; hacía pagarés; había muchas cosas chuecas...hasta me quería salir...pero ya me habían ayudado a construir mi casa. Aunque no me ayudaron como debería de ser, yo los cimientos tuve que contratar para que me ayudaran. Una vez no fui a la junta; me pusieron de castigo ser la presidenta, porque nadie quiere ser. Cada año cambian la mesa directiva. El próximo año ya terminé de pagar, y a ver cómo le van a hacer porque yo me voy a salir... Duré cuatro años pagando; el programa dura cinco años pero como cuando puedo doy un poco más me adelanté un año” (Perla Gómez).

En la tabla número 18 se indica que en siete de las nueve *familias de residencia* fueron los miembros de las familias los que participaron directamente en la autoconstrucción de su vivienda; de las dos restantes, en una familia la vivienda ya estaba construida, y en la otra familia un grupo de norteamericanos construyeron la casa. No se observaron recubrimientos, emplastados, pintura o loseta, por el contrario fue constante la colocación de alfombras usadas en los pisos de tierra, la utilización de deshechos de puertas de cocheras que sirven como paredes y la colocación de lonas de plástico en los techos. Al igual que en el proceso de adquisición del terreno, se observa que las familias

de residencia tampoco cuentan con la posibilidad de movilizar o acceder a recursos/activos y estrategias para tener una vivienda segura y funcional.

En las familias de interacción se observan más estrategias para acceder y movilizar recursos/activos, los cuales se incrementan a medida que se cruza el siguiente umbral de pobreza. Entre las estrategias mencionadas destacan la ayuda de vecinos y otros parientes, la posibilidad de contratar algún trabajador de la construcción, más seguridad en el empleo y fuentes de ingresos, la aportación y participación de más miembros de la familia, el acceso a ahorros, e incluso en una familia el acceso a créditos para vivienda de interés social. En general también se observan mejores condiciones en las viviendas para ser habitadas, algunas de ellas incluso están recubiertas o se encuentran pintadas.

e) Material de construcción

Los materiales de construcción de pisos, paredes y techos son temas que cobran mucha relevancia debido, entre otras razones, a que en la mayoría de los casos tienen una relación directa con el umbral de pobreza. De hecho, algunas investigaciones realizadas en esta localidad con anterioridad documentan el deterioro y mala calidad de la vivienda en Tijuana.

De las 18 familias, sólo cuatro entrevistadas mencionan contar con viviendas construidas con materiales duraderos; tales casos se refieren a las familias Espinosa, Gómez, Esquivel y Díaz, las cuatro lograron asegurar la obtención de su vivienda durante la fase de consolidación del ciclo doméstico, momento en el cual tenían mayor acceso y movilización de la fuerza de trabajo doméstico y extradoméstico, mayores ingresos y menor cantidad de dependientes económicos. La casa de la familia Espinosa, además de tener una recámara, cuenta con otro cuarto amplio para la cocina y la sala. La vivienda está autoconstruida de ladrillo y cemento; sin ningún tipo de recubrimiento interior ni exterior.

La familia Gómez aún se encuentra en la fase de consolidación, debido a que los dos hijos mayores trabajan, además de que los dos cónyuges tienen la oportunidad de destinar parte de sus ingresos a la construcción de la vivienda, la cual aún está en

proceso de autoconstrucción. La familia participa en un fondo de ahorro para construcción de viviendas (Fundación Esperanza de México). Sólo dos de los cuartos son de material duradero, ya que el cuarto en que vivió originalmente Perla Gómez y su familia, y que aún está en uso, es de madera. Las paredes y el techo están emplastadas, y el piso está recubierto de loseta.

Imelda Esquivel y su familia cuentan con una vivienda amplia con tres recámaras para dormir, el comedor y la sala. La casa está autoconstruida en su totalidad de ladrillo y concreto, aunque no tiene recubrimiento interior ni exterior. Finalmente, Sonia Díaz y su familia habitan en una vivienda de block y concreto ubicada en el primer piso de un edificio de tres departamentos de interés social (Fovissste); aunque es de material duradero, su aspecto está extremadamente deteriorado, sobre todo en la parte exterior.

Las viviendas de las familias Andrade y Ramos, aunque evidencian carencias económicas, parecen cubrir los mínimos requerimientos de funcionalidad. La familia Andrade se encuentra en la fase de expansión ubicada en el umbral de pobreza de capacidades. Su vivienda es amplia, logró construirla hace poco tiempo cuando su familia estaba en la fase de consolidación. La casa, además de contar con dos cuartos para dormir, tiene espacio para la cocina y una sala. Tanto el techo como las paredes son de madera que Andrea Andrade y sus hijos han adquirido en ferreterías, y el piso es de cemento. La vivienda no cuenta con ningún tipo de recubrimiento interior ni exterior.

Por su parte, Luz Ramos y su familia se ubican en el umbral de pobreza patrimonial, tienen una vivienda de una recámara para dormir y otro cuarto que funciona como cocina y sala. El espacio es muy reducido. El techo y las paredes son de madera y el piso de cemento. La parte exterior de la vivienda está recubierta con cemento y la parte interior, tanto las paredes como el techo, ha sido recubierta con yeso y pintada de color melón; sin embargo, debido a que se encuentran en la fase de expansión del ciclo doméstico no han logrado hacer las ampliaciones que consideran necesarias.

Las otras 12 familias habitan en viviendas en estado de deterioro. Por lo general el material de construcción es madera de segunda mano, cartón felpa y otros materiales de deshecho. Seis viviendas tienen piso de tierra y en 10 el techo está construido con material de desecho, por lo que en la mayoría de los casos se moja cuando llueve y se

cuela el frío. Carecen de recubrimientos, emplastados, pintura o loseta; los únicos recubrimientos encontrados en interiores fueron algunas alfombras viejas en los pisos de tierra, mientras que en el exterior las *llantas parecen adornar los muros de contención*. Esporádicamente aparecen colores, sobre todo cuando se utilizan los deshechos de puertas de cocheras como paredes o alguna madera que han sido utilizadas y pintadas en una construcción anterior.

En un estudio previo, Hiernaux (1986) encuentra que casi el 80% del material de construcción es deshecho proveniente de Estados Unidos. Así también, González de la Rocha (1986) describe tres estrategias para la obtención del material de construcción, el primero se refiere a la obtención de material utilizado en otras construcciones, en segundo está el tener algún familiar en la construcción que les regale material; y el tercero es obtenerlo nuevo en el mercado.

f) Equipamiento

En la frontera es muy común la introducción de material de deshecho, no solamente de madera usada y de llantas, también son introducidos autos, electrodomésticos, accesorios eléctricos e hidráulicos, cocinas y todo tipo de muebles. Las 18 familias adquirieron los bienes para sus viviendas a través de cuatro estrategias de consumo. La primera de ellas, y menos frecuente, es la compra directa en un establecimiento formal a través de créditos. La segunda estrategia de consumo para adquirir bienes muebles consiste en los regalos de algún vecino, amigo, pariente o norteamericano, sobre todo cuando los donantes se encuentran en una mejor posición económica.

“Tenía refrigerador, estufa, camas, muebles. Yo los compré con el dinero de las incapacidades de cuando nacieron mis dos niños más grandes. No tenía buen trabajo, pero con lo que uno junta con la fábrica, que las utilidades, que los aguinaldos...me fui comprando mis cositas; tenía mi estufa, mi refrigerador, mi lavadora. Primero se me descompuso la estufa, luego él [esposo] vendió la mina...” (Martha Ramírez).

La tercera estrategia de consumo de bienes para equipar el hogar se refiere a que las familias adquieren bienes usados, sobre todo cuando algún conocido remata algún mueble cuando logra adquirir otro. Es más frecuente adquirir los muebles en alguna tienda de segunda o en el mercado sobre ruedas. En algunos casos extremos, la estrategia de consumo para enfrentar la carencia de muebles es improvisarlos con otros

objetos que se tienen a la mano; se volteaban cubetas vacías de plástico para utilizarlas como sillas; y viejos sillones de carros funcionan como sofás.

“Mmmmm, pues ya están bien viejos; yo creo que por eso gastan tanta luz. Pues de segunda se puede decir. Mi cama, mi tele, porque el tocador se me rompió en pedacitos. Los compro en el sobre ruedas, o en una segunda de muebles, pero hace muchos años que los compré. Por ejemplo, este comedor lo compré en el sobre ruedas; me lo dieron en 1000 pesos; traía un defecto, y un señor me cobró 200 pesos por arreglarlo, pero son mucho más caros. Mi cama es matrimonial, ya tiene muchos años; no tengo recámara completa... Mis hijas tienen literas, también fueron de segunda... Lo único que les compré nuevo fueron los colchones, y fueron fiados también en la mueblería; salieron más caros porque eran en abonos; me acuerdo que daba 50 pesos por semana...” (Perla Gómez).

En la tabla número 18 indica se que en las familias de residencia hay una mayor diversificación de estrategias para el acceso y manejo de recursos/activos tangibles e intangibles en el equipamiento de la vivienda, tales como la utilización de muebles improvisados, prestados o regalados, aunque con menor intensidad también hay situaciones en donde las familias tienen la posibilidad de comprar muebles y electrodomésticos en tiendas de segunda y mercados sobre ruedas. Sin embargo, se observa en general que los muebles se encuentran en condiciones precarias.

En las familias de interacción que se ubican por debajo del umbral de pobreza alimentaria y de capacidades las entrevistadas informan que las estrategias que desarrollan son utilizar muebles improvisados o que les han regalado. En general se observa que entre este tipo de familia los muebles se encuentran en mejores condiciones y la mayoría del equipamiento de la vivienda ha sido adquirido en mercados sobre ruedas, tiendas de segunda y en algunos casos se han comprado a crédito.

g) Acceso a los servicios públicos

Finalmente, las familias hacen todo lo posible por instrumentar estrategias para acceder e introducir servicios públicos en su vivienda. En la tabla número 17 muestra que conforme se mejora la condición económica también aumenta la posibilidad de acceder a los servicios públicos. Para las mujeres entrevistadas y sus familias, la posibilidad de conseguir una toma pública de agua, instalación legal de electricidad, conexión a la red de alcantarillado y gas para poder cocinar diariamente depende directamente del monto de sus ingresos, pero también depende de la estructura de oportunidades, es decir, de la capacidad gubernamental para otorgar e instalar servicios.

En cuanto al servicio del agua, las jefas de las familias García, Pérez, Ramírez y González mencionan que en su familia accedían al consumo de agua mediante la compra de tambos, evidentemente más cara y de menor calidad; las tres primeras familias se ubican por debajo del umbral de pobreza alimentaria, mientras que la última en el de capacidades. Por otra parte, las dos primera familias se encuentran en la fase de dispersión del ciclo doméstico, mientras que las dos últimas en la fase de expansión.

Aunque 14 mujeres jefas de familia y/o cónyuges mencionan contar con el servicio de agua, tres de ellas tienen considerables adeudos; éstas son las familias Fernández, Ríos y Barraza, además coinciden en la fase del ciclo doméstico de expansión.

Todas las viviendas cuentan con el servicio de electricidad, aunque cabe destacar que siete de las entrevistadas mencionan acceder ilegalmente a este servicio. Éstas son las familias Escalante, García, Pérez, Fernández y Ramírez, las cuales se ubican por debajo del umbral de pobreza alimentaria, y las familias González y Barraza ubicadas por debajo del umbral de pobreza de capacidades.

“Te cuelgas en los postes, compras cable, pero cuando llegan los de la Comisión a revisar quitan los cables y se llevan todo. Pero luego vuelves a ponerlo; como las casas no tienen título no puedes hacer el contrato” (Martha Ramírez).

Un punto extremadamente preocupante, ante todo por los problemas de sanidad que acarrea, es la carencia de conexión al servicio de alcantarillado. Sólo tres viviendas cuentan con ese servicio, entre ellas la familia Estrada, ubicada en el umbral de pobreza de capacidades y que vive en una casa rentada; las viviendas de las familias Esquivel y Díaz también cuentan con drenaje, ambas se ubican por debajo del umbral de pobreza de capacidades. Cuatro de ellas están en proceso de adquirirlo. Además de la condición de pobreza de las familias, la configuración topográfica de la ciudad también obstaculiza la introducción de servicios públicos en terrenos ubicados principalmente en cañones, (Hiernaux, 1986)⁶⁶

⁶⁶ *“La configuración topográfica de la mayoría de colonias de bajos ingresos en Tijuana, la introducción de redes es una solución técnicamente muy difícil, ya que los asentamientos generalmente no respetan una traza elemental que permita un escurrimiento normal por pendiente de la red de drenaje” (Hiernaux, 1996:122).*

“Tenemos baño adentro para bañarnos, baño completo, pero todavía no tenemos drenaje... Sí lo usamos como taza, pero cuando nos bañamos el agua la tiramos para afuera porque si echáramos el agua con que nos bañamos al pozo se rellenaría muy rápido” (Aurora Morales).

Por último, la disposición de combustible, tanto para cocinar como para calentar agua para el aseo personal es uno de los gastos más fuertes que las familias tienen que cubrir. Ante esta situación algunas de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges han desarrollado una serie de estrategias de sobrevivencia. Las entrevistadas de las familias Escalante y Ramírez cocinan con electricidad, aprovechando que no tienen que pagarla ya que la adquieren ilegalmente, ambas familias se ubican por debajo del umbral de pobreza alimentaria. Aunque las entrevistadas compran gas para cocinar, cinco mencionan que cocinan con leña fuera de la casa, sobre todo los alimentos que requieren más tiempo; éstas se refieren a las familias García, Osuna, Santana, Ríos y Barraza. Las tres primeras familias en fase de dispersión están ubicadas en el umbral de pobreza alimentaria. Las dos últimas familias en fase de expansión se encuentran en el umbral de pobreza patrimonial.

“Pues yo compro una minita de gas, pero a mí me dura mucho porque yo luego, los frijoles y lo que es más tardado, lo [cocino] en la leña para que me dure... Nomás lo indispensable lo cocino con gas; la minita me dura como cuatro meses. Me cuesta, tirándole a los 200 pesos... no me acuerdo bien... Es que es a mi niño al que lo mando a comprarlo, pobrecito, luego se preocupa mucho. Me dice: “Mamá, cómo no estoy grande para irme a trabajar y ayudarle” (Rosalinda Ríos).

Ante la escasez de calentador (boiler) para hervir el agua para bañarse, se utilizan las resistencias de planchas o cafeteras que ya no sirven. Esto es, el aparato se desarmaba, se obtiene la resistencia y se le coloca un cable para conectarse a la electricidad. Una vez conectado se introduce en una cubeta llena de agua y se le da el tiempo suficiente para que el líquido se caliente. Posteriormente se retira la resistencia del recipiente y el agua está lista para ser utilizada.

“Ya ves que en el dompe tiran las cafeteras que ya no sirven o la pancha que ya no sirvió... Se ponen en un bote de agua; en las ferreterías también venden un fierrito como una resistencia, pero esos no calientan tanto, son muy lentos. Lo metes al bote y queda bien caliente” (Luz Ramos).

En la tabla número 18 se observa que en las familias de residencia sus viviendas carecen de servicios públicos, o al menos de la instalación legal de los servicios. Tres de las

nueve familias no cuentan con el servicio de agua por tubería; las seis familias restantes que sí tienen el servicio de agua sus adeudos ascienden a más de 10,000 pesos. En cuanto a la electricidad, tres mujeres entrevistadas informaron que en sus viviendas no tienen la instalación legal de este servicio; solamente una de las entrevistadas explica que está realizando los trámites y pagos correspondientes para que le instalen electricidad en su vivienda. Todas las viviendas de las familias de residencia estudiadas se ubican en calles no pavimentadas, en las cuales no se cuenta con servicio de drenaje. Aunque todas las mujeres entrevistadas manifiestan cocinar con gas, también mencionan la utilización de leña y electricidad con el mismo fin, debido a que con esta estrategia reducen los altos gastos en combustible.

III. Percepciones y sentimientos⁶⁷

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges desarrollan una serie de estrategias de sobrevivencia para movilizar recursos y activos y así lograr adquirir el terreno, construir la vivienda, equiparla e introducir los servicios públicos para habitarla, o en caso de no poder acceder a una vivienda, desarrollan estrategias para sustituir esta carencia.

Para hacer un análisis de la percepción de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges en el acceso y uso de sus viviendas, así como los sentimientos que en ellas se generan se recurrió a los mínimos requerimientos que ésta debería cubrir: la protección, la higiene, la privacidad, la comodidad y funcionamiento y, finalmente, la localización (Padilla y Sotelo, 2002). En este sentido el análisis de la subjetividad se fundamenta en la propuesta de Kepler (1990), Moya (1996) y Herbert (1992), entendida como el modo de pensar y sentir del sujeto. Es decir, por una parte, se explora la percepción (satisfacciones y logros) de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges entrevistadas, y por otra parte se exploran sus sentimientos (ansiedad, angustia, esperanza –deseos y planes).

⁶⁷ “La vivienda, que por lo general se considera un activo, también puede constituir un pasivo debido a que puede limitar opciones y absorber recursos; sin embargo, en muchos casos la deficiente calidad de sus viviendas es lo que distingue a las personas pobres de las que no lo son... los bienes materiales o domésticos son un activo en la medida en que pueden venderse en casos de emergencia; es posible que los bienes susceptibles de venderse constituyan una de las pocas redes de seguridad de que disponen las familias pobres (Narayan, 2000: 51).

a) Protección

La función de **protección** hace referencia a la *capacidad de la vivienda para aislar a sus ocupantes en forma suficiente, permanente y regulable del medio ambiente* (Padilla y Sotelo, 2002: 18-19). En párrafos anteriores se mencionó que el acceder a una vivienda es un proceso lento y costoso. De hecho, la mayoría de entrevistadas y su familia tuvieron que vivir en otros lugares antes de asentarse en la casa donde se encontraban viviendo en el momento de la entrevista; el vivir con algún familiar y rentar esporádicamente fueron los dos mecanismos más mencionados (Niembro, 1988). Durante este recorrer las mujeres jefes de familia y/o cónyuges relatan una serie de riesgos que experimentan debido a la precariedad de las casas en las que han tenido que vivir. Las malas condiciones de la vivienda afectan directamente la protección ante las inclemencias del medio ambiente que en teoría la vivienda debe proporcionar a las familias.

"...está hecha de puras tablitas, pero se me mete todo el agua cuando llueve y en los vientos siento que se va a venir abajo... Ahora casi no voy a mi casa porque tengo que subir todos los escalones de llantas y siento que me muero... El otro día me desmayé del esfuerzo que hice... por eso me quedo aquí [en casa de una hermana]... mi marido no está muy de acuerdo, pero ahorita nada más me interesa ponerme bien..." (Carmen González).

González de la Rocha (1986), presenta una justa protesta moral por los extremados riesgos ante los cuales se ven expuestas las familias, que vale citar aquí textualmente *"es la urgencia de un techo, apropiado a sus bajos niveles de ingreso, la ausencia de ese tipo de viviendas en el mercado... y la gran capacidad de esta gente para soportar condiciones de vida terribles, lo que vuelve a la autoconstrucción su única opción.... El hecho de que la autoconstrucción sea una alternativa habitacional viable no debe esconder las condiciones terribles en que viven los trabajadores urbanos"* (González de la Rocha, 1986: 223).

En el mismo orden de ideas sobresalen las zonas de alto riesgo donde se encuentran autoconstruidas la mayoría de las viviendas y donde, en temporada invernal o de los fuertes vientos de Santana, muchas de las viviendas son propicias a sufrir deslaves o daños severos. En algunos casos el interior de las casas parece quedar prácticamente a la intemperie debido a la mala calidad tanto de la construcción como de los materiales, que permiten la entrada de agua, frío, viento o extremado calor. En este escenario se pasa por alto la función de protección de la vivienda en por lo menos 12 viviendas, tanto por

su ubicación como por sus materiales de construcción, evidencian un extremado deterioro.

“Está bien fría; la casa está toda careomida de la polilla. La casa la hicieron en 1917; esta casa era lo último que había de la colonia Libertad, porque la colonia Libertad nada más era hasta la calle ocho...” (Lucía Estrada).

Durante el proceso de obtención de vivienda hay situaciones extremas, como en los casos de la familia Andrade y la familia Ramos. Cuando Ana Andrade agotó la posibilidad de continuar viviendo con algún familiar (además de que le era imposible cubrir el costo de un alquiler –que en Tijuana generalmente es en dólares) se presentó la oportunidad de que le prestaran a ella y a su familia un terreno en el ejido Mariano Matamoros y lo aceptaron; sin embargo, no tenían los recursos económicos suficientes para construir una vivienda, así que la estrategia de sobrevivencia que desarrollaron fue utilizar el cascarón de un autobús de pasajeros abandonado en el cual ya habían vivido otras personas. Lo pintaron y forraron las paredes, el techo y el piso con alfombra, ya que era muy frío. En ese camión la familia Andrade vivió alrededor de 15 años. Comenta Ana Andrade que sintió mucha nostalgia cuando se salió de ahí -del camión- cuando lo derrumbaron y se lo llevaron.

Una camioneta tipo van fue la vivienda de Luz Ramos y su esposo durante los primeros ocho meses de su vida matrimonial. Posteriormente, se fueron a rentar un cuarto por un par de meses y durante el siguiente año vivieron en casa de los papás de Luz Ramos. En la primera fase de la vida familiar de la familia Ramos tuvieron la experiencia de vivir en lugares no propicios para ser habitados. De hecho, la nueva familia y sobre todo Luz experimentó una serie de riesgos, que incluyeron pasar por un embarazo donde no se tenía el mínimo espacio para pararse, cocinar, aislarse del ruido exterior o protegerse mínimamente del clima.

“...duramos en la panel ocho meses. Yo ya tenía panza y ya no podía estar viviendo en esa panel porque me cansaba mucho de estar sentada. Hacía mucho calor; teníamos una cama matrimonial dentro de la panel.⁶⁸ También teníamos una tele, y una estufa chiquita, pero estaba muy incómodo porque sólo se prestaba para dormir, no podías estar parada. Me sentí muy molesta y me fui a vivir a un cuarto que me rentaban en 100 pesos, pero los vecinos eran muy incómodos. Todo el tiempo tenían música a todo volumen; yo, embarazada, sentía que me retumbaba la panza; escarbaban alrededor del cuarto y decía es que quieren que nos salgamos, pero no nos decían nada...” (Luz Ramos).

⁶⁸ En Tijuana se le denomina “panel” a las camionetas tipo van utilizadas generalmente para la transportación de mercancías o de un número aproximado de 10 personas.

b) Higiene

La función de ***higiene*** se refiere a la capacidad de la vivienda de ofrecer condiciones higiénicas suficientes para prevenir enfermedades que estén directa o indirectamente vinculadas a la casa (*Padilla y Sotelo, 2002: 18-19*). El reducido equipamiento de servicios de sanidad en las viviendas es uno de los principales riesgos a que se enfrentan las familias entrevistadas. De las 18 familias estudiadas 15 viviendas no cuentan con el servicio de drenaje. Esta condición ocasiona que, aunque se cuente o no con el equipamiento adecuado para la higiene de la casa, el lavado de trastes, el lavado de ropa y la higiene personal, no se cuenta con el servicio para la eliminación adecuada de aguas negras. A la vez, la escasez de este servicio afecta también al entorno inmediato a la vivienda. Los accesos a algunas colonias se caracterizan por las zanjas, producto de la erosión, debido al constante flujo de aguas negras que corren desde el interior de las viviendas. Al respecto Salles (2001), en una investigación realizada en Tijuana, documenta que las colonias de los sectores populares se caracterizan por la carencia de infraestructura, de hecho presentan un “*aspecto desolador*”.

c) Privacidad

La ***privacidad exterior*** se refiere a la capacidad de la vivienda para aislar voluntariamente a sus integrantes del medio social. La ***privacidad interna*** hace referencia al aislamiento voluntario de los ocupantes dentro de la vivienda; esta privacidad tiene una relación directa con el tamaño de la casa y el número de ocupantes (*Padilla y Sotelo, 2002: 18-19*).

La privacidad externa fue mencionada escasamente en las entrevistas. Cuatro son los casos que sobresalen –los de las familias Estrada, Díaz, Andrade y Esquivel. Tanto Lucía Estrada como sus hijas prefieren vivir en una casa rentada que en una propia ubicada cercana a parientes, es decir, prefieren vivir alejados de las redes de apoyo familiar por la relación conflictiva implica su relación cotidiana. Desde hacía 24 años el esposo de Lucía Estrada adquirió un terreno en la colonia Altamira, y recientemente una de las hijas mayores construyó una vivienda de dos cuartos ahí. El mantenerse alejados de otros parientes es uno de los motivos principales que contribuye a preferir seguir viviendo en una casa rentada a pesar de sus fuertes problemas económicos.

“También me quedé a vivir aquí porque allá está mi familia política. Yo preferí no estar cerca de ellos... Ahorita la señora ya está grande [mi suegra], como que ya captó que necesita de todos... Ese es uno de los motivos porque no me gusta estar allá. Como a tres casas vive mi cuñada y viven los sobrinos de él... Sentía que me iban a empezar a fastidiar y pues no quería... Ese fue uno de los motivos más fuertes porque no me quiero ir para allá, pero ya no se puede aquí... y luego aquí nos subieron la renta...” (Lucía Estrada).

Sobre todo en las familias de interacción, las entrevistadas mencionan gozar de poca privacidad externa en sus viviendas, debido a que sus propios hijos y nietos, no co-residentes, constantemente entran y salen e incluso se quedan a vivir temporalmente en la vivienda de las entrevistadas. Sonia Díaz siente que tiene la responsabilidad de ayudar a sus hijos y nietos más allá de sus posibilidades, aun sacrificando la privacidad y tranquilidad que puede brindarle su vivienda sin ellos. Ana Andrade ha aprendido que además de ayudar a sus hijos y nietos, ella también requiere de tiempo y espacio para disfrutar su privacidad, por ello busca espacios para no tener visitas y disfrutar de sus plantas y la soledad que le hacen sentirse tranquila.

Imelda Esquivel manifiesta una gran molestia por no poder disfrutar de un momento de privacidad. Aunque su vivienda es amplia y cada uno de sus ocupantes cuenta con una habitación propia, el hecho de que sus otros hijos no co-residentes hayan construido sus viviendas en el mismo terreno propicia que la casa de la familia Esquivel sea considerada como el lugar de reunión permanente para todos sus hijos y nietos. Esta situación no sólo se limita al uso del espacio; los hijos y nietos no co-residentes comen ahí, hacen tareas, ven televisión e incluso utilizan los espacios y pertenencias más privadas de los miembros de la familia.

La **privacidad interna** es mencionada en todas las familias. De hecho una serie de estrategias de sobrevivencia es la causante de transgredir esta privacidad. Estas estrategias se refieren a las redes de apoyo familiar y la reciprocidad, es decir, compartir la vivienda con algún familiar, ya sea cuando aún no se cuenta con una vivienda y algún pariente les ofrece un espacio en su casa donde puedan quedarse; cuando los hijos ya casados continúan viviendo en la misma casa; cuando se queda algún nieto; cuando, por motivos de salud o violencia intrafamiliar se recurre a algún familiar para pedirle posada; o bien cuando su propia vivienda es ofrecida para apoyar a algún familiar que no tiene donde vivir en ese momento.

“Todos vivían aquí conmigo; mi casa parecía hospital. Estos sofás los movíamos y se hacían camas, otros en las literas, otros en mi cama; bajábamos un colchón para que se acostaran; se me hacía trabajoso, tanta gente y con poquito presupuesto, pues éramos casi 14...Hasta que ya empezaron agarrar trabajo y luego [mi hija] se embarazó; le dieron su incapacidad y calificaron para su casita...Ya me siento más tranquila, por lo menos ya no tanta presión; de qué voy hacer porque mis cazuelas, eran ¡cazuelas! de comida para todos...” (Lucía Estrada).

Considerando que el número de cuartos por vivienda depende del nivel de pobreza de las familias, recíprocamente el apoyo familiar compromete en la misma intensidad la privacidad de los involucrados. Uno de los casos más extremos es la familia Pérez, en la que al compartir cuatro personas una habitación, la privacidad prácticamente no existe; el hecho de que Guillermo esté postrado en una cama, requiriendo cuidados especiales, intensifica la necesidad de contar con un espacio privado.

La privacidad interna también compromete las relaciones parentales y conyugales. Aunque estos asuntos serán discutidos con mayor precisión más adelante, cabe destacar aquí que los hijos adolescentes son los que demandan contar con un espacio privado en la vivienda donde experimentar parte de su desarrollo. A la vez, las relaciones conyugales son fuertemente afectadas, ya que la pareja prácticamente carece de la privacidad interna que debe proporcionarle su vivienda. Autores como González de la Rocha, Escobar y Martínez, Barquet (1997), Ariza y Oliveira (2004) han analizado cómo las condiciones de precariedad están relacionadas con relaciones conflictivas familiares.

“Cuando estaba viviendo ya casada en casa de mi mamá teníamos que compartir un cuarto entre mi marido, mis dos hermanas y yo. Teníamos dos camas grandes, así que puse una cortina en medio para dividir el cuarto para dormir separadas. Entonces yo tuve muchos problemas con mi esposo, por lo de las relaciones sexuales, porque no podíamos tener relaciones ahí... Le decía que si no se apuraba a fincar íbamos a seguir igual, porque ya tenía yo mi terreno... Ahora que ya tenemos nuestra propia casa sigue pasando lo mismo, como está tan pequeña; dejamos los hijos con mi familia y nos vamos solos a casa...Casi nunca nos dejan tener relaciones; está pasando lo mismo...” (Luz Ramos).

d) Comodidad y funcionamiento

La función de la **comodidad** y **el funcionamiento** de la vivienda se refieren a la utilización del espacio físico y los modos en que las entrevistadas y su familia realizan sus actividades domésticas (Padilla y Sotelo, 2002: 18-19). Aunque las mujeres jefas

de familia y/o cónyuges y sus familias cuentan con un reducido número de cuartos las entrevistadas informan que intentan destinar espacios diferenciados para cada una de las actividades que realizan.

Casi en todas las familias se divide la vivienda en tres áreas (espacios), las dos primeras internas y una tercera externa. La primera área por lo general incluye uno o dos cuartos destinados para dormir. Este espacio, donde la colocación de cortinas para dividir la habitación se observa con frecuencia, se utiliza para guardar la ropa y objetos personales. En algunos casos ahí está colocada la televisión y es permitido el acceso a personas cercanas a la familia. La segunda área es otro cuarto que, aunque destinado a la cocina, parece ser más bien un multiusos, ya que en él, además de preparar y servir los alimentos, se cuenta con algún sillón que por las noches sirve como cama. Hay múltiples adornos, como fotografías familiares, recuerdos decorativos de alguna fiesta y esporádicamente algún libro, enciclopedia o revista. Ahí también está colocada la radio y la televisión. Este cuarto también es utilizado para recibir visitas.

La tercera área de la casa es el patio. En él se lava y pone a secar la ropa. En algunas viviendas hay algunas plantas, gallinas, perros y objetos inservibles como carros abandonados, sillones de carros, llantas, madera, pedazos de muebles viejos, etcétera. Por lo menos cinco mujeres entrevistadas declaran que en su familia acostumbran cocinar fuera de la casa. Debido a que parte del trabajo de campo se llevó a cabo en temporada de verano y que dentro de las viviendas el calor era intenso, el patio fue el lugar donde se desarrollaron parte de las entrevistas de las mujeres de las familias Osuna, González y Santana.

e) Localización

La función de ***localización*** se refiere a la ubicación de la vivienda, la cual determina el acceso a los servicios públicos (*Padilla y Sotelo, 2002: 18-19*). Para las mujeres entrevistadas uno de los principales inconvenientes de la ubicación de sus viviendas es la falta de servicios públicos debido principalmente a que muchas de éstas se encuentran autoconstruidas en zonas de alto riesgo.⁶⁹

⁶⁹ "Además de los problemas derivados de desastres estacionales, muchas de las personas más pobres en todo el mundo experimentan dificultades porque viven en zonas ecológicamente vulnerables...los pobres

“El agua yo la paso [a los vecinos], como el área de atrás de mi calle no tiene agua. Hay mucha gente que ya no la quiere pasar. Yo se las paso pero batallo bien mucho para que me la paguen. Es que yo no tengo necesidad de andarles cobrando. Si les digo en tal fecha, ni modo que yo se las pague a ellos. Hasta ahora no me ha llegado ninguna multa porque la estoy pasando, pero a la hora de la multa la pagaré yo” (Aurora Morales).

Además, durante el proceso de obtención de su vivienda, las mujeres jefas de familia y/o cónyuges pasan por diversas dificultades antes de acceder, sobre todo, al servicio de agua y electricidad.

“...al principio me daba miedo; cómo lloraba, más en tiempo de calor porque el agua estaba calientísima; no había tiendas, refrigeradores; muy pocas veces conseguía hielos; la comida se me echaba a perder; la leche tenía que tirarla. Había un camión que pasaba cada hora. Si no llegabas a tiempo, se llenaba el camión y te quedabas, por eso tenías que calcularle...” (Inés Osuna).

El acelerado crecimiento urbano ha contribuido para que en algunos casos los servicios públicos lleguen con mayor rapidez a las familias. Esta situación es contradictoria, pues representa la posibilidad de tener acceso a los servicios públicos para cubrir las necesidades básicas, pero por la carente condición económica, coloca a las mujeres jefas de familia y/o cónyuges y a sus familias en la incertidumbre de cómo cubrir los costos que ello representa.

Otro punto revelante en la localización de la vivienda es la disponibilidad del transporte público para acceder a otros servicios, como la escuela, los supermercados o las fuentes de trabajo, que por cierto ya antes había documentado Salles (2001) y Alegría (1994). En este sentido hay casos críticos donde la mayoría de los recursos económicos se destinan al transporte público. En el caso de la familia Barraza, el jefe de familia y los hijos que estudian la secundaria utilizan gran parte del gasto familiar en transportarse de un lugar a otro. En la familia Estrada Lucía prefiere quedarse a vivir en una casa rentada en la colonia Libertad, ya que por su ubicación tiene acceso inmediato al transporte, a las escuelas, a los supermercados, a los servicios de salud y demás servicios requeridos por su familia.

de las zonas urbanas también presentan otros riesgos ecológicos. Debido a la escasez de viviendas que estén al alcance de sus posibilidades, muchas familias pobres viven en casas ubicadas en laderas pendientes y en zonas pantanosas que están muy expuestas a deslizamientos de lodo y a inundaciones...” (Narayan, 2000: 58).

El nivel de satisfacción que tienen las mujeres entrevistadas con respecto a la colonia donde está ubicada su vivienda se relaciona directamente con el desarrollo urbano que la colonia ha tenido. En este sentido, las principales razones que dan para sentirse insatisfechas con la colonia donde habitan tiene que ver con la inaccesibilidad a los servicios públicos y la lejanía con las fuentes de trabajo y otros servicios como centros educativos y de salud, condición que ha encarecido el acceso a cada uno de ellos. También mencionan los altos niveles de delincuencia, la facilidad para acceder a las drogas y la falta de seguridad como factores fundamentales para estar insatisfechas con su situación habitacional. Enríquez (2005), denomina a esta situación “miedo urbano”, es decir, la posibilidad de enfrentarse al riesgo de robos, violencia, consumo de alcohol y venta de drogas o accidentes.

El rápido crecimiento urbano y la introducción de servicios han impactado a un número considerable de colonias populares en Tijuana. Cuando llegó Perla Gómez a la colonia Pedregal de Santa Julia, por ejemplo, la zona carecía absolutamente de todos los servicios. Al introducirse una nueva vialidad en la colonia, Perla Gómez menciona que tanto ella como su familia han tenido un beneficio adicional: su vivienda esta ubicada en la orilla de la calle principal. Su casa queda ahora cerca de la panadería, la tortillería, las tiendas, todo les ha quedado cerca, las escuelas, el transporte y nuevas fuentes de empleo.

La satisfacción e insatisfacción por la vivienda se puede clasificar en dos grupos. Por una parte, se encuentran las viviendas de nueve familias, las cuales cuentan con un solo cuarto para dormir. Para las mujeres jefas de familia y/o cónyuges la obtención de una vivienda propia donde vivir significa un logro importante en su trayectoria de vida familiar. Al mismo tiempo la carencia de recursos económicos parece alejarlas de considerar planes para mejorar la vivienda, y mucho menos atender alguna necesidad inmediata, como la reparación de techos, este grupo está integrado principalmente por familias ubicadas por debajo del umbral alimentario en fase de dispersión y con escasas redes de apoyo familiar.

“Vivo en mi cuartito, ese terreno yo lo compré; cuando llegué a Tijuana pensé: tengo que tener un lugar donde vivir. Eso les digo a mis hijos y a mis nietos: “No anden batallando, ahorren, sacrifíquense, si no nunca van a tener nada”. Ellos no ven eso, no ven que un día van a ser viejos

y menos van a poder. Yo por lo menos tengo dónde vivir; mis hijos no. Andan rentando; no les alcanza, nunca les alcanza...” (Josefina Escalante).

Por otra parte, en un segundo grupo de familias las mujeres jefas y/o cónyuges manifiestan sentirse orgullosas de su vivienda no obstante su precariedad, porque les ha costado mucho trabajo hacerse de ella. Este grupo de mujeres expresa su esperanza de hacer ampliaciones y mejoras. Ciertamente las condiciones económicas que prevalecen en cada una de sus respectivas familias parecen alejarlas de concretar sus ilusiones; aún así, sus esperanzas de hacer mejoramientos a sus viviendas van desde contar con baño dentro de la casa o agregar un cuarto extra hasta poder construir un segundo piso e incluso tener una buena casa que heredar a sus hijos. En este sentido, Enríquez (2005) ha propuesto que se requiere realizar mayores investigaciones que analicen el sentimiento de la esperanza en las familias pobres.

“Lo que estamos haciendo es planeando tener otro cuarto; como aquí enfrente está el muro aquí, pero como estoy abajo es levantar el muro al nivel de los otros y luego ponerle techo. También quiero que me quede espacio para poder meter un carro...si no hay sala no importa, yo prefiero un comedor, porque en la mesa podemos estar todos; casi siempre comemos juntos” (Luz Ramos).

“Un matrimonio que viene del otro lado me regaló una estufa nueva. Como vieron que tenía una estufa vieja aunque sí funciona, pero ahí la tengo todavía sin estrenar. Ya hace como tres años que me la dieron, pero no la quiero estrenar hasta que tenga mi cocina completa” (Perla Gómez).

Ante ese sentimiento de esperanza, resalta la perseverancia que han mostrado algunas mujeres jefas y/o cónyuges y sus familias por lograr acceder a este bien material. Estas actitudes cuestionan el mito del conformismo y pasividad de los pobres, pues al contrario, las mujeres entrevistadas y algunos miembros de su familia expresan deseos por mejorar su calidad de vida. De hecho, un elemento clave para que en las familias se concreten sus esperanzas en bienes materiales, ha sido la iniciativa y la participación directa de la mujer, al instrumentar estrategias como el ahorro, la organización de los gastos y la reducción del consumo.

“Siempre tenía la ilusión de tener mi casa... Le platicaba a mi esposo, y él decía que hasta que compráramos una casa hecha... que hacer una casa era un problema. Cuando empecé a ir a las juntas para el terreno, él me decía –“tu quieres, pero a mí no me gusta”. Cuando vio que me entregaron el terreno como que él se motivó... Yo vine y limpié el terreno; anduve recogiendo todo; marcamos como quería la casa, y ya de ahí empezamos a hacerla... Si no hubiera tenido la iniciativa todavía anduviera rentando...” (Imelda Esquivel).

“Le dije a él que ya teníamos el terreno... Hasta le llamaron a mi papá al trabajo; él vino, es muy tranquilo, y me preguntó: ¿Qué es lo que usted quiere? Quiero mi casa. Lo quiero a él [esposo], quiero a mi hija, y todo, pero si él no se hace responsable yo no lo quiero; yo prefiero estar sola. No lloraba, hasta ahora me da por llorar, recargada en la pared...” (Luz Ramos).

IV. Recapitulación y conclusiones

Este apartado presenta las conclusiones y hallazgos de este capítulo, los cuales son abordados en dos incisos. En el primer inciso se destacan los aspectos que determinan la vulnerabilidad social de las entrevistadas y sus familias en el acceso a una vivienda. En el segundo inciso, tomando como marco de referencia la dinámica familiar, se rescatan solidaridades y conflictos que experimentan las entrevistadas y sus familias acerca de la vivienda.

a) Vulnerabilidad

Cada una de las mujeres entrevistadas da cuenta de la vulnerabilidad social que ha experimentado tanto ella como su familia en el proceso de adquisición del terreno, en la construcción de la vivienda, en su equipamiento y en la introducción o no de servicios públicos. Ciertamente esta vulnerabilidad se caracteriza por una serie de situaciones que las exponen a riesgos, ante lo cual se observa que la estructura de oportunidades, la capacidad de respuesta y la disposición y manejo de recursos/activos están relacionados con el umbral de pobreza y con la composición y estructura familiar. En las tablas número 19 y 20 se hace un recuento de la vulnerabilidad social para el acceso a la vivienda de las familias estudiadas.

Tabla no. 19. Vulnerabilidad social en el acceso a la vivienda en las familias de residencia.

Umbral	Familia	Exposición al riesgo	Estructura de oportunidades	Capacidad de respuesta
Pobreza Alimentaria	Escalante	Fase de dispersión Mujer jefa de familia, mayor de 70 años, sin escolaridad, sin empleo. Posesión irregular del terreno, ubicado en zona de alto riesgo. Vivienda en precarias condiciones. No protege de cambios climáticos.	Apoyo económico esporádico de un hijo. No tiene que pagar renta, Siente seguridad de vivir en un lugar propio.	Cuando aún podía trabajar la entrevistada ahorró dinero para adquirir un terreno y comprar material de segunda para construir su vivienda.
	García	Fase de dispersión Mujer jefa de familia, mayor de 70 años, sin escolaridad, empleada doméstica.	Apoyo económico esporádico de un hijo.	Limitada, ya que no tiene recursos para hacer reparaciones o introducir servicios públicos.
	Pérez	Fase de dispersión Mujer jefa de familia, mayor de 70 años, sin escolaridad, ocupada en atender a hijo enfermo. Vivienda en precarias condiciones. No protege de cambios climáticos. Hacinamiento.	Apoyo económico de parte un nieto.	Limitada, ya que no tiene recursos para hacer reparaciones o introducir servicios públicos.
	Santana	Fase de dispersión Familia encabezada por pareja mayor de 70 años, sin escolaridad, sin empleo formal. Vivienda en precarias condiciones. No protege de cambios climáticos. Ubicada en zona de alto riesgo. Ya se ha inundado en varias ocasiones.	Anteriormente recibió apoyo de hijos y nietos para edificar la vivienda. Recibió apoyo gubernamental para pagar cuota mínima del servicio de agua. No tiene que pagar renta, Siente seguridad de vivir en un lugar propio.	Limitada, ya que no tiene recursos para hacer reparaciones a la vivienda. Apoyo mutuo de su pareja para pagar servicios públicos.
	Fernández	Fase de expansión Mujer jefa de familia, analfabeta; con hijos menores que no asisten a la escuela; empleada doméstica. Vivienda en precarias condiciones. Hacinamiento y promiscuidad. Debido a que es prestada corren el riesgo de ser desalojados en cualquier momento.	Amistades le prestaron la vivienda. No tienen que pagar renta.	Limitada posibilidad de adquirir una vivienda propia. Atraso en pago de servicios públicos.
	Ramírez	Fase de expansión Mujer jefa de familia; con hijos menores que no asisten a la escuela; empleada doméstica. Vivienda en precarias condiciones. Ubicada en zona de alto riesgo. Debido a violencia doméstica y posible abuso sexual infantil se salió de su casa y cada mes está con la incertidumbre de dónde dormirán.	Buscó apoyo con grupo de norteamericanos, no lo recibió debido a que no contaba con un terreno. No recibe ayuda de familiares. Una nueva pareja le había ayudado a pagar renta de un cuarto.	Limitada, al momento de la última entrevista estaba a punto de ser desalojada nuevamente por no haber pagado la renta.

Pobreza de capacidades	Barraza	Fase de expansión Familia numerosa con hijos en edad escolar. Precariedad laboral y bajos ingresos. Vivienda en precarias condiciones. No protege de cambios climáticos. Hacinamiento.	No pagar renta Sentir la seguridad de vivir en una vivienda propia.	Limitada, ya que no tienen para hacer reparaciones o ampliaciones a la vivienda. Planes a futuro para mejorar la vivienda,
	Ríos	Fase de dispersión Mujer jefa de familia con dos hijos en edad escolar. Desempleada. Vivienda con los mínimos requerimiento para ser habitada.	 Un grupo de norteamericanos le construyó la vivienda.	Buscó el apoyo externo para adquirir su vivienda. Limitada capacidad de respuesta para hacer le reparaciones a la casa. Limitada capacidad para solventar los costos de los servicios públicos.
Pobreza patrimonial	Morales	Fase de expansión Mujer jefa de familia con hijos en edad escolar. Empleada. No recibe apoyo económico de su pareja. Vivienda en precarias condiciones, ubicada en zona de alto riesgo. No protege de cambios climáticos. Fueron desalojados de la vivienda que rentaban.	 El esposo había comprado previamente el terreno antes de que se casaran.	Aprovecharon el momento en que tanto la entrevistada como su esposo trabajaban y además tenían ahorros. Aún no tenían hijos y la mayor parte de sus ingresos los destinaban a la construcción de la vivienda. Limitada, para hacerle reparaciones a la vivienda y para costear el costo de los servicios públicos.

- Exposición al riesgo

En las familias de residencia se presenta mayor acumulación de desventajas. Siete de las nueve familias están encabezadas por jefatura femenina; por una parte, de estas mujeres jefas de familia tres son adultas mayores más una cuarta mujer mayor de 70 años que comparte la jefatura con su pareja, además de estar en la fase de dispersión del ciclo familiar. Por otra parte, cuatro de las siete mujeres jefas de familias, más una cuarta mujer que comparte la jefatura con su pareja los cuales han procreado 10 hijos, el mayor de 17 años y el menor recién nacido, las cinco ubicadas en la fase de expansión del ciclo doméstico. Entre las mujeres entrevistadas se observa que también tienen en común la precariedad en la movilidad de fuerzas de trabajo, de fuentes de empleo y de capital humano para acceder a una vivienda digna.

En estas familias de residencia la acumulación de desventajas se intensifica debido a que la posesión de su predio es ilegal, están propensas a desalojos y fraudes. El terreno al estar ubicado en zonas de alto riesgo ha expuesto a algunas familias a inundaciones, deslaves y derrumbes. Las viviendas se caracterizan por sus precarias

condiciones, las cuales no protegen contra los cambios climáticos, las mujeres entrevistadas informan que constantemente los miembros de su familia padecen enfermedades relacionadas con la falta de protección al frío, a la lluvia y al viento. También se menciona el reducido espacio y número de cuartos, lo que ocasiona hacinamiento. En cuanto a la escasez de servicios públicos, el encadenamiento de desventajas es mayor, se observa la exposición al riesgo en temas tradicionales como la falta de sanidad básica, pero también en situaciones relacionadas con quemaduras al desarrollar estrategias como cocinar con leña o el riesgo a electrocutarse por la improvisación en la instalación de energía y formas de utilización de la misma. Finalmente se observa la ubicación de las viviendas en colonias alejadas de la mayoría de servicios, condición que encarece el acceso a los mismos. En el mismo sentido, también es persistente el que las mujeres entrevistadas mencionen que su colonia se caracterice por los altos niveles de delincuencia, la facilidad para acceder al consumo de drogas y la falta de seguridad.

Aunque la exposición al riesgo es muy similar para ambos tipos de familias, se observa que en las familias de interacción la acumulación de desventajas es menor. También siete de las nueve mujeres son jefas de familia, la mayor parte del curso de vida de las informantes clave en la fase de consolidación de su ciclo de vida habían tenido el apoyo ya sea de sus hijos o de alguna pareja; también habían tenido más acceso a fuentes de trabajo e ingresos y mayor capital humano, condición que parece haber contribuido para estar menos expuestas al riesgo.

En las familias de interacción se observa que la precariedad en las características de la vivienda disminuye a medida que se cruza alguno de los umbrales de pobreza. En este sentido, se observan casas con precarias condiciones ubicadas en zonas de alto riesgo que no protegen de los cambios climáticos; otras viviendas sí cuentan con los mínimos requerimientos para ser habitadas y que sí protegen a un nivel elemental de las inclemencias del tiempo, hasta aquellas casas habitación que además de estar construidas con material duradero cuentan con mayor espacio y la mayoría tiene acceso a servicios públicos. Sin embargo, para las mujeres jefas y/o cónyuges y algunos integrantes de sus familias ha sido un gran esfuerzo el haber logrado autoconstruir este tipo de vivienda, ya que se requiere desarrollar una serie de estrategias, como destinar la mayor parte de sus ingresos y tiempos libres, tener una participación constante y

comprometida para lograr tal proeza. Condiciones que en varias ocasiones ha provocado desgaste y conflictos entre los integrantes de la familia.

Tabla no. 20 Vulnerabilidad social en el acceso a la vivienda en las familias de interacción

Umbral	Familia	Exposición al riesgo	Estructura de oportunidades	Capacidad de respuesta
Pobreza Alimentaria	Osuna	Fase de dispersión Familia encabezada por pareja de adultos mayores. A cargo de dos nietas en edad escolar. Precarios ingresos. Vivienda en precarias condiciones que no protege de los cambios climáticos. Hacinamiento.	Vivienda propia No tener que pagar renta. Sentir la seguridad de vivir en vivienda propia. Aumentará el valor del terreno debido a próxima introducción de servicios públicos, incluyendo pavimentación.	Limitada, para hacer reparaciones a la vivienda. Imposibilidad de costear el costo de la introducción del drenaje e instalación del pavimento.
	Espinosa	Fase de dispersión Mujer jefa de familia. Empleada en el sector informal. Responsable de manutención de su madre y una hermana. Vivienda en buenas condiciones que protege adecuadamente de cambios climáticos. Ubicada en zona adecuada.	Vivienda propia No tener que pagar renta. Sentir la seguridad de vivir en vivienda propia. Aumentará el valor del terreno debido a próxima introducción de servicios públicos, incluyendo pavimentación.	Aprovechó el dinero que recibió de dos indemnizaciones para adquirir el terreno y posteriormente para construir su vivienda. Limitada para costear los costos por la introducción de drenaje y pavimentación.
Pobreza de capacidades	González	Fase de expansión Mujer jefa de familia con hijos en edad escolar. Desempleada por enfermedad. Apoyo reciente de nueva pareja. Vivienda en precarias condiciones, ubicada en zona de alto riesgo. No protege de cambios climáticos. Hacinamiento. Difícil acceso a la vivienda.	Recibe apoyo de su familia para quedarse a dormir frecuentemente en casa de sus parientes.	Limitada para hacerle reparaciones, No acceso a servicios públicos.
	Andrade	Fase de dispersión Mujer jefa de familia adulta mayor. Empleada doméstica en los Estados Unidos. Vivienda en buenas condiciones que protege adecuadamente de cambios climáticos. Ubicada en zona adecuada	Vivienda propia No tener que pagar renta. Sentir la seguridad de vivir en vivienda propia	Recibe el apoyo de sus hijos tanto para su construcción, como para futuros planes de mejoramiento e introducción de servicios dentro de la vivienda.
	Estrada	Mujer jefa de familia. Recibe apoyo de sus hijas, no así de su pareja. Vivienda rentada en precarias condiciones que protege minimamente de condiciones ambientales. Hacinamiento.	Vivienda rentada con una buena ubicación para acceder a servicios en general. El esposo de la entrevistada había comprado un terreno y una hija recientemente construyó una vivienda de dos habitaciones. Al momento de la entrevista la vivienda se encontraba desalojada.	Fase de consolidación Preferir rentar en una vivienda rentada debido a la facilidad de acceder a servicios públicos, incluyendo escuelas, servicios de salud, fuentes de trabajo y transporte. Alternativa que se tomó también por querer mantenerse alejados por parientes para evitar conflictos. Limitada capacidad para cubrir costos de servicios públicos.

	Gómez	Familia encabezada por jefatura compartida, con hijos en edad escolar. Ingresos de varios miembros de la familia. Vivienda con mínimos requerimientos para ser habitada.	Debido a introducción de una avenida principal la vivienda quedó ubicada cerca de todos los servicios en general. Terreno amplio con la posibilidad de diversificar su utilización.	Fase de consolidación Estaban cubriendo los costos de la introducción del drenaje y próximamente del pavimento. Planes y posibilidad para hacer ampliaciones a la vivienda.
Pobreza patrimonial	Ramos	Fase de expansión Familia encabezada por jefatura compartida, con hijos en edad escolar. Ingresos provenientes del jefe de familia. Vivienda con los mínimos requerimiento para ser habitada.	No tener que vivir en casa de familiares. No tener que pagar renta. Seguridad de vivir en vivienda propia.	Planes y posibilidad para hacer reparaciones y ampliaciones a la vivienda. Posibilidad de costear los costos de los servicios públicos.
	Esquivel	Fase de dispersión Mujer jefa de familia. Recientemente viuda. Dependencia económica de los hijos ya casados que viven en casas independientes, ubicados en un mismo terreno. Vivienda en buenas condiciones para ser habitada.	Brindar el apoyo a los hijos para que no paguen renta. Cuenta con todos los servicios públicos incluyendo pavimentación y teléfono. No tener que pagar renta. Seguridad de vivir en vivienda propia.	El jefe de familia aprovechó los momentos de buenos ingresos para construir su vivienda. Dificultad para cubrir los costos de los servicios públicos.
	Díaz	Fase de dispersión Mujer jefa de familia. Recientemente viuda. Dependencia económica de los hijos ya casados. Vivienda en buenas condiciones para ser habitada.	Cuenta con todos los servicios públicos incluyendo pavimentación y teléfono. No tener que pagar renta. Seguridad de vivir en vivienda propia.	La entrevistada aprovechó el crédito que le brindaron en su trabajo para acceder a una vivienda de interés social. Posibilidad de asumir los costos de los servicios públicos.

- capacidad de respuesta

En las familias de residencia se observa una limitada capacidad de respuesta para contrarrestar la exposición al riesgo en el acceso a un terreno, a la construcción de una vivienda, a su equipamiento e introducción de servicios públicos. La mayoría de las mujeres entrevistadas ha logrado acceder a una casa, la cual cuenta con un solo cuarto de material de deshecho que no cumple su función de protección.

En las situaciones de pobreza alimentaria, las mujeres entrevistadas de las familias de residencia manifiestan sentir seguridad y tranquilidad por tener un lugar donde vivir, a reserva de que su vivienda se caracterice por altos niveles de precariedad y de que su condición de pobreza las ubique en la imposibilidad de no poder hacer las reparaciones necesarias.

En cambio, en las familias de interacción se observa una mayor capacidad de respuesta. El contrarrestar los riesgos va desde tener la posibilidad de mínimamente hacer reparaciones a la vivienda e introducir servicios públicos, hasta tener planes y posibilidad de ampliación. En este sentido, las mujeres jefas de familia y/o cónyuges mencionan estrategias para la movilización de recursos/activos tales como la venta de bienes, la disponibilidad de tiempo, el número de miembros que están dispuesto a participar y, el aprovechar buenos momentos de ingresos económicos y de empleo.

Por último, a partir de las situaciones de pobreza que experimentan en el proceso de adquisición de la vivienda, la mayoría de mujeres entrevistadas que pertenecen a las familias de interacción manifiestan sentirse orgullosas de sus esfuerzos y los logros que han tenido por haber logrado tener una vivienda y además externan tener esperanzas y planes de continuar en este proceso a reserva de su condición de pobreza.

- Estructura de oportunidades

Independientemente del umbral de pobreza y del tipo de familia, no se mencionan programas o apoyo gubernamental en el proceso de acceder a una vivienda. Se menciona la relativa facilidad para acceder a predios independientemente de su calidad irregular. Además, es constante la alternativa de autoconstrucción de la vivienda y la facilidad para acceder a material de segunda mano. Por último, es recurrente que se mencionen los beneficios y apoyos adicionales de vivir en la frontera, los cuales –desde la percepción de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges – es mayor en comparación al interior del país.

En las familias de residencia se observa un limitado acceso a estructuras de oportunidad y distribución de recursos, los cuales se restringen a la participación de alguno de los integrantes de la familia, algunos apoyos de algún vecino o de algún grupo caritativo. Para las entrevistadas la principal oportunidad que tienen es el poder acceder a un terreno aunque su posesión no sea legal, además de sentir la seguridad de no tener que pagar renta. En las familias de interacción también se menciona que al introducirse servicios públicos, incluyendo pavimentación y nuevas vialidades contribuye a que aumente el valor de su terreno y se tenga mayor facilidad de acceder a fuentes de trabajo y a otros servicios como escuelas, supermercados y transporte.

a) Solidaridades y conflictos

Finalmente, uno de los principales hallazgos expuesto en este capítulo se refiere a las solidaridades y conflictos que se generaban en el proceso de adquisición y uso de la vivienda. Estas situaciones se presentan de manera diferencial vinculada sobre todo con el tamaño de la vivienda, con la composición de parentesco y con la dinámica familiar.

En las familias de residencia, los conflictos y solidaridades se presentan sobre todo en aquellos casos donde no se cuenta con la privacidad interna relacionada con la disposición carente de espacios para los miembros de la familia; sobre todo en el caso de enfermos, los cuales no tienen el espacio mínimo para recuperarse o ser atendidos. La falta de espacio y privacidad también es motivo de constantes conflictos en las relaciones conyugales. También se generan conflictos entre los hijos adolescentes que demandan más espacio y mayor privacidad.

En las familias de interacción las solidaridades entre los miembros de las familias son constantes ante todo en los momentos de autoconstrucción de la vivienda y equipamiento, no así en el proceso de adquisición del terreno, introducción o pago de servicios públicos.

Por último, la privacidad externa fue un tema de constante conflicto sobre todo en las familias que experimentan la fase dispersión del ciclo doméstico; ya sea porque los abuelos tienen que hacerse cargo de los nietos, o bien porque los hijos casados no co-residentes siguen dependiendo de las mujeres entrevistadas. También se generan conflictos en las relaciones intrafamiliares cuando la vivienda es ofrecida a otros familiares, ya sea por motivos de salud, violencia doméstica o reciente migración.

Vivir la pobreza a través de la educación y la salud

Con el propósito de analizar las experiencias, significados y acciones de las mujeres cónyuges y/o jefas y de sus familias, este capítulo está dividido en dos componentes del bienestar, la educación y la salud. El componente de la educación se aborda a través de cuatro temáticas: en la primera se hace una descripción del nivel escolar de los integrantes de cada una de las familias, tomando como categorías analíticas el umbral de pobreza y la fase del ciclo doméstico en que se ubica. La segunda temática se refiere a la deserción escolar, para lo cual me basé tanto en la categoría analítica del umbral de pobreza como en el tipo de familia (origen y formación). En la tercera, se rescata la percepción de las mujeres entrevistadas para explorar el significado que representa para ellas y para su familia carecer de educación formal, se utiliza el ciclo doméstico como categoría analítica. Finalmente, se exploran los sentimientos de las entrevistadas a través de sus esperanzas y deseos de tener un mejor nivel educativo para ellas y para sus hijos, para lo cual se rescatan las relaciones parentales como categoría analítica.

Del componente de la salud se revisa el acceso y restricción a los servicios de salud, resaltando tanto los riesgos que enfrentan las familias al no contar con seguridad social, como el impacto que ello provoca tanto en su bienestar objetivo (precariedad material) como subjetivo (percepciones y sentimientos).

I. Educación

La trascendencia de la educación como bien social y fuente de una mejor calidad de vida ha estado presente en nuestra sociedad desde el surgimiento del pensamiento liberal. La educación ha sido calificada como un medio para salir de la pobreza; este paradigma sugiere que la educación representa un atributo individual que facilita acceder y movilizar recursos/activos para enfrentar condiciones de precariedad. En palabras de Safa (1992: 27) *“El acceso a los bienes no sólo depende de la capacidad económica para adquirirlos, sino también de la posesión o carencia de un capital cultural adquirido básicamente en la familia”*, bajo este razonamiento, la educación se desarrolla prácticamente durante toda la vida de las personas de manera informal. Sin embargo, para ingresar al mercado de trabajo se requieren mínimos conocimientos y

habilidades, como el saber leer y escribir y realizar operaciones aritméticas elementales, de ahí la relevancia de la escolaridad en nuestra sociedad. Amparados en esta postura, los estados nacionales y organismos internacionales han acordado y desarrollado estrategias para brindar la oportunidad de acceder al sistema de escolarización formal a grandes sectores de la población, con énfasis en los grupos más vulnerables (Safa, 1992).

Ante el asiduo interés a nivel global por la escolarización, se han fijado una serie de indicadores para evaluar el acceso a este bien social. Los datos han permitido tener un acercamiento, entre otros aspectos, a las tasas de alfabetización, al nivel educativo, al aprovechamiento escolar, al rezago educativo y a la deserción escolar. A reserva de los importantes avances, aún parece haber un fuerte cuestionamiento tanto del acceso y calidad del sistema educativo, como de la pertinencia de la educación como fuente real a una mejor calidad de vida (Safa, 1992).⁷⁰ Tanto el acceso como la calidad en la educación han sido fuertemente cuestionados, hechos que parecen agudizarse cuando se trata del sector de población carente de recursos económicos.

I. Escolaridad

La escolaridad es entendida como un atributo individual para acceder a mejores fuentes de ingresos y recursos, y a la vez es un activo familiar; amparados en esta lógica, en las últimas décadas se ha hecho un esfuerzo para elevar el nivel educativo de los mexicanos, pero no ha sido suficiente. Oficialmente, los datos censales ubican al estado de Baja California con bajas tasas de analfabetismo, rezago educativo y deserción escolar en comparación con la media nacional. Para citar uno de los indicadores más sobresalientes, la ciudad de Tijuana está ubicada en los más bajos niveles de rezago educativo, está ocho puntos porcentuales por debajo del promedio nacional. Esto es, de la población mayor de 15 años que habita en Tijuana, el 45.3% no tiene concluida la educación básica frente al 53.1% de todo el país (INEGI, 2004).

⁷⁰ *“Todos conocemos la ruptura del mito liberal educativo: no hay una sola escuela, no todos participan en este bien común y si lo hacen, ni es de la misma manera. Tampoco la escuela es factor de progreso, bienestar y movilidad social en sí misma. Las desigualdades y las crisis sociales no se generan, ni se resuelven, en el espacio educativo” (Safa, 1992: 21).*

a) Escolaridad en las familias bajo el umbral de pobreza alimentaria

Las familias que están ubicadas por debajo del umbral de pobreza alimentaria tienen bajos niveles de escolaridad; se presenta analfabetismo y primaria incompleta en personas mayores de 15 años, además de inasistencia de los menores en edad escolar.

La fase de expansión del ciclo doméstico se caracteriza por los altos niveles de vulnerabilidad (De la Rocha, 2006; Villagomez, 2006), situación que parece ser reforzada en esta investigación. El cuadro número 20 muestra la situación escolar de las familias Fernández y Ramírez. Jelin (1983) argumenta que los maridos de las mujeres pobres tienen mayor escolaridad y son mucho mayores que ellas. En la familia Fernández el cónyuge varón tiene mayor nivel de escolaridad, de hecho es el único miembro de la familia que ha tenido educación formal; la jefa de familia, Sara, es analfabeta debido en parte a que no cuenta con acta de nacimiento, nunca fue reconocida ante el registro civil. Al igual que ella, sus cuatro hijos que están en edad escolar tampoco están registrados, por lo que nunca han ido a la escuela, de hecho tampoco saben leer y escribir, Sara explica que no ha tenido suficientes recursos económicos para pagar al Hospital General de Tijuana el costo de cada uno de sus partos, por lo que no cuenta con algún comprobante de nacimiento de sus hijos, por lo que no puede registrarlos o hacer algún trámite.

De acuerdo con Raczynski (1987), entre las estrategias que utilizan los pobres se encuentran el recurrir a programas de asistencia social, a los cuales resulta difícil acceder por los *engorrosos* requisitos que hay que cubrir, y que finalmente no ayudan a la población más necesitada.

Aunque Martha Ramírez y el padre de sus hijos tienen Primaria completa, desde hace tres años sus hijos no asisten a la escuela. Debido a conflictos intrafamiliares, violencia física, psicológica y sexual, el DIF recogió a los niños, y aunque al mes regresaron a su casa no han vuelto a la escuela. González de la Rocha, Escobar y Martínez (1990) hacen un análisis de cómo el conflicto es la otra cara de la moneda de la estrategia. Martha decidió que la mejor alternativa para resolver la situación de conflicto y violencia en su relación conyugal era salirse de su vivienda; ciertamente los niveles de violencia

dirigidos tanto a ella como a sus hijos disminuyeron, sin embargo, Martha no ha logrado brindar a sus hijos el derecho a que continúen estudiando.

Tabla no. 21. Umbral de pobreza alimentaria: nivel de escolaridad y fase del ciclo doméstico

Fase del ciclo doméstico.	Familia	Mujer jefa de familia y/o cónyuge	Hombre jefe de familia y/o cónyuge	(Relación de parentesco) Hijos Nietos Madre Hermana
Expansión	Fernández	Analfabeta (39 años)	5° primaria (38 años)	Hija no va a la escuela (7 años) Hija no va a la escuela (9 años) Hijo no va a la escuela (10 años) Hijo no va a la escuela (13 años)
	Ramírez	6° primaria (26 años)	6° primaria (36 años) No co-residentes	Hijo 2° primaria no va a la escuela (9 años) Hijo 3° primaria no va a la escuela (10 años)
Dispersión	Escalante	Sabe leer y escribir (79 años)	Sin pareja	Hijo 4° primaria (27 años)
	García	Analfabeta (75 años)	Sin pareja	Hijo 5° primaria (42 años)
	Pérez	Analfabeta (70 años)	Sin pareja	Hija analfabeta (48 años) Hijo 2° primaria (49 años) Nieto 6° primaria (20 años)
	Santana	Analfabeta (78 años)	Analfabeta (76 años)	
	Espinosa	4° primaria (55 años)	Sin pareja	Mamá analfabeta (68 años) Hermana analfabeta (43 años)
	Osuna	3° primaria (65 años)	Analfabeta (65 años)	Nieta 1° primaria (6 años) Nieta 3° primaria (9 años)

Las familias en fase de dispersión del ciclo doméstico presentan altos niveles de vulnerabilidad, Severa, María y Regina son analfabetas y Josefina sólo sabe leer y escribir. De las dos mujeres que mencionan tener pareja, ambos son analfabetos. En tres familias que aún hay hijos co-residentes, éstos no tienen la Primaria concluida. Estos datos indican que hay una relación entre el bajo nivel de escolaridad y la ubicación en el umbral de pobreza. Queda como interrogante cuál es el futuro de los hijos en edad escolar de las familias en fase de expansión que no acuden a la escuela.

b) Escolaridad de las familias por debajo del umbral de capacidades

En cuanto al nivel de escolaridad de cada uno de los miembros de las familias que están ubicadas por debajo del umbral de pobreza de capacidades, el panorama se presenta con muchos matices. Hay analfabetismo y Primaria incompleta; sin embargo, el panorama es más alentador en comparación con el anterior, es decir, hay quienes continúan estudiando Primaria, Secundaria o Preparatoria.

Tabla No. 22 Umbral de pobreza capacidades: nivel de escolaridad y fase del ciclo doméstico

Fase del ciclo doméstico.	Familia	Mujer jefa de familia y/o cónyuge	Hombre jefe de familia y/o cónyuge	Hijos Nietos co-residentes
Expansión	Ríos	6º primaria (35 años)	Sin pareja	Hija 6º primaria (12 años) Hijo 2º secundaria (14 años)
	Barraza	3º primaria (38 años)	5º primaria (40 años)	Hijo 4º primaria (10 años) Hija 5º primaria (12 años) Hija 6º primaria (13 años) Hija 2º secundaria (14 años) Hija 3º secundaria (16 años) Hija 3º secundaria (17 años)
	González	2º primaria (35 años)	6º primaria (37 años)	Hijo 4º primaria (11 años) Hija 5º primaria (12 años) Hija 6º primaria no va a la escuela (13 años) Hijo 6º primaria no va a la escuela (14 años)
Consolidación	Estrada	6º primaria (56 años)	4º primaria (56 años)	Hija 3º preparatoria (17 años) Hija 3º preparatoria (25 años)
	Gómez	3º preparatoria (44 años)	3º primaria (62 años)	Hijo 1º primaria Hija 2º preparatoria (16 años) Hija 3º preparatoria – ya no estudia (18 años) Hijo 3º preparatoria ya no estudia (19 años)
Dispersión	Andrade	3º primaria (68 años)	Analfabeta (74 años) no co-residente.	No co-residentes. Hijo 3º secundaria Hija técnica (31 años) Hija postgrado (34 años) Hijo 2º secundaria (35 años)

Las familias Ríos, Barraza y González están en la fase de expansión del ciclo doméstico y aunque logran cubrir satisfactoriamente sus necesidades de alimentación, comentan que hacen todo lo posible porque sus hijos continúen estudiando. Rosalinda, jefa de la familia Ríos tiene Primaria completa, sus hijos aún se encuentran estudiando, de hecho su hijo mayor ya está en segundo de Secundaria. En la familia Barraza Adela tiene tercer grado de primaria, mientras que su esposo tiene quinto grado de Primaria; a su vez, tienen tres hijos cursando la Primaria y otros tres la Secundaria. En la familia González Carmen sólo cursó hasta segundo grado de Primaria, su actual pareja tiene terminada la Primaria. Aunque dos de sus hijos están estudiando, los otros dos no estudian su Secundaria por falta de recursos económicos.

Las familias Estrada y Gómez se encuentran en la fase de consolidación del ciclo doméstico. Gracias a que sus respectivos hijos integraron al mercado laboral fue posible que logran concluir la Preparatoria; sin embargo, su trayectoria escolar parece haberse truncado ante la imposibilidad de ingresar a una universidad pública o poder solventar el costo de una universidad privada.

En la fase de dispersión se ubica la familia Andrade, donde de manera significativa hay una situación atípica, una excepción al patrón en el cual tres de cuatro hijos de Ana

Andrade logran tener acceso a un elevado nivel educativo (un hijo concluyó una carrera técnica de Carpintería, una de sus hija hizo una carrera técnica de Enfermería y la hija mayor tiene un posgrado). Recordemos que la trayectoria de vida de la familia Andrade nos mostró una separación temprana del padre (Hugo) y la madre (Ana), debido al alcoholismo de Hugo, y, posteriormente, la entrada al trabajo informal de Ana, que iba a trabajar como empleada doméstica a los Estados Unidos. A su vez, las dos hijas de Ana concluyeron la Secundaria e ingresaron al trabajo formal, combinando escuela y trabajo. Estas estrategias les permitieron continuar estudiando y apoyar a la economía familiar con sus aportaciones económicas.

Tabla No. 23 Umbral de pobreza patrimonial: nivel de escolaridad y fase del ciclo doméstico

Fase del ciclo doméstico.	Familia	Mujer jefa de familia y/o cónyuge	Hombre jefe de familia y/o cónyuge	Hijos Nietos co-residentes
Expansión	Morales	3° secundaria (45 años)	2° secundaria (47 años)	Hija 2 secundaria (15 años) Hija 2° secundaria (15 años) Hijo 3° secundaria (19 años)
	Ramos	2° secundaria (25 años)	3° secundaria (29 años)	Hijo 4° primaria (10 años) Hija 6° primaria (12 años)
Dispersión	Esquivel	3° secundaria (56 años)	6° primaria (60 años) (murió durante el proceso de esta investigación)	Nieta 6° primaria no estudia (17 años) Hijo 6° primaria (33 años)
	Díaz	6° primaria (58 años) (terminó preparatoria pero la escuela no tenía validez oficial).	6° primaria (62 años) (fallecido recientemente)	Nieta 2° primaria (8 años) Nieta 3° secundaria (17 años) Nuera 2° secundaria (30 años) Hijo 3° secundaria (35 años)

c) Escolaridad de las familias ubicadas por debajo del umbral de pobreza patrimonial

Las familias ubicadas por debajo del umbral de pobreza patrimonial se caracterizan porque todos los adultos de 15 años o más tienen concluida la Primaria y más de la mitad cursó más de un año de Secundaria. En las familias Morales y Ramos, ubicadas en la fase de expansión, ambos cónyuges tienen más de dos años de Secundaria. Los tres hijos de Aurora Morales están estudiando la Secundaria. Mientras que los hijos de Luz se encuentran cursando la Primaria, de hecho están recibiendo una beca del programa Oportunidades. Finalmente, las familias Esquivel y Díaz se encuentran en la fase de dispersión, en ambos casos, ellas tienen mayor nivel escolar que su pareja.

II. Deserción escolar.⁷¹

Existen diferentes clasificaciones para analizar los motivos de la deserción escolar. Montenegro (1989) se refiere que la deserción escolar se puede clasificar en dos vertientes causales, a saber, las internas al sistema educativo y las externas relacionadas con factores sociales y económicos:

“El abandono escolar o deserción escolar es un fenómeno socio-educativo y no simplemente escolar, ya que las causales que le originan van desde situaciones que están fuera del control de los planificadores de la educación, como lo son la migración familiar a la frontera norte en búsqueda de mejores condiciones de vida, migración inter-colonia por falta de vivienda propia, el trabajo infantil remunerado y no remunerado como apoyo a la economía familiar, las familias del desertor escolar no consideran la educación como un factor determinante para la subsistencia familiar no para el éxito personal del mismo, la desintegración familiar, etc. hasta aquellos que tienen su raíz al interior del sistema educacional como lo son: en algunos casos mantener la rígida estructura de la escuela tradicional, la falta de adecuación de los planes y programas de estudio a las necesidades regionales, falta de apoyos didácticos adecuados para la práctica docente, escaso desarrollo de las técnicas pedagógicas para atender a los niños con atraso escolar, altas y continuas cooperaciones económicas, solicitudes de libros, uniformes y material educativo con alto costo para las familias, así como la repoblación y la repetición de grado (Montenegro, 1989: 32.33).

Debido a que en este estudio interesa conocer la relación situaciones de pobreza-vida familiar se da mayor énfasis a los motivos externos, específicamente los relacionados con el ámbito familiar. La condición de precariedad económica es uno de los principales motivos que desencadenan deserción escolar, las familias desarrollan estrategias a corto plazo, como sacar a sus hijos de la escuela para reducir gastos o para integrarlos a la fuerza de trabajo disponible, sin embargo, estas estrategias no resuelven la condición de pobreza, por el contrario contribuyen a elevar los grados de vulnerabilidad a nivel individual y familiar (Barquet, 1997).

En las 18 familias estudiadas se mencionaron diversos motivos por los cuales habían desertado de la escuela sus integrantes; varios de ellos habían sido estrategias de sobrevivencia para enfrentar las precarias condiciones materiales: dejaron de estudiar porque su familia no les permitió seguir estudiando, tenían que ayudar en tareas o

⁷¹ “Los alumnos no llegan como tabla rasa a la escuela, traen consigo un capital cultural familiar que los predispone a todo aquello que suceda en el salón de clase, hecho que condiciona las posibilidades de éxito o fracaso escolar” (Safa, 1992: 27).

subsistencia de la familia; había escasez de recursos económicos; estaba lejos la escuela; no contaban con documentos oficiales. También mencionaron problemas emocionales, relacionados con la condición de pobreza, porque no quisieron continuar en la escuela debido a que no les había gustado estudiar.

Aquí cabe preguntar de qué manera atributos familiares como la composición de parentesco, la estructura familiar, el tamaño y tipo de familia pueden contribuir a que se propicie deserción escolar. A continuación se revisa qué estrategias de sobrevivencia truncaron en las familias la oportunidad de que sus miembros continuaran estudiando en el sistema educativo formal. En el desarrollo de las entrevistas con las mujeres jefas de familias y/o cónyuges se observa su necesidad de relatar cómo ellas desertaron de la escuela, también fue evidente su interés porque sus hijos tengan un mejor nivel escolar; aunado a su preocupación de que éstos hayan abandonado la escuela. Como estrategia analítica, opté por recurrir a la tipología de familias de origen y familias de formación utilizada en sus investigaciones por Sánchez, Fernández y Torres (1994) y también por López (2006).

a) Experiencias de deserción escolar de las mujeres en sus familias de origen

- Dejaron de estudiar por motivos migratorios

La migración en sus diferentes modalidades parece ser un punto fundamental en las causas del abandono escolar, debido al cambio de actividad económica, contexto, redes de apoyo, entre otras dimensiones (Szasz, 1999). El trabajo del padre de Sonia fue el motivo por el cual ella abandonó la escuela en varias ocasiones, ya que su trabajo requería que se movieran de una a otra ciudad. Así también, Aurora Morales explicó que los principales motivos de su inconstancia y deserción escolar fueron el trabajo itinerante de su padre, la falta de vivienda, las constantes separaciones de sus padres por conflictos conyugales y, finalmente, el migrar de Michoacán a Tijuana.

“Como andábamos de un lugar para otro, nos teníamos que ir a otra colonia y nos sacaban de la escuela, cuando ya nos mandaban ya no nos aceptaban en la escuela... Que queríamos estar con mi papá nos íbamos con él o si queríamos ver a mi mamá nos mandaban al rancho. Así anduvimos hasta que yo tenía unos 15 años” (Aurora Morales).

Debido a que la familia de origen de Luz Ramos migró a Tijuana sus hermanas mayores no les brindaron la oportunidad de seguir estudiando, su mamá había desarrollado la

estrategia de sobrevivencia de no mandarlas a la escuela para que se quedaran a atender el trabajo doméstico, aseo, preparación de alimentos y cuidado de los hermanos menores, lo cual además le ayudaba en su economía familiar.

“Cuando nos venimos del Sur mi mamá nos ofreció que cuando llegáramos a Tijuana nos iban a seguir dando estudios. Al último mis dos hermanas más grandes ya no entraron. A mí me empezaron a dar la escuela, me la pagaba mi mamá, pero no me compraba libros, era uno para cada materia. Me iba en la mañana y me ponía con una amiga de acuerdo para que se fuera más temprano y me prestaba sus libros para estudiar” (Luz Ramos).

Otro de los motivos que se observa en las familias de origen es su intención de migrar temporalmente a la ciudad de Tijuana, razón por la cual no traen consigo documentos oficiales como el acta de nacimiento o la boleta de calificaciones para inscribir a los hijos en la escuela.

- La escuela solamente ofrecía hasta tercero o cuarto grado de primaria

La inexistencia de escuelas, o que sólo hubiera para los primeros años de la educación Primaria es una observación constante entre las familias de origen de las mujeres entrevistadas mayores de 60 años provenientes del área rural. Ante esta situación narraron que repetían una y otra vez el mismo grado escolar; de hecho, una de las principales expectativas de entonces era sólo aprender a leer y escribir.

- Para empezar a trabajar y ayudar con los gastos familiares

Uno de los motivos para abandonar la escuela fue el hecho de tener que empezar a trabajar para ayudar con los gastos en sus familias de origen, ante todo cuando el tamaño de la familia era numeroso. Esta situación ha sido documentada como una de las principales estrategias de sobrevivencia para enfrentar la precariedad económica, pero al resolver momentáneamente la necesidad, esta estrategia perpetúa más la condición de pobreza (De la Rocha, 1986, 1995, 2006; Raczynski, 1987; Barquet, 1997).

“Mi mamá me dijo que sí me daba dinero para seguir estudiando, no tendrían dinero para que mis hermanos estudiaran; entonces ya no me siguió ayudando y aprendí sola a leer y escribir, pero nadie estudió carrera. Entonces yo me puse a trabajar desde chiquita para ayudarle a mi mamá” (Carmen González).

“Yo ayudaba a la familia porque mi papá se puso a tomar en ese tiempo, todo el tiempo, pero más en ese tiempo. Y mi mamá tenía todo el chamaquerío en la escuela, y yo le mandaba dinero;

ganaba bien poquito, pero de todas maneras le mandaba; por eso nunca pude juntar dinero para seguir estudiando” (Perla Gómez).

En la familia de origen también se observaron otras condicionantes que influyeron en la deserción escolar de las mujeres entrevistadas, a saber, el alcoholismo del padre, el tener más hermanos en edad escolar, la deferencia entre géneros y, finalmente la escasez de recursos económicos.

“Inclusive me acuerdo que bien pobres, sólo teníamos un par de zapatos; no teníamos más que un par; a veces bien rotos los zapatos; la ropa, no salíamos de tres cambios, y toda la ropa viejita, porque no había uniformes en la escuela. Me acuerdo cuando iba en la escuela; tenía como tres cambios y no salía de lo mismo, lo mismo, lo mismo, hice la escuela con muchos sacrificios” (Rosalinda Ríos).

“Porque para mi mamá, cuando me corrieron de la escuela, ella se sintió liberada porque ya no tenía que gastar en mi escuela, que libros, que útiles, que uniforme, y eso que me iba caminando. Fue una salida para ella; si yo no estudiaba, ya no me daba dinero y ya no gastaba, porque a nadie se le brindó la Secundaria (Luz Ramos).

La experiencia de deserción escolar de Luz Ramos refleja la conjugación de múltiples factores, tanto propios del sistema educativo, como sociales, económicos y familiares que, finalmente, cierran la oportunidad a Luz de que continuara estudiando independientemente de que ella tuviera la intención y el deseo de seguir asistiendo a la escuela.

“No seguí en la escuela por la presión de mi mamá...como me corrieron de la escuela, para ella fue como un golpe de mal agradecida, que no quise estudiar. Realmente no fue así; se necesitaba que mi 'apá y mi 'amá hablaran con el director, porque sucedió que me peleé fuera de la escuela y lo llevaron adentro; entonces yo ocupaba a un mayor que fuera hablar y ellos no fueron. Mis compañeros se juntaron para que me apoyaran para regresar a la escuela y sí regresé, pero se enteraron las mamás de con quienes me peleé; fueron con el director y decían que yo era drogadicta, pandillera, prostituta, así que me mandó hablar el director y me dieron de baja. Nunca me dieron los papeles porque no había un adulto que fuera a recogerlos. Sentía que a veces me ayudaba más otra gente que mi propia familia. En otra secundaria que fuimos ya habían hablado de donde me expulsaron para dar mis antecedentes y para que no me aceptaran. El director me dijo que él no creía nada, y me dio una oportunidad de terminar mi Secundaria con la condición de tener buenas calificaciones; el problema es que nuevamente no quiso ir mi mamá a recoger mis documentos. Una hermana y yo fuimos, pero no nos los quisieron dar porque las dos éramos menores de edad. Así que ya no regresé a la escuela” (Luz Ramos).

Luz provenía de una familia que había migrado de Aguascalientes a Tijuana. Cuando recién llegaron a esta ciudad fronteriza no contaban con una vivienda y su padre esporádicamente aportaba recursos económicos a la familia. Ante esta situación la madre de Luz se inició como pepenadora en el basurero público municipal, por lo que Luz y sus hermanos estaban solos todos los días. Para la madre de Luz era extremadamente difícil cubrir los costos de educación de sus siete hijos; de hecho, había decidido que las dos hijas mayores ya no fueran a la escuela para que ayudaran en la economía y quehaceres familiares, aunque tenían parientes que vivían en la misma colonia no contaban con su apoyo, incluso ya habían tenido algunos conflictos.

A estas condiciones se sumaban por lo menos otros cuatro elementos que contribuyeron a la deserción escolar de Luz. Primero, la inconformidad de Luz ante la vida que estaba viviendo, manifestada a través de una conducta agresiva en general y un resentimiento hacia su familia de origen, especialmente a su madre, aún presente en la actualidad. Segundo, a los padres de Luz les faltaron los recursos económicos, los conocimientos, las habilidades y la voluntad para poder ayudar a su hija. Tercero, jugó un papel la actitud negativa de los padres de familia de los compañeros de Luz al señalarla como drogadicta, pandillera y prostituta. Finalmente, le perjudicó la cuestionable actuación de parte de las autoridades escolares al asumir una actitud extremadamente moral y expulsarla.

b) Experiencias de deserción escolar de las mujeres en sus familias de formación

- Aunque había la oportunidad de seguir estudiando, los hijos se rehusaban

a continuar sus estudios

Al igual que otros autores, Sánchez, Fernández y Schmykler (1998), han documentado cómo los pensamientos, sentimientos y vida de la mujer giran en torno a su rol de madre. En este sentido, algunas de las situaciones más frustrantes para las mujeres madres de familia, es el que sus hijos se rehúsen a continuar estudiando.

“Ni mis hijas, ni mis hijos nunca pensaron en seguir estudiando, a nosotros como papás nos hubiera gustado que siguieran estudiando. Pero si ellos no quieren, no estudian de todas maneras; por eso no los puedo obligar” (Imelda Esquivel).

Las relaciones desiguales entre los géneros es uno de los factores fundamentales para que los hijos e hijas reciban de manera diferenciada la oportunidad de acudir a la escuela (Oliveira y Salles, 1989; Sánchez, Fernández y Torres, 1994; Barquet, 1997; García y Oliveira, 2006). En las familias de formación se observan tres relaciones parentales basadas en la diferenciación por género que determinaban la posibilidad de que sus hijos continúen o no estudiando. En primer lugar, se observa que hay familias que, aunque tratan de brindar la misma oportunidad tanto a sus hijas como a sus hijos por igual, ni los hijos, ni las hijas deciden continuar sus estudios, debido en parte a razones inherentes al sistema educativo y, por otra, al entorno social. En segundo lugar, ante similares oportunidades de continuar estudiando se da el caso de que los hijos varones desertan y las hijas mujeres continúan estudiando. En tercer lugar, ante desiguales oportunidades de seguir estudiando a favor de los hijos varones, hay hijas que tienen el deseo de seguir estudiando; sin embargo, el padre de la familia de formación no tiene la disposición de que la hija mujer continúe estudiando.

“Mi hijo, no entró a la universidad porque no quiso; su papá le decía que sí, que entrara, que iba a hacer la lucha de ayudarlo para que entrara a la universidad. A él, no sé por qué le dijo tú estudia, yo veré cómo le hago, pero mi hijo no quiso. Pero a mi hija que quiere seguir estudiando, su papá le dijo que no, que no podía ayudarla... yo pienso que le dijo eso porque es mujer... a mi hijo no se lo negó, porque es hombre y va a mantener” (Perla Gómez).

- Para empezar a trabajar y tener dinero propio

Otro de los motivos que se mencionan como causa de no continuar estudiando se refiere al hecho de que los hijos e hijas de las familias de formación entran al mercado laboral para tener su propio dinero y cubrir sus necesidades personales, principalmente relacionadas con el consumo de ropa, zapatos, tenis de marca, aparatos electrónicos y otros gustos personales. Esta estrategia de consumo no está relacionada con la intención de ayudar directamente con los gastos familiares; sin embargo, contribuye a desahogar algunas necesidades económicas de la familia simplemente por cubrir algunos de sus gastos personales, y algún servicio público.

Al hijo de Perla Gómez le dieron una beca en su escuela para comprar una computadora, pero hasta que terminó la preparatoria empezó a laborar y desde entonces él ha pagado el servicio de Internet. Aunque su padre le ha ofrecido hacer un mayor esfuerzo para solventar sus estudios, él no quiere ingresar a la universidad porque sus progenitores no están de acuerdo en la carrera que quiere estudiar. Ante esta situación y

la escasez de lugares donde él pueda estudiar; su pasión por la música lo ha llevado a integrarse a un grupo musical de una iglesia, ahí invierte todos sus tiempos libres y sus ingresos.

“Mi hijo acaba de terminar la Preparatoria; es soltero; trabaja en Office Depot, pero de todas maneras no da nada de dinero. Saca sus gastos, su ropa, discos, él paga el Internet en la casa y compró la computadora” (Perla Gómez).

“Cuando Elena [hija mayor], terminó la Secundaria entró un semestre a la prepa y se salió porque quería trabajar para tener el dinero para ella, no tanto para trabajar y ayudarnos” (Imelda Esquivel).

- Falta de recursos económicos

En las familias de formación, al igual que en las familias de origen, la falta de recursos económicos se menciona como uno de los principales motivos de deserción escolar, aunque hubiese la intención de continuar estudiando a los integrantes del grupo familiar se les desvanece esa posibilidad. Hay familias de formación que no tienen el dinero suficiente para cubrir todos los requerimientos que se establecen en las escuelas del nivel básico como el pago de inscripciones, útiles, uniformes, rifas, cooperaciones, transporte, etcétera. En el otro extremo se encuentran familias que, aunque logran que sus hijos completen la Secundaria y en casos extremos hasta la Preparatoria, no pueden ingresar a una escuela pública de nivel superior, tanto por los reducidos espacios en las universidades públicas como por la carencia de recursos económicos para cubrir gastos escolares como libros, transporte y útiles.

“Pues, este, la verdad, pues es la misma, los inscribes y si no tienes dinero ¿pues qué pasa?... Nadie te los recibe...” (Martha Ramírez).

- Problemas emocionales y de conducta

En las familias de formación los conflictos y los problemas emocionales de los padres y de conducta de los hijos, son otras causales que se mencionan como determinantes para dejar la escuela. Estos se presentan de diferentes formas y en todos los miembros del grupo familiar. En este sentido, hay situaciones en donde, debido a una separación entre la pareja, el consumo de alcohol y/o de drogas, la violencia doméstica y la misma falta de recursos económicos provocaban fuertes crisis en las relaciones intrafamiliares (González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990; Barquet, 1997; Ariza y Oliveira, 2004).

Una de las situaciones más sobresalientes se dió en la familia de formación de Lucía Estrada, debido al alcoholismo y al adulterio de parte del esposo la pareja se separó. Hubo una fase prolongada de profunda angustia y dolor por parte de Lucía; ante esta situación las condiciones económicas de la familia se vieron fuertemente afectadas, por lo que fue negada directamente la posibilidad de que la hija mayor continuara estudiando.

“Mi hija ya no siguió estudiando; ya no la dejé. En ese tiempo tuve muchos problemas con mi marido; me enfoqué más en mi dolor, en mi frustración que en todo lo demás. Sí se notó mucho en la familia, porque se me vino para abajo todo” (Lucía Estrada).

Por otra parte, la situación de la familia de formación de Martha Ramírez parece ser otro caso extremo. Debido al consumo de drogas, la violencia doméstica y el posible abuso sexual hacia los hijos, Martha y sus hijos se salieron de su casa. En el transcurso de casi dos años han buscado asilo en diferentes lugares. Ante este escenario los niños son expulsados de la escuela por problemas de conducta. Martha ha buscado ayuda profesional sin resultados satisfactorios. Los niños van a completar el tercer año escolar que no están acudiendo a la escuela. Las alternativas parecen cada vez más reducidas, pues no solamente la familia carece de recursos económicos, sino que los niños son señalados en las escuelas, en la colonia y por los vecinos como “niños problemáticos”.

“En las escuelas me los tienen etiquetados y no me los aceptan. Es que a veces no sé, no sé qué hacer, no sé qué hacer con ellos; digo que estoy a tiempo porque van a entrar a la adolescencia. Miro que son nobles y todo, pero yo quiero que ellos sean normales, normales...Fui y saqué una cita a Ciudad de los Niños, porque cuando me tocó cita con el psiquiatra no tuve dinero. Y, este, yo quiero pues hacer lo último que los atienda un psicólogo y qué se puede hacer con ellos...Yo lo que quiero es que mis hijos hagan algo; puedo buscar otras escuelas, aunque salgan grandes. Pero a mí se me está poniendo difícil, porque ya no estoy pudiendo con ellos; son más rebeldes...has de cuenta que se me vuelve a cerrar el mundo otra vez, y no quiero que pase otro año...y se van yendo los años, ellos van creciendo y al rato ya no voy a poder con ellos” (Martha Ramírez).

- Motivos familiares (casarse y tener hijos / ayudar a la pareja / falta de apoyo)

Uno de los principales motivos familiares que se mencionan para dejar de estudiar se refiere al haberse casado o embarazado. Esta situación no sólo se presenta en las familias de origen sino también en las familias de formación, las hijas e hijos, también

se casan a temprana edad. Se ha documentado que las mujeres pobres tienden a casarse a edades más tempranas con parejas mucho mayor que ellas, motivadas por conflictos en las relaciones intrafamiliares (Quilodran, 1989; Beneira y Roldan, 1992; Sánchez, Fernández, y Torres, 1994; Oliveira, 1995; Oliveira, 1998; Oliveira, Eternot y López, 1999: 217; Ariza y Oliveira, 2002;).

“Mi hija terminó la Secundaria y hasta ahí se quedó, porque también se fue con el muchacho y ya no estudió. Le insistí mucho para que estudiara, pero no hay lugares donde pueda entrar, porque no hay guarderías ni ayuda para que las mujeres sigan estudiando cuando tienen hijos” (Lucía Estrada).

“Yo tengo miedo que a mi hija le vaya a pasar lo mismo que a mí y que a mis hermanas. Él [papá] la regaña mucho, tengo miedo que se sienta presionada por nosotros y también se vaya, porque a mí me presionaron. Entonces yo le digo a mi hija que la dejo juntarse con amiguitos; lo que yo pasé, no quiero que lo pase mi hija, que no se sienta presionada; le he dicho que si siente presión que me lo diga, tal vez sean momentos que no me doy cuenta. Quiero ir a una escuela para padres ahí en el centro de apoyo a la mujer; lo mejor es ir en pareja pero si no se puede pues iré sola. Yo veo que mi esposo la está presionando tanto que la puede obligar a todo; yo no dejo que les pegue, luego me dicen que no dejo que él tenga autoridad” (Luz Ramos).

Además de la falta de recursos económicos para atender las necesidades básicas de sus hijos, se observa la necesidad de que los progenitores cuenten con habilidades para una mejor protección y educación de sus hijos. Sin embargo, estas habilidades parecen estar relacionadas con el acceso a mayores oportunidades tanto laborales como educativas de los padres.

III. Percepciones.⁷²

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges entrevistadas argumentan que su bajo nivel escolar y la mala calidad de la educación son factores determinantes en sus precarias condiciones socioeconómicas. Aunque las mujeres entrevistadas coinciden en pensar en el nivel educativo como una estrategia para acceder a mejores fuentes de trabajo y de ingresos; también se menciona la escolaridad como un atributo personal y familiar para resolver ciertos problemas de la vida cotidiana.

⁷² “La educación impartida en la escuela no se limita a brindar instrucción o un certificado para la incorporación al trabajo; también inculca valores que sirven para legitimar y reproducir el orden social, y para promover, al mismo tiempo, formas de vida distintas a las aprendidas en la familia y en la comunidad, generando nuevas expectativas y capacitando para el trabajo” (Safa, 1992: 13).

a) La educación como defensa ante problemas cotidianos

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges mencionan situaciones concretas donde su nivel académico es fundamental para enfrentar problemas de la vida cotidiana. Les ayuda a hacer gestiones ante autoridades o agencias gubernamentales, entre ellos los trámites de documentos o la misma gestión de un terreno. El contar con un mayor nivel educativo también sirve para exigir y defender sus derechos, como en los casos de violencia doméstica. Así también contribuye a mejorar los cuidados de la salud familiar: en la anticoncepción y planificación familiar y en el cuidado y la prevención de enfermedades. Finalmente, la educación también contribuye para lograr una mejor administración de los recursos familiares.

“Como yo había ido a la escuela estaba más abierta que mis otras hermanas y que mi esposo; por ejemplo, sabía que él no se podía llevar a mi hija porque no la había registrado y si lo hacía podía acusarlo de secuestro... por eso creo que la única salida es que estudien mis hijos, para tener una mejor vida, tener otra mentalidad” (Luz Ramos).

b) Aunque haya estudiado la calidad en la educación es baja

Un punto crítico se refiere a la baja calidad de la educación. En el caso de las familias en fases de consolidación que están integradas por personas que han logrado concluir la educación básica (en algunos estudios más avanzados), estos logros no han sido suficientes para lograr mayores ingresos y salir de la pobreza. Esta situación se manifestaba al incorporarse al mercado de trabajo, ante el cual las mujeres entrevistadas manifiestan que, aunque ellas o algún otro miembro de su familia ha concluido la Secundaria (y en algunos casos la Preparatoria) carecen de la preparación suficiente para las exigencias del mercado laboral local. Es persistente el que se cuestione el papel que han jugado los profesores y el propio sistema educativo.

“También pienso que los profesores han bajado mucho la calidad de enseñanza. Creo que a muchos no les interesa la educación; tal vez ellos tampoco tienen dinero, o no sé, pero cada vez enseñan menos cosas en las escuelas y cada vez salen menos preparados” (Sonia Díaz).

“Mis dos hijas y mi hijo han solicitado trabajo donde solicitan Inglés y pagan muy bien y, casi no saben nada. El profesor de la escuela fue tan malo que hasta lo corrieron porque no sabía dar Inglés... Por mientras, les compraba diccionarios y que fueran aprendiendo de ahí palabras, y de la televisión...porque hay muchas cositas que sí las pronuncian muy bien” (Perla Gómez).

c) La falta de educación significa mayor esfuerzo en el trabajo

Todas las mujeres jefas de familia y/o cónyuges coinciden en que para lograr cubrir sus necesidades básicas, su esfuerzo es mucho mayor por carecer de educación formal. Por tal motivo sus deseos y acciones están orientados a que sus hijos tengan una mayor preparación académica.

“Si yo hubiera estudiado tal vez no estuviera sufriendo tanto y no me hubiera costado tanto lo poco que he hecho y, a la mejor hubiera avanzado mucho más” (Josefina Escalante).

“No teníamos dinero sino les hubiéramos dado estudios [a mis hijos], porque el no haber seguido estudiando les ha hecho más difícil la vida” (María Pérez).

La mayoría de las mujeres madres manifiestan sus deseos porque sus hijos tengan una buena calidad de vida. Estas esperanzas de una vida mejor son más intensas en las familias en fase de expansión del ciclo doméstico, en las que, además, sus *hijos menores* de edad están estudiando, por lo que intentan que la mayoría de sus esfuerzos estén dirigidos a estimularlos y apoyarlos. La **aspiración de movilidad social** se observa en las familias Barraza, Estrada, Gómez, Morales y Ramos, por ejemplo.

“Yo lo que espero es que tengan una carrera y que se valgan por ellos mismos, porque yo no espero nada a cambio; si al rato yo no puedo trabajar y es su voluntad ayudarme qué bueno, si no ni modo. Yo lo que quiero es que se realicen, que tengan una carrera, y que no sufran en el futuro” (Adela Barraza).

“Espero que tengan mejor vida que yo, en todos los sentidos y en todos los aspectos, que no se enfraquen así como yo, en todo en el estudio, en el trabajo, en su relación de pareja; porque ellas se las escogieron. Yo no quería que tuvieran pareja, no quería que tuvieran responsabilidades, no quería que tuvieran hijos; que vivieran la vida de acuerdo a su edad, tranquilas, sin mortificaciones, pero quisieron tener responsabilidad, que ahora lo asimilen, que le echen ganas a su relación, a sus hijos, que los eduquen mejor que yo” (Lucía Estrada).

Las familias Fernández, González, Ramírez y Ríos se ubican en la fase de expansión. Por diferentes motivos algunos han dejado de estudiar y otros tienen muchas dificultades para terminar su educación básica, así que su vida presente y futura se torna cada día más incierta. Sin embargo, los deseos de que los hijos tengan una buena calidad de vida en su futuro no se desvanecen; parece que en ellos depositan la esperanza de cubrir todas aquellas carencias que la familia ha vivido.

“Yo quiero que mis hijos no sufran lo que yo sufrí, aunque yo a veces no sé cómo; a veces como que se me prende el foquito. Estar batallando, mis hijos están sufriendo, pienso - “voy a hacer esto y el otro”- y al otro día me levanto otra vez con lo mismo de que no puedo hacerlo sola, entonces me vuelvo a quedar en lo mismo. Pero ya, poco a poco, pues sí lo que nunca pensaba que podía hacer ya lo hice, ya lo dejé a él [esposo] ya lo hice. Pero ahora, ya los niños perdieron otro año, ya perdieron la escuela; porque los niños ya están señalados [en la escuela y en la colonia]. Por qué, porque ellos [los niños] siempre vieron, conmigo y en mi pareja pura agresividad, ellos lo miraban normal...” (Martha Ramírez).

“Yo espero que mis hijos sean unos profesionistas, buenas personas. Como mi’jo por ejemplo, yo le digo que sea un profesional para que él tenga su propio dinero y gane su dinero, para que no ande todo el tiempo mendigando, nada más a lo del día, a lo del día, que siempre tenga uno un cinco que le sobre, que todo el tiempo no ande apachurrado, que a su esposa y a sus hijos les dé una vida placentera, desahogada” (Rosalinda Ríos).

IV. Relaciones intrafamiliares y sentimientos de esperanza

a) Esperanzas de las mujeres madres de que sus hijos sigan estudiando

Es persistente la preocupación de las mujeres madres de familia por brindar la oportunidad a sus *hijos e hijas* para acceder y permanecer en el sistema educativo. También se observa que las nuevas generaciones de mujeres parecen tener mayor oportunidad de continuar estudiando; esto es, las madres de familia de formación, o bien las hijas de las mujeres madres entrevistadas con más tiempo viviendo en Tijuana tienen más años de escolaridad.

Por otra parte, hay mujeres madres de familia que prefieren dedicar más horas de trabajo para que sus hijos continúen estudiando. En este afán desarrollan estrategias tales como trabajar tiempo extra, emplearse como domésticas, reducir el consumo en el hogar, incluso reducir el consumo en alimentos; esto es, comprar menos alimentos o dejar de pagar algún servicio; estas estrategias se intensifican sobre todo en temporadas de inscripciones o tareas escolares (Sánchez, Fernández y Torres, 1994; Schmykler, 1998).

Un dato muy interesante es encontrar que las mujeres madres de familia prolongan su ayuda a sus hijas casadas no-residentes que han decidido reingresar a estudiar. Es la situación de Lucía Estrada, Sonia Díaz, Ana Andrade e Imelda Esquivel, las cuales

ayudan a sus hijas tanto económicamente como con el cuidado de los nietos para que ellas no volvieran a desertar de la escuela. Este apoyo tiene dos intenciones, para favorecer que sus hijas tengan un mejor nivel de vida y, para proteger a sus hijas de que no se sientan humilladas o desplazadas ante la mejor preparación académica de los yernos. Chant (1988) documentó la motivación que sentían las madres solas para desarrollar estrategias que ayudaran a sus hijas a que tuvieran mejor preparación para defenderse.

“Mi hija ya empezó ahora la universidad. Por ese lado estoy empujándola aunque esté casada. Yo estoy pagando la colegiatura, pero no importa, mientras ella logre seguir en la escuela y logre tener un mejor nivel de vida para ella y para su hija. Porque además él es licenciado en Asuntos Internacionales, está en un partido político, tiene muchas aspiraciones políticas. A mí no me gustaría que hiciera sentir menos a mi hija, porque no está correcto... de la escuela que ella está estudiando él no la ayuda, sólo recibe lo que yo le doy; y no creas que tengo mucho” (Sonia Díaz).

b) Esperanzas de los hijos de seguir estudiando

La falta de recursos económicos en la familia ha sido uno de los factores fundamentales para que algunos hijos de familia que tienen el deseo de seguir estudiando, se incorporaran al mercado laboral para alcanzar sus expectativas escolares. Las estrategias que desarrollan van desde suspender temporalmente la escuela y juntar recursos suficientes para cubrir las colegiaturas, hasta aquéllas donde trabajan para cubrir otro tipo de gastos escolares, como los paquetes de graduación, ropa, útiles escolares y transporte.

“Mi hija está trabajando en el “am pm” haciendo comida, -después de que no le gusta la cocina-. Está cerca su trabajo de la casa; le pagan bien, y pues quiere juntar dinero para entrar a la universidad; quiere entrar a estudiar ingeniero en tecnología; es una ingeniería de algo de computación” (Perla Gómez)

Feijoó (1999) y Post (2003: 38) argumentan que es un riesgo el combinar la escuela con el trabajo en las familias pobres, ya que esta estrategia contribuye a perpetuar la pobreza y la desigualdad. Sin embargo, el papel que juegan los hijos como proveedores en sus familias y para solventar ellos mismos sus necesidades aún requiere un mayor análisis, es decir, en la academia se requiere analizar la capacidad de respuesta de los hijos jóvenes para movilizar recursos/activos, resaltar su capacidad de agencia y no dejarlos en su papel de consumidores dependientes.

c) Esperanzas de las mujeres jefas de familias de mejorar su nivel escolar

Todas las mujeres jefas de familia y/o cónyuges manifiestan su deseo de haber estudiado; sin embargo, estos deseos son expuestos ante una serie de obstáculos. A la vez, hay para quienes estos deseos no se han desvanecido por completo. Este es el caso de Perla Gómez que manifiesta su deseo por estudiar enfermería una vez que su hijo menor sea lo suficientemente mayor para valerse por sí mismo. También Martha Ramírez, reflexionando sobre sus múltiples experiencias laborales donde recibe escasos ingresos económicos, desea reanudar sus estudios.

“Si, yo tengo la ilusión de estudiar aunque sea computación o algo...porque ya vas a la fábrica y ya no te toman igual, por los estudios ya tiene que ver y, el salario más que nada” (Martha Ramírez).

Finalmente un aspecto muy alentador es el hecho de que varias mujeres jefas de familia y/o cónyuges han logrado concluir su educación básica ya de adultas. Con este propósito han decidido ingresar a programas de alfabetización del Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA). Esta decisión no sólo parece haber afectado directamente a la educación de ellas, sino que también parece ser un estímulo para el resto de los integrantes de la familia. El caso de Imelda Esquivel resalta, sobre todo por la persistencia y dedicación que tuvo para cumplir su sueño, aunque lo pudo realizar hasta que se encontró en la fase de dispersión del ciclo doméstico. En el transcurso de un año logró cursar la Primaria y la Secundaria; además de asistir regularmente a las asesorías sugeridas por INEA, Imelda leía, estudiaba y preparaba cada uno de sus exámenes sentada en la banqueta donde tenía instalado su puesto de dulces y burritos. Aprovechaba cada uno de los espacios que tenía libres. Al momento de la última entrevista Imelda, había tomado también un curso de primeros auxilios.

“Yo acabo de terminar de estudiar la Primaria y la Secundaria en INEA. Mi ilusión siempre fue esa, estudiar. A mí de chica lo que siempre me llamaba la atención eran los primeros auxilios y la Secundaria; yo siempre pensé que si hacía la Secundaria era como un sueño. Desgraciadamente me sacaron de quinto año porque me pasaron en la tarde y como vivíamos muy lejos de donde estaba la escuela ya no seguí estudiando. Yo cuando miraba a alguien que iba a la Secundaria para mí era lo máximo; “era como un sueño que yo tenía”. Mi nieta que vive conmigo ahorita va a acabar la Secundaria porque se quedó a la mitad de tercero, ya la convencí que entre a INEA...” (Imelda Esquivel).

“Bueno la primaria la había terminado, pero quité la foto para regalársela al novio, pues ya estaba mutilada y no me la hicieron válida... entonces hice la Primaria y la Secundaria en INEA;

me fue muy difícil porque tenía mucho tiempo sin usar mi cerebro, y se me dificultó algo, y más la Secundaria...Eran muchas cosas que nunca las había visto..." (Lucía Estrada).

V. Recapitulación

Tener un mejor nivel escolar es un atributo individual y familiar que las mujeres jefas de familia y/o cónyuges visualizan como uno de los principales activos para mejorar su calidad de vida. Las familias en fase de dispersión que se ubican por debajo del nivel de pobreza alimentaria son las que tienen el más bajo nivel escolar, de hecho la mayoría son analfabetas. En este mismo umbral los progenitores no tienen la Primera, debido a problemas económicos y conflictos en la pareja, sus hijos están en mayor riesgo de no ir a la escuela y por tanto tener baja escolaridad. En el umbral de pobreza de capacidades se encuentran muchos matices, algunos progenitores cuentan con el nivel básico, sus fuentes de recursos cubren las necesidades de alimentación, no así de educación para sus hijos. Las familias en fase de expansión que se ubican en este umbral invierten la mayor cantidad posible de sus ingresos para que sus hijos sigan estudiando; sin embargo, no todos sus hijos han logrado ingresar a secundaria porque los padres no tienen los recursos suficientes para cubrir los requerimientos escolares. En este mismo umbral, de las familias que están en las fases de consolidación y dispersión, algunas han logrado que sus hijos estudien más allá del nivel básico gracias a que sus hijos han combinado escuela y trabajo. Finalmente, de las familias que se ubican por debajo del umbral de pobreza patrimonial, los mayores de 15 años lograron cursar su educación básica y en algunos casos otros niveles.

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges mencionan que en sus familias de origen, los motivos de la deserción escolar se relaciona con la migración, la escasez de recursos económicos, el tener que trabajar para ayudar en los gastos de la familia, el ayudar con el trabajo doméstico, el tener muchos hermanos, las desigualdades de género, el alcoholismo e irresponsabilidad de parte de su padre y la falta de escuelas.

En las familias de formación también se menciona el factor económico como el detonante de la deserción escolar; además de mencionarse conflictos familiares, falta de escuelas, sobre todo para aquellos que han logrado concluir la educación básica. También se menciona el no querer seguir estudiando, el ingresar al mercado de consumo, el casarse a temprana edad; el no tener el apoyo de los padres para estudiar lo

que se desea. Finalmente, las relaciones desiguales de género es una de las principales causas mencionadas para que no hubiesen continuado estudiando sus hijas; hacia el interior de las familias, no darle oportunidad a las hijas mujeres de estudiar. Al exterior, falta de estructura de oportunidades, por ejemplo, guarderías para que las madres adolescentes continúen estudiando. La escolaridad también es percibida como un recurso/activo para defenderse ante problemas cotidianos. Se percibe que la escolaridad que han recibido es de mala calidad y se sustenta que no responde necesariamente a los requerimientos del mercado local. El bajo nivel de escolaridad significa mayor esfuerzo para cubrir necesidades, por tanto, las mujeres manifiestan deseos porque sus hijos estén mejor preparados.

En cuanto a las relaciones intrafamiliares y sentimientos de esperanza para lograr un mejor nivel educativo, las mujeres madres instrumentan una serie de estrategias como dedicar más horas al trabajo extradoméstico y reducir el consumo familiar, sobre todo en temporadas de inscripciones escolares. Las mujeres madres prologan el apoyo a sus hijas no co-residentes casadas para que sigan estudiando, tanto como una defensa económica, como una estrategia de protección para no ser humilladas o desplazadas de sus parejas (yernos). Ante la esperanza de tener un mejor nivel de escolaridad los hijos cuestionan su papel de dependientes-consumidores y potencian su capacidad de respuesta para lograr su deseo escolar. Las mujeres jefas de familia manifiestan su deseo de reingresar a la escuela para mejorar su nivel escolar; sin embargo, parece que quienes lo están lográndolo son aquéllas que se encuentran en la transición entre las fases de consolidación y dispersión.

II. Salud

Se han escrito importantes informes que ponen de manifiesto la relación entre salud y pobreza, los cuales han dado cuenta del precario acceso a los servicios médicos en México (Bronfman, 2000; Ortiz, 1982; Schteingart, 1997; Timio, 1980). Con el fin de que la mayor parte de los mexicanos tengan acceso a los servicios de salud, durante la última década el estado mexicano ha realizado esfuerzos relacionados con la cobertura médica para población abierta como el seguro popular; sin embargo, para ser derechohabiente de algún servicio de seguridad social como IMSS o ISSSTE, se requiere contar con un empleo formal; esta condición limita a más de la mitad de la

población. De hecho, en Baja California, tan sólo el 47.9% de las personas son derechohabientes; por tanto, 40.6% no cuentan con este servicio y del restante 11.5% las fuentes oficiales carecen de dicha información. Ante este panorama el gobierno mexicano, a través de la Secretaría de Salud, es el responsable de atender a toda aquella población mexicana sin cobertura médica (INEGI, 2000).

“La población protegida por la seguridad social es aquella que por estar inserta en el mercado formal de trabajo y haber adquirido los derechos correspondientes para estar afiliado en alguna de las instituciones se encuentra amparada por ella. También es el caso de aquellos familiares dependientes de los trabajadores, ya sea esposa, hijos o padres” (Ibáñez, 2006: 166).

Para fines de este capítulo, cabe preguntar si las personas que integran las 18 familias estudiadas cuentan con servicios de atención médica y, cuando se enferman qué acostumbran hacer si experimentan una carencia de recursos económicos; interesa también ver cuáles son los padecimientos y enfermedades que se presentan en estas familias.

I. Acceso y utilización de los servicios de salud

Como se muestra en el cuadro número 23, los integrantes de las familias estudiadas tienen un acceso restringido a los servicios de seguridad social. A primera vista se observa un número similar de personas en las familias que se encuentran ubicadas por debajo del umbral alimentario y patrimonial de derechohabientes del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y, del Instituto de Servicios de Seguridad Social para Trabajadores del Estado (ISSSTE); en este sentido, se considera necesario hacer un análisis de las formas en que cada una de estas familias accede a este servicio y hacen uso de él. Como estrategia de análisis me baso en los umbrales de pobreza, en tanto el tipo de familia, la compasión y la estructura familiar son utilizadas de acuerdo a los requerimientos de cada caso.

Tabla no. 24 Acceso a servicios de salud

Umbral de pobreza	Familia	IMSS	ISSSTE	SSA	consultorio, clínica y/o hospital privado	Otro lugar	No se atiende	Total de personas por familia
Alimentaria	Escalante	1					2	3
	García			1			1	2
	Pérez	1		3				4
	Osuna	2		2				4
	Santana	1		1				2
	Fernández			7			1	8
	Ramírez			5			1	6
Capacidades	Espinosa			2	1			3
	Ríos			3				3
	González			6				6
	Barraza			12				12
	Andrade		1			2	2	6
	Estrada					2	2	4
Patrimonial	Gómez	3		2	1			6
	Nieves			5				5
	Rodríguez					4		4
	Vargas					4		4
	Díaz			6	1			7
Total	18 familias	8	7	50	6	12	6	89

a) Acceso y utilización de servicios de salud (pobreza alimentaria)

En este primer umbral sólo alguno de los miembros de las familias Pérez, Osuna, Santana y Escalante es derechohabiente del IMSS; esto se debe a que las instituciones de salud proveen el servicio, tomando como criterio la composición de parentesco nuclear y/o parentesco en línea directa ascendente o descendiente, es decir, hay un acceso diferenciado a los servicios de salud para los miembros de cada familia. La composición de parentesco de la familia Pérez es extensa, se encuentra en la fase de dispersión del ciclo doméstico; el proveedor económico principal es Francisco, nieto de la jefa de familia. Él es derechohabiente del IMSS, ya que trabaja como empleado en una fábrica; sin embargo nunca ha utilizado los servicios médicos de esta institución. Aunque Francisco tiene un empleo formal (y por tanto es derechohabiente de los servicios de salud), no puede extender el derecho de este beneficio al resto de su familia, especialmente a su tío Guillermo. Recordemos que en el caso de la familia Pérez, Guillermo (tío de Francisco) requiere extremados cuidados y atención médica, producto de una fractura de cráneo. Al no contar con ningún tipo de seguridad el resto de la familia Pérez utiliza los servicios del hospital general y de la Secretaría de Salud.

No obstante el caso de Francisco Pérez y su tío, varias familias acuden a los servicios de salud del gobierno federal, al IMSS en particular. La composición de parentesco de la familia Santana es nuclear en fase de dispersión del ciclo doméstico. Domingo, esposo de Regina Santana, es derechohabiente del IMSS, ya que uno de sus hijos no co-residente lo tiene afiliado en esta institución. Por su parte, Regina se atiende regularmente en un centro de salud de la colonia 3 de octubre perteneciente a la Secretaría de Salud.

La composición de parentesco de la familia Escalante es nuclear en fase de dispersión, la jefa de familia –Josefina– también es derechohabiente del IMSS, gracias a que uno de sus hijos no co-residente la tiene afiliada. Este servicio médico lo utiliza con frecuencia, ya que padece Diabetes y Osteoporosis; los dos hijos que aún viven con ella, no acuden a ningún servicio médico cuando se enferman.

La composición de parentesco de la familia Osuna es extensa en fase de dispersión del ciclo doméstico; Efraín esposo de Inés Osuna, al ser pensionado del IMSS, recibe a su vez los servicios médicos tanto para él como para su esposa. No así Guadalupe y Aimé –las dos nietas que viven con ellos– cuando se enferman por lo general las llevan al centro de salud cercano a su domicilio.

Cuando Severa García requiere servicios médicos acude al centro de salud; mientras que su hijo –que reside con ella– no se atiende. Por otro lado, Margarita Espinosa recurre a servicios de salud privado que le proporciona gratuitamente un amigo. La composición de parentesco de las familias Ramírez y Fernández es nuclear en fase de expansión del ciclo doméstico y con jefatura femenina, cuando ellas o alguno de los integrantes de su familia enferman también acuden a algún centro de salud.

b) Acceso y utilización de servicios de salud (pobreza de capacidades)

Con excepción de la familia Gómez, en la que varios de sus integrantes cuentan con el servicio del IMSS, el resto de las familias que se ubican en este umbral de pobreza acuden a los servicios otorgados por el gobierno a través de la Secretaría de Salud. La composición de parentesco de la familia Gómez es nuclear en fase de consolidación del núcleo doméstico.

Gloria y Rodolfo (hijos de Perla) cuentan con este servicio, ya que laboran formalmente como empleados en tiendas de servicios; sin embargo, aunque en varias ocasiones ya se han enfermado nunca han utilizado los servicios médicos de la institución. También Rita es derechohabiente del IMSS, ya que en la escuela Preparatoria donde estudia los alumnos tienen este beneficio. Aunque Rita padece del oído nunca ha utilizado los servicios del IMSS. Cada uno de los miembros de la familia Gómez han utilizado diferentes tipos de servicios médicos: por ejemplo, Perla y Armando (su hijo menor), acuden al centro de salud cuando se enferman, mientras que José (esposo de Perla) cuando enfermó de Apendicitis, de Peritonitis y posteriormente de la columna siempre acudió a servicios médicos privados.

c) Acceso y utilización de servicios de salud (pobreza patrimonial)

La familia Díaz cuenta con los servicios de atención médica del ISSSTE, los cuales esporádicamente utilizan, debido a que Sonia labora en un centro de salud y aprovecha el servicio médico que ahí proporcionan a la población. Las familias Esquivel y Ramos utilizan los servicios de salud otorgados por un centro comunitario de la sociedad civil. Finalmente, cuando enferma alguno de los integrantes de la familia Morales acuden también a los servicios médicos de la Secretaría de Salud.

II. Percepciones en el acceso a los servicios y auto-cuidado de la salud

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges perciben que reciben una mala calidad en los servicios de salud, de hecho, consideran que es uno de los principales obstáculos que han experimentado cuando algún miembro de su familia enferma. En este sentido, las mujeres jefas de familia y/ cónyuges entrevistadas ven con desconfianza la atención médica que reciben.

“Yo me he dado cuenta que aquí [Tijuana] no hay buenos doctores, como que le echen ganas, tal vez allá pero muy caros, como que les hace falta estudiar más, estar más preparados, que tengan más competencia para ser mejores. Porque no he tenido buena experiencia con los doctores, sobre todo por la enfermedad de mi esposo, porque lo llevé a muchas partes y nunca me dijeron qué tenía” (Imelda Esquivel).

A la vez, a reserva de que varios de ellos cuentan con servicios médicos públicos, incluyendo la Secretaría de Salud y, en últimas fechas el Seguro Popular, el abastecimiento de medicamentos es insuficiente en estas instituciones. Las familias estudiadas no cuentan con recursos económicos a su disposición para cubrir el costo de los medicamento. En este sentido, hay varios casos en los cuales las personas, aunque han acudido a la atención médica, no compran los medicamentos o no se realizan los estudios de gabinete y de laboratorio. En el mejor de los casos retrasan la atención médica y seguimiento hasta que tienen un ingreso adicional.

“Cuando me recetan más medicamento, me espero hasta que tengo dinero o voy a las similares porque es más barato. Siempre tengo que estar viendo qué puedo hacer: si ir al doctor o comprar para comer” (Imelda Esquivel).

“He dejado de hacerme estudios, ahorita me mandaron hacerme unos estudios y no me los he hecho porque sí me salen caros, son como cuatro estudios juntos. Oseometría, papanicolau, ultrasonido pélvico y una mamografía. Ya hace como un mes que me los mandaron hacer” (Perla Gómez).

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges que participan en el mercado de trabajo extradoméstico están conscientes que trabajar en el sector informal es una de las principales dificultades para acceder a servicios de seguridad social, sin embargo, perciben que puede ser una mejor fuente de ingresos, por lo que deciden no atenderse médicamente para no verse expuestas a ser despedidas, como lo relata Perla Gómez:

“Pero hay otra cosa, que si voy al centro de salud voy a tener que pedir permiso, aquí me van a descontar el día, y quien sabe hasta me digan: sabes que ahorita por el momento no te necesitamos y, pues yo necesito del trabajo. Y que me digan sabes qué ya no vengas, porque requerimos a una persona que esté más constante. Salirme a buscar el Seguro Popular, eso me va a quitar tiempo. No sé, tal vez también eso me favorece, a lo mejor los estudios son más baratos, pero también si me corren de aquí de dónde voy a sacar. Mucho o poco, me sirve lo que aquí me pagan” (Perla Gómez).

Se observa que las mujeres jefas de familia y/o cónyuges descuidan su salud ante las pesadas cargas de trabajo doméstico y extradoméstico (Oliveira, Eternod y López, 1999Salles, 1996). De hecho, en algunos casos niegan que sus padecimientos y dolores son producidos por alguna enfermedad. En este sentido retrasan cualquier intención de acudir a un servicio médico. Rosalinda Ríos comentó en diferentes ocasiones que “casi nunca se enfermaba”; sin embargo, esta afirmación era seguida de comentarios como

“seguido me dan mareos”, “me duele la cabeza” o “no sé por qué se me cae mucho el cabello”; o “más bien, primero están las necesidades de la casa y después mi salud”; “seguido me siento mal y lo paso por alto”. En las mismas condiciones se encuentra Aurora Morales, la cual informa que hacía tres años le detectaron Cisticercosis, pero que, aunque le segue dando problemas, *“no la sentía como una enfermedad”.* En ambos casos son mujeres jefas de familias nucleares en fase de expansión y sin redes de apoyo familiar.

III. Riesgos y significados

Debido a la reducida cantidad de personas participantes en esta investigación es imposible hablar de qué se enferman y de qué se mueren los pobre, y mucho menos hacer comparaciones tomando como referencia las estadísticas oficiales; sin embargo, las enfermedades que mencionan las mujeres entrevistadas no distan mucho de las primeras causas de mortalidad y morbilidad que se presentan a nivel nacional. En este sentido, los problemas de salud más mencionados son Diabetes, Hipertensión, Padecimientos del Corazón, Enfisema Pulmonar, Infecciones Respiratorias, Enfermedades Gastrointestinales, Cáncer, Tuberculosis, Accidentes y Discapacidades físicas. También padecían de depresión, drogadicción, alcoholismo y violencia doméstica.

a) El enfermar como factor de riesgo para intensificar el nivel de pobreza

Las enfermedades que padecen algunos miembros de las familias estudiadas intensifican el estado de vulnerabilidad social de las familias (González de la Rocha, 2006). Es frecuente observar en las familias pobres una acumulación de desventajas. Una de las principales preocupaciones de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges es que algún miembro de la familia enferme, sobre todo cuando éste es el principal proveedor.

Entre las familias estudiadas se desarrollan “cadenas de enfermedades” donde una enfermedad se eslabona con otra enfermedad. Hay situaciones donde un solo miembro de la familia presenta un padecimiento y a éste se van agregando cada vez más padecimientos, más enfermedades. En otras situaciones son varios miembros de una misma familia que presentan recurrentes problemas de salud. Al final, cual fuera el origen de las enfermedades, terminan por absorber y hundir a la familia en una mayor

pobreza. De hecho, una enfermedad puede provocar que una familia experimente una condición prolongada de pobreza aguda.

Carmen González padecía de Tuberculosis pulmonar. Mencionó que antes de saber el diagnóstico llegó a estar postrada y sin poder levantarse; no podía atender a sus hijos. Bajó mucho de peso y se quedó “sin color”. Cuando la llevaron al centro de salud le hicieron estudios y le encontraron Tuberculosis; al momento de la última entrevista llevaba casi tres meses en tratamiento y comentó que sentía menos malestares.

La capacidad de repuesta para el manejo de recursos y activos, así como algunos atributos familiares son fundamentales para comprender las estrategias que se entretejieron en esta situación. La composición de parentesco de la familia González es nuclear en fase de expansión, Carmen como jefa de familia ha tenido la responsabilidad de proveer la manutención de sus cuatro hijos. Cuenta con una sólida red de apoyo familiar: el apoyo de su reciente pareja, el cual además de asumir los gastos de la familia, pide permiso en su trabajo para llevarla a sus consultas médicas; también cuenta con el apoyo de su madre y hermana que además de atender a sus hijos preparan la alimentación y les ofrecen donde se queden a dormir en lo que ella mejora. Otra de las estructuras de oportunidad que ha aprovechado Carmen es acudir a un centro de salud donde le proporcionan gratuitamente consulta, exámenes de laboratorio y medicamento; de hecho, le han asignado a una promotora comunitaria para que acuda todos los días a su casa para supervisar que se tome el medicamento.

La familia Pérez presenta una situación muy crítica. María Pérez llegó a Tijuana hace cuatro años para cuidar a su hijo Guillermo, el cual tuvo un accidente automovilístico cuando iba saliendo de su trabajo. Comenta María que debido a la fractura de cráneo su hijo está inmóvil, por lo que depende de ella para cubrir absolutamente todas sus necesidades. Guillermo tiene poca visibilidad y aunque escucha no puede hablar; de hecho, los doctores le explicaron a María que su hijo irá perdiendo los sentidos poco a poco. Guillermo recibe atención médica de parte del Hospital General de Tijuana, en el cual le proporcionan la mayoría de servicios exentos; sin embargo, los gastos no se cubren en su totalidad, pues la familia tiene que pagarle a alguna persona el favor para trasladarlo al nosocomio cada vez que tiene consulta; también tienen que comprar medicamentos y alimentos especiales. María ha desarrollado algunas estrategias, como

utilizar la misma sonda que le proporciona el Hospital General una vez al mes para alimentar a su hijo, pero este tipo de situaciones ponen a Guillermo en riesgo de contraer infecciones secundarias, inclusive una perforación intestinal. La composición de parentesco de la familia Pérez es extensa en fase de dispersión, cuentan con un solo proveedor económico, a sus 70 años y con hipertensión arterial, María es la jefa de familia y asume con una total resignación el tener que cuidar a su hijo, que durante muchos años de su vida había sido totalmente independiente de ella.

“En el Hospital General me le están dando atención, pero tengo que estar pagando cuando lo movemos en un carrito; nosotros no tenemos carro... yo no tengo nada. En el hospital siempre me dan una sonda y uso esa misma para darle de comer; le licuo la comida, la medicina se la doy en el alimento. Me van a enseñar para que yo le haga el alimento en la casa, porque así comprado me sale bien caro” (María Pérez).

Entre Lucía y Esteban Estrada se ha desarrollado una “cadena de enfermedades”. Toda la vida de Lucía ha estado circunscrita a las enfermedades y los tratamientos médicos. Lucía fue producto de una violación, por lo cual fue entregada a sus abuelos para que se hicieran cargo de ella. Los abuelos intentaron darle la atención y la educación que consideraban más convenientes, y comenta Lucía que para ella los años que vivió con ellos fueron los más felices de su vida. Sin embargo, ahora cuestiona algunas de las decisiones que ellos tomaron, como el no haberla vacunado. Tuvo polio y como secuelas de la enfermedad Lucía ha padecido de parálisis en sus extremidades inferiores durante toda su vida, por lo que camina con ayuda de muletas. Cuando era niña no tenía movilidad en sus piernas y se desplazaba con la ayuda de un perro y una carreta de madera que le construyó su abuelo. Gracias al apoyo de un grupo de norteamericanos le practicaron varias operaciones y logró caminar; sin embargo, no tuvo una recuperación total. Actualmente tiene serios problemas en las caderas, la columna, las clavículas y los brazos. Debido a estas condiciones de salud recibe terapia física y consume una gran cantidad de medicamentos. A pesar de su condición Lucía ha trabajado como doméstica en Estados Unidos para mantener a su familia. Durante el último año su salud ha empeorado y, por consecuencia, no trabaja. Cada vez requiere de más tratamientos, y aunque sus hijas intentan ayudarla su situación económica decae drásticamente. Lucía comenta que siente que el cansancio y el decaimiento se intensifican. La familia Estrada ha experimentado una condición extrema de pobreza durante el último año. Lucía ha

dejado de trabajar a raíz de las enfermedades que le imposibilitan caminar o hacer esfuerzos físicos.

“Siempre que hay enfermedades te das cuenta de que no tienes lo suficiente, que a veces no tienes para comprar el medicamento, que todo afecta. Porque si compras el medicamento, ya te quedaste sin comprar comida (Lucía estrada).

A la vez, su esposo Esteban –quien la había abandonado hacía varios años– regresa a casa con la familia para que lo atiendan, porque él también tiene serios problemas de salud, pues sufrió dos infartos y una embolia. En últimas fechas le detectaron Cáncer en la próstata y no tiene acceso a servicios médicos gubernamentales.

La composición de parentesco de la familia Estrada es extensa en fase de consolidación con jefatura femenina y con una sólida red de apoyo familiar. Una de las hijas de Lucía la tiene afiliada en Servicios Médicos Municipales, éste es un beneficio otorgado para los empleados del municipio, ahí le proporcionan la atención médica especializada de segundo nivel, incluyendo consultas, medicamentos, terapias de rehabilitación y algunos exámenes médicos, otros ella los tiene que absorber. Sin embargo, debido a que su hija es empleada de contrato corre el riesgo de perder su trabajo en cualquier momento. El temor a perder estos beneficios se intensifican con cada campaña electoral seguida del cambio de administración, donde corre mayor riesgo de ser liquidada.

El caso de la familia Gómez también presenta múltiples situaciones críticas de salud, las cuales en un momento determinado han sido la causa principal de la condición de pobreza en que aún se encuentra sumida. José (esposo de Perla Gómez) era dueño de un taller mecánico. Económicamente parecía que la familia estaba bien. Sin embargo, José enfermó gravemente de Apendicitis, y se le complicó con una Peritonitis, por lo que estuvo hospitalizado durante un tiempo prolongado. Como trabajaba por su cuenta no era derechohabiente de ninguna institución gubernamental y recurrió a la medicina privada; sin embargo, lo iban a dejar de atender porque la familia no podía seguir cubriendo los costos de la atención médica.

La condición de salud de José volvió más vulnerable a toda la familia. Además de gastarse todos los ahorros, su inhabilidad para seguir en el taller mecánico provocó que perdiera su negocio. Durante la convalecencia montó un taller mecánico improvisado en

su casa, pero la falta de herramientas adecuadas provocó que se lastimara la columna. Ante la cada vez menor entrada de recursos económicos (debido a su condición de salud), José decidió emigrar a Estados Unidos, donde trabaja verificando los niveles de contaminación de los carros. Al momento de la entrevista, aunque no se había rehabilitado totalmente, contaba con un trabajo con ingresos constantes en Estados Unidos; además se hizo amigo de un doctor que le brindaba servicio médico a cambio de arreglarle sus vehículos.

“Por eso fue que el taller se decayó; se perdió el negocio. Estuvo internado mucho tiempo, se le complicó la Apendicitis y se le convirtió en Peritonitis; duró mucho tiempo. Con sus trabajadores trabajaba al 50%; se robaron herramienta, abusaron, no entregaban el dinero que les correspondía pagar; iba e iba y nunca me daban. Le pasaron muchas cosas. Nosotros ya teníamos ahorrado para comprar nuestra casa; si no hubiera sido por la enfermedad de mi esposo ya tendríamos terminada toda la casa; tendríamos una casa bonita, pero pues no sé por qué se enfermó. Después de eso se compuso; duró como unos tres años para poderse componer bien. Después se lastimó la columna y es cuando se fue para allá, para los Estados Unidos; allá sólo checa smog y le pagan muy poco” (Perla Gómez).

Otros miembros de la familia Gómez también han tenido problemas de salud, que parecen complicarse debido a la precaria condición económica que han experimentado durante los últimos años. Por una parte, Rita (hija de Perla) de 16 años de edad tiene problemas con el oído debido a una malformación; la atención médica que ha recibido es escasa, principalmente por los costos de la consulta especializada. Armando (hijo menor de Perla) de 7 años de edad, tiene bajo peso y baja talla; recientemente padeció de Hepatitis, por lo que requiere cuidados especiales en su alimentación; además, constantemente se enferma del estómago y sufre de alergias. Finalmente, Perla tiene lastimada la columna; ella lo atribuye a diferentes factores. Cree que se debe a que tiene que cargar mercancía pesada, ya que trabaja en un bazar de artículos usados. También cree que esta lesión ha sido producida por tener que elaborar bloques y trabajar en la construcción de su casa, aunque también lo atribuye a su edad, ya que al estar pasando por el climaterio es posible que se esté descalcificando. Perla también padece frecuentemente de la garganta y de alergias; los médicos le han dicho que es consecuencia de trabajar en un bazar de ropa usada y vivir en una colonia en la que no hay pavimento y está cerca del basurero. Ubicados por debajo del umbral de pobreza de capacidades, la composición de parentesco de la familia Gómez es nuclear en fase de consolidación del ciclo doméstico. Una serie de estrategias que ha desarrollado la

familia les han ayudado a contrarrestar los efectos de los riesgos provocados por los estados de salud de todos los miembros del grupo familiar. Las estrategias incluyen la movilización de fuerzas de trabajo (ambos progenitores y los dos hijos mayores), la disposición de servicios de salud privado de bajo costo en su comunidad.

b) Alcoholismo, consumo de drogas, malestar emocional, conflictos y violencia doméstica

Entendida la salud no como la ausencia de enfermedad sino como el estado de equilibrio físico, social y psicológico del individuo; el Alcoholismo, el consumo de drogas, el malestar emocional, los conflictos y la violencia doméstica afectan el estado de salud de las mujeres y de sus familias. Los estudios realizados acerca de las relaciones de género y las relaciones familiares en sectores populares han encontrado la presencia de conflictos, altas cantidades en el consumo de alcohol, violencia doméstica y, recientemente, malestar emocional en las mujeres (González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990; Alatorre, Langer y Lozano, 1997; Barquet, 1997; Oliveira, 1995; Ariza y Oliveira, 2002; 2004; Enríquez, 2005; García y Oliveira, 2006). Sin embargo, hay que ser muy cautelosos al momento de intentar hacer relaciones causales entre la pobreza y estos fenómenos; no es aquí esa la intención:

“La pretensión de establecer las relaciones entre condición socioeconómica y existencia o no de violencia contra las mujeres, conlleva el problema de que se trata de reducir un proceso complejo de relaciones sociales a dos variables: el ingreso... y la existencia de formas de conducta individual relacionadas sobre todo con acciones u omisiones del hombre hacia la mujer que atenta contra su integridad...esto podría extenderse a otras formas de relación entre violencia doméstica contra las mujeres y el abuso de alcohol y drogas por parte de la pareja, el desempleo, etc.” (Ramírez, 1999: 127).

- Consumo de alcohol y drogas

Como se ha venido observando a través de los temas tratados con anterioridad, el uso de drogas, y alcohol y la falta de apoyo de la pareja son temas recurrentes en varias de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges entrevistadas. Esta situación también podría estar presente en familias no pobres; sin embargo, el hecho de que la pareja (varón) gaste los escasos recursos en el consumo de alcohol y/o drogas intensifica la pobreza de las familias.

El Alcoholismo es una constante en muchas de las familias. En la mayoría de los casos no es mencionado como una enfermedad; sin embargo, las mujeres entrevistadas señalan que el Alcoholismo de sus padres ha sido el principal detonante de la pobreza de su familia de origen, y el Alcoholismo de sus parejas el motivo de serios problemas de salud y la causa de los problemas económicos por los que han pasado más de una vez.

“Él fuma mucho, antes tomaba mucho, precisamente fue cuando le resultó lo del infarto y la embolia juntos. Se cortó de un sopetón la borrachera y ya tenía varias semanas sin comer, entonces, fue la gota que derramó el vaso, que fue uno de los factores que le diera el infarto y la embolia -dijo el doctor-. Él tenía que descongestionarse el alcohol con ayuda y yo se lo corté de sopetón, entonces hubo convulsiones, hubo fiebre, pero sin ayuda médica se lo corté. Él le pidió ayuda a sus hijas y sus hijas me dijeron que le ayudara; él ya no quería tomar, quería estar bien, y cuando se convulsionaba yo lo amarraba, porque eran muy fuertes, luego venían las fiebres, luego los escalofríos. Así estuvimos toda una semana, hasta que empezó a salir la resaca. Cuando se dieron cuenta sus familiares vinieron y lo llevaron con el médico, lo atendieron; pero ya había pasado todo lo fuerte. A los meses le dio la embolia porque su organismo estaba muy deteriorado y con lo que pasó de que le corté la tomadera se le desencadenó” (Lucía Estrada).

También se observa que algunas de las mujeres entrevistadas consumen fuertes cantidades de alcohol, sobre todo cuando están pasando por fuertes crisis tanto económicas como emocionales. Ante situaciones sociales relacionadas con el consumo de alcohol y drogas, Enríquez (2006) encontró que las mujeres que manifestaban intranquilidad y preocupación les provocaba dolores de cabeza, falta de energía y variaciones en el apetito, como formas de regular esas emociones recurrían a redes de apoyo familiar y de amistades, y cuando carecían de este tipo de apoyo miraban televisión, trabajaban más en sus quehacer doméstico o salían a caminar; sin embargo, parece que no encontró el consumo de alcohol y drogas como formas de manejar las emociones.

“Cuando me enfermé, cuando me enteré de que mi esposo tenía otra mujer tuve un mes sin comer y tomé, tomé, tomé mucho... tomé todo un mes y me llevaron de emergencia al hospital, me alcoholicé, tomé todo el alcohol como si toda mi vida hubiera tomado, soy alcohólica, no puedo tomar nada de alcohol, se me desarrolló el Diabetes y se me subió la presión... en esa ocasión mis hijas se vieron muy apenadas, avergonzadas porque me vieron en un estado que nunca me habían visto” (Lucía Estrada/ pobreza de capacidades, jefa de familia).

“Uso cigarro y tomo, pero nada más es cuando a veces me siento mal y no sé qué... escondida de los niños me tomo unas cervezas, pero no es de diario, me entiendes... cuando me siento

desesperada” (Martha Ramírez/ pobreza alimentaria, jefa de familia, fase expansión sin redes de apoyo familiar).

Aurora Morales expresa su profunda preocupación porque su hijo de 19 años consume drogas. Ella trabaja como recepcionista en un motel en una de las zonas de tolerancia de Tijuana; ahí diariamente tiene experiencias de alto riesgo con personas que consumen drogas. Como estrategia de prevención, en más de una ocasión Aurora ha llevado a su hijo para que observe el comportamiento de los adictos. Sin embargo, señala que los primos de su hijo, que a su vez son sus vecinos, consumen drogas, y su preocupación se intensificaba ya que su hijo convive constantemente con ellos.

Aurora carece de tiempo para dedicarle a su hijo; además de trabajar por las noches también tiene un empleo durante las mañanas como estrategia para acercar más ingresos a la familia. Aunque dice que hasta donde ella percibe su hijo no consume drogas, porque no presenta ninguna “actitud” de los adictos, agrega que no “puede meter las manos al fuego por él”.

En situaciones sociales como inseguridad en la colonia y en el entorno urbano, como drogadicción y violencia en la calle, Enríquez (2005) argumenta que las mujeres sienten temor e intranquilidad manifestada a través de dolor de cabeza, trastornos del sueño y variaciones en el apetito; las formas de regular esos estados emocionales es a través de redes de apoyo familiares y de amigos, cuando no tienen vínculos buscan formas de protegerse, como no salir o encerrarse en casa.

Los problemas económicos en las familias también son atribuidos al consumo de drogas, sobre todo cuando el adicto es el cónyuge varón, pero también se menciona a los hijos como consumidores de drogas, y, en algunos casos las mujeres entrevistadas también han sido consumidoras de drogas. En este sentido, hay situaciones donde el fácil acceso a las drogas se menciona como parte de la cotidianidad de la comunidad, como algo natural, algo que ya no es clandestino, por tanto ya no es necesario esconderse para ofrecer o consumir drogas. Un caso extremo es la situación en que se encuentra viviendo la familia González, donde Sara había sido adicta y su pareja es adicto al alcohol y a otras drogas. De jóvenes, ambos habían estado internados en el Consejo Tutelar para Menores debido a su adicción. Al momento de la entrevista Sara

había dejado de consumir drogas, no así su pareja, que no trabaja ni aporta recursos económicos, constantemente esta drogado y es violento tanto con sus hijos como con Sara, incluso durante sus embarazos. Una situación similar vive la familia Ramírez, el esposo de Martha también se droga y en muchas ocasiones lo ha hecho frente a sus hijos. Finalmente, cuando Luz Ramos recién conoció y se casó con su esposo también era adicto, sin embargo, hace ya algunos años que ha logrado rehabilitarse.

“Mi esposo usa cristal y lo consigue con lo que gana cuando trabaja. Cuesta como 50 o 60 pesos cada dosis. Pero él no es drogadicto de los de diario, él no, él no, un día sí y cuando yo miro que ya le está pasando algo ya le deja. Ahorita ya tiene vario tiempo de que de lo primero... de por qué se drogaba delante de ellos [de sus hijos], ahora lo esconde en un cigarro como si fuera un cigarro normal y así pues... sí se droga, pero llega drogado o ya se va” (Martha Ramírez).

“Él [esposo de Luz] ya era drogadicto, cuando vino aquí ya llegó drogadicto, allá en México se usa que cuando están más chicos se bolsean (inhalan) el “chemo”, con tiner o el pegamento, entonces él ya venía con eso. Pero como acá es frontera se conocen otras drogas que la mariguana y conoció otras cosas, fue cuando inició con eso” (Luz Ramos).

En las familias en fases de dispersión se observa que es más frecuente el consumo de alcohol en sus cónyuges, lo que ha afectado su condición de pobreza; sin embargo, en las familias Escalante, García, Andrade, Esquivel y Díaz el consumo de alcohol y/o drogas de alguno de sus hijos varones ha provocado tanto conflictos familiares como mermado su situación económica. Josefina Escalante y Severa García, ambas jefas de familia, comparten su vivienda con algún hijo consumidor de drogas y/o alcohol; de hecho, ellos alguna vez habían formado una familia, pero después de la separación y divorcio regresaron al seno familiar.

Es recurrente encontrar la prolongada dependencia económica de los hijos hacia los padres no obstante que éstos ya rebasaran por muchos años la mayoría de edad; incluso esta actitud se observa aún en los hijos no co-residentes. Esta carga puede llegar a ser demasiado grande. Para Josefina Escalante es un alivio que su hijo esté en la cárcel; para ella su hijo ha representado constantes conflictos y una carga muy pesada para ella. Josefina comenta que su hijo siempre está drogado, hace mucho escándalo, le roba lo que tiene, no trabajaba y siempre anda metido en problemas. El hecho de que Josefina se siente tranquila porque su hijo esté en la cárcel no es para ella un indicador de “ser mala madre”, por el contrario tiene la esperanza de que éste se rehabilitara. De entrada,

las características personales de Josefina, tales como su edad, condición de salud y de pobreza, sumado a que su hijo sea consumidor de drogas y dependiente económico de ella, la posiciona en un alto nivel de vulnerabilidad.

- Malestar emocional

La enfermedad que sufrió José Gómez fue determinante para que cambiara no sólo su situación económica, si no el bienestar emocional de Perla. A pesar de que en ese momento estaba embarazada estuvo día y noche por varios meses en el hospital al pendiente de él; además se hizo cargo parcialmente del negocio que él tenía y también seguía atendiendo a sus hijos. Actualmente el esposo de Perla tiene seis años trabajando en Estados Unidos; Perla expresa sentir un profundo dolor por la decisión de su esposo de irse a trabajar a los Estados Unidos para tener mayores ingresos; ella lo toma como un acto de incompreensión y de ingratitud de parte de su esposo. Para Perla es más importante que su pareja esté a su lado a reserva de que vivieran con escasos recursos económicos; al final ella siente un balance negativo tanto en lo económico como en lo emocional.

“Ya lo iban a desconectar, un día antes me dijeron que lo iban a desconectar porque ya no teníamos dinero para pagar, y ya se iba a morir... mi esposo me dijo: “Yo lo que más siento es que te voy a dejar sin nada, me voy a ir y te voy a dejar sin nada, vas a tener que buscarle”. Gracias a Dios sobrevivió, pero me da mucha tristeza que se haya ido [a Estados Unidos] porque yo sufrí mucho con él, estuve con él día y noche cuidándolo en el hospital. Por eso digo: “Por qué me dejó, por qué se fue”, eso es lo que más me duele. Gastamos todo el dinero, por eso me da tanta tristeza. Es algo que aún no he podido superar, que me haya dejado tanto tiempo; cómo es posible que después que lo ayudé tanto tiempo me haya dejado. Trataba de justificarlo porque se fue a trabajar, sólo se fue a hacer tonto allá, ahora más que nada yo lo necesito. Ya tiene cerca de 6 años allá... la gente me dice que él es muy tonto, porque dicen que otra mujer como yo no se la va encontrar en ningún lado. Tengo 22 años de casada, cuando él se enfermó ya casi teníamos los 15 años juntos... Aunque tuviéramos poquito me sentía bien, porque comíamos juntos, no me exigía cierto tipo de comidas -todos esos detallitos-, aunque fuera pobremente pero comíamos contentos”
(Perla Gómez).

- Violencia doméstica

En las familias de Martha Ramírez y Sara González sufren violencia doméstica. Martha Ramírez empezó a recibir golpes de su pareja cuando éste empezó a tomar y consumir drogas. La agresión incrementaba cuando Martha pedía a Marcos que trabajara para

llevar dinero a casa. La violencia doméstica no se limitó al aspecto físico, sino también al sexual; el DIF retiró temporalmente a los niños de la familia porque se sospechaba de abuso sexual, razón por la cual Martha y sus hijos abandonaron la vivienda.

Por su parte, Sara también constantemente es golpeada por su pareja, incluso en sus embarazos; Rubén también consume alcohol y drogas, y no aporta recursos económicos a la familia.

“Yo siempre trabajaba, yo siempre; me golpeaba cuando empezó a tomar y pues ahora se droga, entonces yo no, yo no. Cómo te dijera, yo no me animaba a dejarlo, a perder lo material: “¿Y cómo le voy a hacer?”. Él siempre me amenazaba que me iba a matar y que no sé qué para que yo no lo pudiera dejar” (Martha Ramírez).

IV. Recapitulación

En resumen, en las familias en fase de dispersión ubicadas en el umbral de pobreza alimentaria se observa que los adultos mayores cuentan con servicios de seguridad social gracias a que alguno de sus hijos los tienen afiliados, o bien, lo reciben debido a que son jubilados; mientras que en las familias en fase de consolidación y con pobreza de capacidades quienes cuentan con este servicio son los hijos jóvenes que se encuentran trabajando en el mercado de trabajo, sin embargo, no utilizan este servicio. Las familias ubicadas en el nivel de pobreza patrimonial gozan de este servicio debido a que alguno de sus integrantes cuenta con un trabajo formal. Cuando alguna persona enferma, generalmente acostumbra acudir a los servicios de la Secretaría de Salud; los servicios de seguridad privada son utilizados por aquellas personas que cuentan con redes de apoyo social, por ejemplo, un médico conocido, o bien en clínicas que ofrecen consultas de bajo costo, entre ellas se incluyen aquellas que pertenecen a centros comunitarios. Finalmente, se observa que cuando existe una persona que requiere cuidados médicos especiales, se altera toda la dinámica familiar. Incluso implica que los trabajadores- cuidadores tengan que pedir constantemente permisos y préstamos para atender a los enfermos poniendo en riesgo su fuente de trabajo.

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges perciben que los servicios de salud no siempre son de buena calidad. Aunque reciben atención médica, no siempre tienen acceso a medicamentos, no los compran, no se hacen estudios de laboratorio; en el mejor de los casos como estrategias retrasan su atención médica y seguimiento hasta que pueden asumir ese gasto. Tienen que optar por atenderse médicamente o darle de

comer a su familia. Descuidan su salud por atender fuertes cargas de trabajo doméstico y extra-doméstico.

El que enferme el principal proveedor del hogar es uno de los principales riesgos para que el nivel de bienestar de la familia se vea drásticamente afectado. Se observa en algunas familias la acumulación de desventajas a raíz de que un miembro de la familia enferme; en otros casos hay más de un miembro del núcleo familiar enfermo. Las complicaciones generadas –producto de las enfermedades– en algunos casos generan la incapacidad de lograr una rehabilitación física definitiva, la familia tampoco logra salir de la pobreza. Algunas enfermedades son factor de riesgo de que se pierda el empleo, el negocio, los ahorros y los planes futuros. El no tener servicios de seguridad social debido a que trabajan en el sector informal o por cuenta propia vuelve más vulnerable a toda la familia; sin embargo, la capacidad de respuesta de los individuos y las familias para acceder y manejar recursos/activos han sido determinantes para enfrentar los riesgos sociales y económicos que generan las enfermedades.

Finalmente el estado de salud de las mujeres entrevistadas y de su familia no se restringe al componente físico. En las relaciones intrafamiliares se generan conflictos, violencia doméstica, consumo de alcohol y/o drogas que afectan tanto la condición de pobreza de la familia como el estado de salud social y emocional de la mujer jefa y de los demás integrantes de su familia. La composición de parentesco, la etapa de ciclo vital, así como las redes de apoyo familiar juegan una pieza clave para comprender de qué manera estos fenómenos sociales afectan a la familia.

Se observa que la mitad de las familias que se ubican por debajo del umbral de pobreza alimentaria se enfrentan diariamente a estos riesgos. En seis de las siete familias en fase de expansión predomina el consumo de alcohol y/o drogas en los cónyuges varones y las mujeres jefas de familia, que aunque no se declaran adictas, cuatro de ellas sí han recurrido alguna vez al consumo de alcohol y/ drogas como una forma de regular los sentimientos de angustia y ansiedad ante la situación de precariedad económica y conflictiva que están viviendo. En tanto, en seis de las nueve familias en fase de dispersión se menciona la presencia de conflictos, violencia y/o consumo de alcohol y drogas que afectaban la condición de precariedad material de la familia y además generan sentimientos de angustia, ansiedad y desesperanza.

CONCLUSIONES

En el marco de la desigualdad social y de la pobreza, en esta investigación se ha buscado **analizar desde una perspectiva sociocultural cómo un grupo de familias experimenta, enfrenta y significa situaciones de pobreza en la búsqueda de una mejor calidad de vida**, tomando como referencia la voz de mujeres jefas de familia y/o cónyuges (informantes clave) las cuales exponen su trayectoria de vida familiar frente a situaciones de pobreza.

Tomando como categorías analíticas el tipo de familia (residencial e interacción), composición de parentesco (nuclear, extensa o compuesta), estructura familiar (ciclo doméstico-expansión, consolidación y dispersión) y los umbrales de pobreza (alimentaria, capacidades y patrimonial); en primer lugar, se analizan las experiencias que viven y experimentan las familias en el proceso de lograr su bienestar objetivo, para lo cual es pertinente recurrir a la vulnerabilidad como marco normativo; es decir, ante un contexto macroestructural y económico desigual caracterizado por la persistente exposición al riesgo y una limitada estructura de oportunidades, se analiza el proceso que experimentan las mujeres jefas y/o cónyuges y sus familias al desarrollar estrategias para acceder y movilizar recursos/activos para lograr el bienestar objetivo (fuentes de recursos, consumo, vivienda, educación y salud).

En la segunda parte se exploran los significados que experimentan las mujeres jefas de familia y/o cónyuges en el proceso de buscar mejores condiciones de vida; es decir, qué percepciones y sentimientos que se desencadenan en las mujeres entrevistadas son atribuidos a su condición de pobreza (satisfacción, ansiedad, angustia y esperanza).

En la tercera parte se busca analizar los conflictos y solidaridades que se generan en las relaciones intrafamiliares vinculados con la privación objetiva. Es decir, qué conflictos y solidaridades vive la cónyuge o jefa de familia con su pareja al experimentar situaciones de pobreza; qué sentimientos vive la mujer madre o jefa de familia ante su “responsabilidad” de cubrir las necesidades básicas de sus hijos; qué conflictos y solidaridades experimenta la madre o jefa de familia con sus hijos ante situaciones de pobreza. En la última parte se concentran una serie de reflexiones y conclusiones finales.

i. Vida familiar y procesos de vulnerabilidad social

La desigualdad y la vulnerabilidad social son rasgos persistentes en América Latina y México. De hecho, más de la mitad de la población vive en condiciones de extrema pobreza, caracterizada por altos niveles de precariedad en el empleo, en los ingresos, en la escolaridad y en la salud. En resumen, la población de América Latina y México vive en un estado de precariedad generalizada entremezclada con altos niveles de vulnerabilidad social. Ciertamente las familias que son estudiadas en esta investigación también experimentan altos niveles de desigualdad y vulnerabilidad social cristalizados en extremas condiciones de pobreza; entonces, ¿qué rasgos distintivos presentan las situaciones de pobreza en la vida familiar de las 18 mujeres jefas y/o cónyuges y sus familias en esta investigación?

Es interesante encontrar que a reserva de la persistente exposición al riesgo y de las múltiples situaciones de pobreza que han experimentado las familias en Tijuana, la mayoría de las mujeres entrevistadas no se autodefinen como pobres. Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges definen a una persona pobre cómo alguien que no tiene nada para comer, que no tiene un techo, que no tiene con qué cobijarse.

Aunque reconocen que en Tijuana hay muchas personas pobres que no tienen apoyo de nadie –ni del gobierno, ni de la sociedad, ni de su familia– no sienten que compartan su condición de pobreza con estas personas. López y Ordóñez (2006) lo atribuyen a que las personas pobres en Tijuana toman como punto de referencia previas condiciones de pobreza más agudas en sus lugares y familias de origen.⁷³ Además de las razones antes expuestas, para las mujeres entrevistadas reconocerse como pobres en Tijuana implica, de cierta manera, asumir que no se tiene la “*capacidad de aprovechar el sinnúmero de oportunidades*” que en el imaginario colectivo ofrece esta frontera.

⁷³ “(...) Bajo esta premisa proponemos la hipótesis de que, aunque en las familias de formación de las jefas persiste una situación de pobreza heredada de sus padres, se trata de una situación diferente, ya que de la precariedad rural han pasado a la pobreza urbana, cuyas características se refieren tanto a las necesidades materiales y humanas como a la visión de sentido común con que las mujeres interpretan estas experiencias” (López y Ordóñez, 2006:248)

Exposición al riesgo:

Uno de los elementos fundamentales que atraviesa todo el trabajo es la vulnerabilidad social que experimentan las mujeres entrevistadas, lo que las expone a mayores riesgos y a que sufran con mayor rapidez y con mayor intensidad el impacto de la desigualdad social. La violencia en todas sus modalidades es un tema recurrente en todas las entrevistas. Para las familias pobres, el grado de exposición al riesgo en Tijuana está presente en diferentes niveles. La violencia en la ciudad ha generado desconfianza en la gente; antes se podía llegar a una casa y pedir trabajo, ahora ya no, eso limita oportunidades. La violencia y el vandalismo en la colonia se han vuelto una costumbre, sobre todo el fácil acceso a las drogas. En el interior de algunas familias también se observa tensión –consumo de drogas tanto en hombres como en mujeres, abuso en el consumo de alcohol, conflictos y violencia intra-doméstica– aunque estos fenómenos también se presentan en familias no pobres, el hecho de que las familias estudiadas vivan en precarias condiciones socioeconómicas, sumada a su situación de vulnerabilidad parece intensificar la forma en que la experimentan, la significan y la enfrentan.

Las situaciones de pobreza que han experimentado algunas familias no sólo las ha enfrentado a padecer carencias materiales; sino que debido a la estrechez de estructuras de oportunidad sus vidas se tornan más difíciles al acumularse una serie de desventajas sociales como la falta de empleo, la deserción escolar, el haber tenido más de una pareja, la violencia doméstica, las enfermedades, el consumo de alcohol y drogas.

Estructura de oportunidades:

Independientemente de la edad y del ciclo de vida familiar, la mayoría de las mujeres jefas y/o cónyuges coincide en que salen de sus lugares de origen escapando de condiciones de pobreza, migran a Tijuana en busca de trabajo y mejores oportunidades para sus familias. El balance general entre “allá en el Sur, aquí en Tijuana” dista mucho de estar a favor o en contra; de hecho más bien es una imagen, matizada por (des)ventajas, las cuales no siempre tienen límites bien definidos.

Por un lado encontramos que vivir en Tijuana implica experimentar altos niveles de vulnerabilidad, precariedad en la vivienda y los servicios, aislamiento y falta de apoyo de redes familiares y, por otro lado, Tijuana representa para las familias pobres mayor

acceso a fuentes de recursos, incluyendo una gran cantidad de redes sociales de apoyo, también representa no sentir discriminación por ser pobres.

Para las familias pobres las oportunidades tienen una doble cara, esto es, ser pobre en Tijuana representa tener mayor probabilidad de cubrir algunas necesidades básicas y de consumo de su familia, pero no necesariamente lograr la calidad de vida familiar. Tener, pero la mayoría de las veces desechos; acceder pero a servicios escasos y de mala calidad; en las fuentes de recursos, buscar, salir y encontrar, pero siempre a medias; es decir, trabajo formal inestable y mal remunerado, trabajo informal accesible, pero sin seguridad social y precarios ingresos. Sin embargo, la estructura de oportunidades también representa tener siempre esperanza, planes y ver hacia el futuro aunque siempre con inseguridad e incertidumbre.

A manera de síntesis, Tijuana es un lugar donde las familias pobres sólo sobreviven, pero no salen de la pobreza. Es un lugar donde los ingresos son suficientes pero sólo para sobrevivir. Una ciudad que mantiene a los pobres manteniéndolos en la pobreza.

En otro orden de ideas, las redes de apoyo familiar las encontramos en dos direcciones; por una parte, en las familias ubicadas por debajo del umbral de pobreza alimentaria, las redes de parentesco como principal componente de la estructura de oportunidades informal presenta serias limitaciones en esta ciudad. Las familias de residencia carecen de redes de apoyo familiar para enfrentar su condición de pobreza, pues aunque tienen parientes en la ciudad, pocas veces es posible contar con ellos, ya sea porque también experimentan condiciones de pobreza, porque viven en colonias alejadas o porque prefieren evitar conflictos. En el umbral de pobreza alimentaria la interacción que se mantiene con un pariente no co-residente, más que una red de apoyo familiar se convierte en una dependencia que perpetúa la condición de pobreza, por ejemplo, tener que cuidar o hacerse cargo del cuidado y manutención de nietos.

En cambio, en el umbral de pobreza de capacidades las redes de apoyo familiar tienden a presentar mayores niveles de reciprocidad; mientras que en el umbral de pobreza patrimonial las redes de apoyo familiar tienden a presentar mayor dependencia de los hijos casados no co-residentes, situación que parece repercutir directamente en la condición de pobreza de las familias estudiadas.

En el mismo orden de ideas, las redes de apoyo social parecen tener una relación con la cercanía de Tijuana con Estados Unidos, la cual juega un papel fundamental en el estudio de la pobreza en la frontera. La presencia de Estados Unidos es constante en la ciudad, en las colonias y en las vidas de las familias pobres. Esta situación ha creado un fuerte vínculo entre algunas familias pobres y grupos caritativos de norteamericanos, que cuentan ya con una larga presencia en Tijuana, donando comida, ropa y juguetes; ayudan a construir casas y centros comunitarios y organizan eventos en días festivos. Algunos de ellos realizan estas acciones de asistencia social con fines caritativos, mientras que otros tantos lo hacen con fines de propaganda y atracción religiosa. Por otra parte la presencia de organizaciones de la sociedad civil cada vez es más fuerte en las comunidades.

Capacidad de respuesta:

La movilidad de fuerzas de trabajo e ingresos representa una de las principales fuentes de recursos para las familias pobres. Las familias ubicadas por debajo del umbral de pobreza alimentaria carecen de redes de apoyo familiar, cuentan con una menor cantidad de fuerza de trabajo y menor participación en el mercado formal. En contraste, las familias de interacción ubicadas por debajo del umbral de capacidades y patrimonial tienen una mayor movilidad de fuerza de trabajo en el sector formal, debido a que están integradas por personas en edad productiva, en la transición entre las fases de expansión y consolidación del ciclo doméstico, y cuentan con la participación de parientes no co-residentes.

Las familias recurren a estrategias para generar más ingresos, como incrementar el número de horas extras en el trabajo o incorporar a las mujeres cónyuges e hijos jóvenes al mercado de trabajo; también se observan estrategias de reproducción para mejorar la fuerza de trabajo. La necesidad de las familias pobres por buscar una mejor calidad de vida en muchas ocasiones las dirige hacia los Estados Unidos, que se convierte en muchos de los casos en una de las principales opciones. En este sentido, tres de las mujeres jefas de familia con estadounidense, aprovechan este activo tangible para cruzar “al otro lado” y trabajar como empleadas domésticas. También se da la situación de que otros miembros de la familia, ya sea el esposo o hijos, cruzan “al otro lado” en repetidas ocasiones para trabajar y solventar los gastos familiares independientemente de tener o

no pasaporte o permiso para trabajar. Esta estrategia les permite cubrir momentáneamente sus necesidades básicas y de consumo, pero en ninguno de los casos estudiados se da cuenta que trabajar en los Estados Unidos resuelva definitivamente su condición de pobreza.

Las estrategias de consumo familiar implican acciones que van desde administrar los recursos, situación que no siempre es posible, ya sea por la dependencia prolongada de los hijos no co-residentes o por el consumo de alcohol y/o drogas de cónyuges o de hijos varones que han regresado a casa después de un fracaso matrimonial. Los recortes en el consumo de alimentos es una de las principales estrategias utilizadas por todas las familias. Con excepción de las familias de dispersión ubicadas por debajo del umbral de pobreza alimentaria; el consumo no se restringe a alimentos básicos si no que las entrevistadas buscaban variedad. Aquí se observa el consumo de bienes y productos de desecho o segunda mano en mercados sobre ruedas, en más de una situación se busca consumir productos de marca a reserva de que éstos no sean nuevos.

En cuanto al proceso de adquisición de un terreno, autoconstrucción de una vivienda, equipamiento e introducción de servicios públicos, las familias de residencia muestran menor capacidad de respuesta debido a que cuentan con una reducida disposición de fuerza de trabajo, menores ingresos, están en la fase inicial de expansión o final de dispersión y además carecen de redes de apoyo familiar, no obstante el haber logrado hacerse de un terreno y de una casa de una sola habitación en precarias condiciones ha sido un importante logro que representa seguridad en las mujeres jefas y/o cónyuges y sus familias. En las familias de interacción en fases de consolidación y dispersión tienen mayor capacidad de respuesta para adquirir una vivienda con menor precariedad que las anteriores, las mujeres entrevistadas manifiestan satisfacción por la vivienda que tienen e incluso mencionan planes de ampliación y mejoramiento de su casa.

Las familias en fase de dispersión ubicadas bajo el umbral de pobreza alimentaria son las que presentan menor nivel de escolaridad, de hecho la mayoría de las entrevistadas y sus cónyuges son analfabetas. Los hijos que pertenecen a las familias en fase de expansión con pobreza alimentaria tienen altos niveles de vulnerabilidad que les ha privado de la oportunidad de ir a la escuela. En cambio, en los umbrales de capacidades y patrimonial, los progenitores cuentan con nivel escolar básico, logran también brindar

educación básica y preparatoria a sus hijos, siempre y cuando éstos se incorporen al mercado laboral y combinen escuela con trabajo.

Los motivos de deserción escolar entre las familias de origen y las familias de formación tienen varios puntos de encuentro, como la escasez de recursos económicos, la incorporación de los hijos al mercado laboral a temprana edad, los conflictos familiares y las relaciones desiguales entre géneros; sin embargo, en las familias de formación son mencionados también el que los hijos no quieran seguir estudiando, pues al entrar al mercado de trabajo entran también al mercado de consumo.

Las mujeres jefas de familias han desarrollado estrategias para que sus hijas casadas no co-residentes continúen estudiando. También se menciona la capacidad de los hijos jóvenes de incorporarse al mercado laboral con la intención de solventar su deseo de continuar estudiando, superando así su papel tradicional de dependientes pasivos. Finalmente, también se manifiesta el deseo de seguir estudiando de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges, sin embargo, esta ilusión parece cristalizarse en aquellas mujeres en la transición entre las fases de consolidación y dispersión en los umbrales de capacidades y patrimonial.

Significados: Percepciones y sentimientos /Relaciones intrafamiliares (conyugales y parentales.

A través de este estudio se ha visto cómo en el diario vivir de las mujeres y sus familias se experimentan constantes incertidumbres para lograr atender a una serie de necesidades básicas para la sobrevivencia. En este sentido, la relación de pareja parece jugar un papel fundamental; en otras palabras, la presencia o ausencia, el apoyo o no de la pareja impacta la manera en que se enfrenta la condición de pobreza, en que se experimentan o no situaciones usuales a ella, como la violencia doméstica, el alcoholismo y la condición de género.

Entre los conflictos en las relaciones de pareja que mencionan las entrevistadas se encuentra la inhabilidad para reponerse de crisis relacionadas con el trabajo o la salud, lo que provoca cambios de carácter y frustración de parte de sus parejas (cónyuges varones). También se menciona la dificultad para expresar los sentimientos y la sexualidad, principalmente por la falta de espacio físico en la vivienda. De igual forma

está la infidelidad, la violencia intradoméstica, la drogadicción, el alcoholismo, el abandono y la incapacidad de sostener el papel tradicional de jefe de familia proveedor.

De hecho, sólo la mitad de las mujeres entrevistadas mencionan tener pareja al momento de la entrevista; sin embargo, durante el recuento de la trayectoria de vida familiar se menciona en más de una ocasión el papel que ha jugado la presencia de una pareja (cónyuge varón), y cómo éste ha sido determinante en la forma en que se ha experimentado, significado y enfrentado la pobreza. Uno de los aspectos que sobresale es la complejidad que muestran los diferentes arreglos de pareja, en este sentido, el estado civil no se restringe a las categorías censales, sino que incluye una serie de variantes que van cambiando constantemente con el curso de vida de las mujeres.

En cuanto al apoyo de la pareja, el balance no parece del todo alentador, de las nueve mujeres que mencionan tener pareja en el momento de la entrevista cuatro de ellos no trabajaban: el primero es jubilado, el segundo está enfermo, el tercero es consumidor de drogas, y el cuarto –después de una serie de fracasos en su negocio de cerrajería- ha decidido quedarse en casa y dejar de trabajar.

El apoyo de la pareja se presenta en tres vertientes: la primera es el apoyo tradicional, donde él es el único proveedor y ella la ama de casa. El segundo es el apoyo mutuo, por una parte éste se presenta de una manera continua cuando el jefe de familia es el principal proveedor y ella apoya con trabajo secundario en labores extradomésticas para contribuir al ingreso familiar; por otra parte, el apoyo mutuo es intermitente cuando ella realiza algunas acciones para apoyar a su pareja para que éste se capacite más y logre obtener un mejor empleo. El tercero es el escaso o nulo apoyo del cónyuge varón, por tanto, las mujeres jefas de familia se han convertido en las principales proveedoras; de hecho, esta situación se presenta en la mayoría de las familias estudiadas.

También se observa una relación entre la necesidad por cubrir las necesidades básicas de la familia y una serie de conflictos en la pareja. Se menciona la relación entre conflictos en la pareja y los escasos ingresos que logran obtener; la inhabilidad para reponerse de enfermedades y reincorporarse a la vida laboral; la dificultad de compartir su sexualidad por falta de espacio físico; y, la utilización de los recursos familiares para el consumo de alcohol y drogas. Estas situaciones parecen desenlazar conflictos en la

pareja que iban desde la frustración, ciertos roces, discusiones y desacuerdos hasta violencia física cuando alguna de las mujeres exige más apoyo. En las familias donde se experimentan constantes conflictos, varias de las mujeres jefas mencionan que han preferido prescindir de la presencia de una pareja.

La relación entre padres e hijos genera sentimientos encontrados que van desde la responsabilidad de tener que cubrir sus necesidades básicas y de consumo, desarrollar habilidades especiales para brindarles mayor protección y educación a los hijos; hasta aquellas que tienen que ver con las expectativas de su vida futura, pero también con la desilusión y la dependencia prolongada. El balance entre las obligaciones, expectativas y logros en varias situaciones excluye el apoyo del cónyuge varón y la reciprocidad de los hijos.

Se observa que el nacimiento de los hijos cambia la situación familiar, incluyendo la condición socioeconómica. Algunos de los sentimientos que se experimentan en la relación padres-hijos parecen relacionarse con su situación de pobreza. Así, las mujeres-madres sienten angustia por tener que dejar a sus hijos solos para salir a trabajar debido a que carecen de redes de apoyo social y familiar. Por su parte los hijos experimentan sentimientos de rechazo, vergüenza, inseguridad, maltrato y presión debido a la precariedad y a la falta de oportunidades. De hecho, en algunos casos estos sentimientos se intensifican por la ausencia del padre.

A la vez, las mujeres - madres manifiestan tener expectativas de que la vida futura de sus hijos sea mejor. En este sentido, dirigen sus esfuerzos a estimular y apoyar a sus hijos, sobre todo en los casos en los que tienen hijos menores de edad. Pero no todas las familias pueden brindar mínimas oportunidades a sus hijos, hubo casos que aunque tienen los deseos de una mejor calidad de vida para sus hijos, su presente y futuro son inciertos; debido a que no han sido registrados, no asisten a la escuela, además de que ambos padres carecen de la posibilidad de cubrir sus mínimas necesidades.

Aunque en el momento de la entrevista no todos los hijos que las mujeres entrevistadas viven con ellas, varios de los hijos casados no co-residentes siguen dependiendo económica y emocionalmente de ellas. Estas situaciones se presentan cuando alguno de sus hijos es consumidor de alcohol o drogas; pero también cuando los hijos siguen

consumiendo recursos de sus padres, mostrando así falta de reciprocidad hacia sus padres.

Reflexiones finales

El haber pedido a las mujeres jefas de familia y/o cónyuges que compartieran su trayectoria de vida familiar frente a la pobreza es un hecho que les provoca sentimientos encontrados. Durante cada una de las sesiones se remueven sentimientos al recordar dolores, revivir muchas situaciones que piensan que ya han quedado atrás, pero que al relatarlas aún duelen. Al final, algunas mujeres reflexionan cómo una y otra vez se repiten los mismos patrones, los mismos “errores”. A la vez, en la mayoría de las entrevistas las mujeres jefas de familia y/o cónyuges dan las gracias por haber sido escuchadas.

Por mi parte me llevo una valiosa experiencia, tanto como científica social como ser humano y mujer. Como científica social aprendí que estudiar la pobreza es una tarea ardua de la que mucho se ha escrito, pero también aprendí que mientras permanezca el fenómeno de la pobreza en tan altos niveles, habrá muchos pendientes por tratar. Aprendí también que es necesario tener medidas estandarizadas para saber quién es pobre y cuál es la intensidad de la pobreza; aprendí que cuando se trata de estudios cualitativos, las medidas estandarizadas –aunque muy útiles para describir la condición de pobreza de la familia estudiada, las medicas estandarizadas al final terminan siendo arbitrarias y poco válidas para incorporar tanto los procesos como la subjetividad de las familias pobres.

Reforcé también mi convicción profesional de que las mujeres y las familias pobres no son números, ni pueden ser entendidas bajo un cierto umbral de la pobreza. Cada mujer y cada familia son únicas, su experiencia, procesos, percepciones, sentimientos, deseos y esperanzas son infinitos; sin embargo, sí encontré algunas constantes que se pueden rescatar. De cada una de las jefas y/o cónyuges informantes y de sus familias también aprendí la perseverancia y la esperanza de querer vivir mejor.

BIBLIOGRAFÍA

Aceves, Jorge (1994), "Oscar Lewis y su aporte al enfoque de historias de vida", *Alteridades*, 4(7), pp. 27-33. México.

Acosta, Félix. (1997) "Los estudios sobre jefatura de hogar femenina y pobreza en México y América Latina", en Javier Alatorre (Coord.), *Las mujeres en la pobreza*, México, Gimtrap/ El Colmex.

Acosta, Félix; Solís Marlene (1999), "Mujer, trabajo y bienestar: un análisis de casos de hogares con jefatura femenina", en Manuel Ribeiro y Raúl López, *Políticas sociales sectoriales: tendencias actuales*, Nuevo León, México, Facultad de Trabajo Social, UANL.

Aguiar y Medrano (1999), "Red social y de apoyo emocional en mujeres pobres urbanas", en Rocío Enríquez (Coord.), *Hogar, pobreza y bienestar en México*, México, Colección Avances / ITESO / UIA.

Aguilar, Diana (1999), "Red social y de apoyo emocional en mujeres pobres urbanas", en Rocío Enríquez (Coord.), *Hogar, pobreza y bienestar en México*, México, Colección Avances/ITESO/UIA.

Alarcón y McKinley (1994), "A poverty profile per Mexico in 1989", *Frontera Norte*, vol. 6, número especial 1.

Alatorre, Javier (1997), "Mujer y salud", en Javier Alatorre (Coord.), *Las mujeres en la pobreza*, México, Gimtrap/ El Colmex.

Alegría, Tito (1994) "*Segregación socioespacial urbana. El ejemplo de Tijuana*", *Estudios demográficos y urbanos* vol. 9, número. 2, mayo-agosto, pp.411-428.

— (1994), "Condiciones espaciales de la pobreza y una propuesta para su mundialización", *Frontera Norte*, vol. 6, número especial 1, pp.61-76.

Alonso, Jorge (1998), "Fundamentos políticos de una alternativa a la pobreza", en Luís Gallardo (Coord.), *Los Rostros de la Pobreza*, México, ITESO-UIA / Noriega editores.

Altimir, Oscar (1999), "Desigualdad, empleo y pobreza en América latina: efectos del ajuste y del cambio en el estilo de desarrollo", en Tokman y O'Donnell (Coord.), *Pobreza y desigualdad en América latina*, Argentina, editorial Paidós.

Álvarez, Guillermo (2005), *Estructura urbana de las ciudades medias en México, el caso de tres ciudades fronterizas y tres no fronterizas*, Instituto de investigaciones sociales, UABC, campus Mexicali.

Amin, Samir (1999), *Los desafíos de la mundialización*. México, Siglo XXI Editores.

Andrews, Frank (1976), *Social indicators of well-being*, Plenum. New York and London.

Ariza, Marina; Oliveira, Orlandina (2002), "Acerca de las familias y los hogares, estructura y dinámica", en Catalina Wainerman (Comp.), *Familia, trabajo y género: un mundo de nuevas relaciones*, México, Unicef, fondo de cultura económica.

__ (2002a), "Cambios y continuidades en el trabajo, la familia y la condición de las mujeres", en Elena Urrutia (2002), *Estudios sobre las mujeres, las relaciones de género en México: aportes desde diferentes disciplinas*, México, El Colegio de México / Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer.

__ (2004), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México.

Arraigada, Irma; Torres, Carmen (1998), "Género y pobreza, nuevas dimensiones", *Isis Internacional*, Santiago de Chile, ediciones de las Mujeres no. 26.

Arreola, Gerardo (1974), *Las ciudades perdidas*, México, Fondo de Cultura Económica / Colección testimonios del Fondo.

Arzate, Jorge (2004), "Elementos conceptuales para la construcción de una teoría sociológica de la carencia", en Mota y Cattani (coord.), *Desigualdad, pobreza, exclusión y vulnerabilidad en América Latina*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Administración Público, UAEM, Centro de Estudios sobre Marginación y Pobreza del Estado de México/ Universidad Federal do Rio Grande do Sul/ Asociación Latinoamericana de Sociología.

Astoreca, Marcelo; Urzúa, Raúl (1987), *La opción preferencial por los pobres: de la teoría a la práctica*, Santiago de Chile, editorial Cisoc Bellarmino.

Baber, Bernard (1964 / 1957), *Estratificación social*, México, Fondo de Cultura Económica.

Banco Mundial (1990), *Informe sobre el desarrollo mundial*, Washington, D. C.

__ (2004), *La pobreza en México: una evaluación de las condiciones y la estrategia del gobierno*, México, Banco Mundial.

Baricat, Eduardo (2000), "La sociología de la emoción y la emoción de la sociología", *papers* número 62, Madrid, España.

Barquet, Mercedes (1997), "Condicionantes de género sobre la pobreza de las mujeres", en Javier Alatorre (Coord.), *Las mujeres en la pobreza*, México, Gimtrap/ El Colmex.

Barrig, Maruja (1993), *Seis familias en la crisis*, Lima, Perú, asociación laboral para el desarrollo, ADEC /ATC.

Bastos, González (1999), "Más allá de la dominación masculina", en Rocío Enríquez (Coord.), México, *Hogar, pobreza y bienestar en México*, Colección Avances / ITESO-UIA.

Bauman, Zygmunt (1999), *La Globalización. Consecuencias humanas*, Cap. I, III, México, Fondo de Cultura Económica.

Beck-Gernsheim, Elisabeth (2003), *La reinención de la familia*, Barcelona, España, editorial Paidós.

Béjar, Raúl (1987), *Dinámica de la desigualdad social en México*, UNAM, Investigaciones multidimensionales.

Benería, Lourdes; Roldán, Martha (1992), *Las encrucijadas de clase y género*", El Colegio de México, Fondo de Cultura económica.

Bhalla, A. S., Frédéric Lapeyre (1999), *Poverty and Exclusion in a Global World*, Ed. Macmillan Press, Ltd.

Boltvinik, Julio (1984), "Satisfacción desigual de las necesidades esenciales en México", en Rolando y Tello (coord.), *La desigualdad en México*, México, Siglo Veintiuno.

___ (1990), *Pobreza y estratificación social en México*, tomo X, INEGI / IIS/ UNAM.

___ (1994), "La pobreza en América Latina, análisis crítico de tres estudios", *Frontera Norte*, vol. 6, número especial 1.

___ (2001), "Criterios de pobreza en México: generoso o avaro, uni o multidimensional", *La Jornada*, martes 22 de Mayo 2001 // economía.

___ (2003), "Eje del florecimiento humano y medición de la pobreza", *Papeles de población*, nueva época año 9 número 30, octubre – diciembre de 2003.

Boltvinik, Julio; Hernández, Enrique (1999), *Pobreza y distribución del ingreso en México*, México, D. F., editorial Siglo XXI.

Borobio, Dionisio (1998), *Familia y cultura: la familia en el umbral del año 2000*, Universidad Pontificia de Salamanca.

Bramston, Paul (2002), "Subjective quality of life: the affective dimension", en Gullone and Cummins, *The universality subjective wellbeing indicators*, Kluwer academic publishers, Social Indicators Research Series. Volume 16, Dordrecht /Boston/ London.

Bravo, Víctor (1979), "Los fundamentos teóricos de la marginalidad", *Indigenismo, modernización y marginalidad*, Centro de Investigaciones para la Integración social. México, pp. 83-116.

Bronfman, Mario (2000), *Como se vive se muere: familia, redes sociales y muerte infantil*, México, CRIM/UNAM.

Burton, Emory (1992), *Poverty debate, politics and the Poor in America*, United States of America, Greenwood press.

Camberos, Mario; Huasca, Luis (2001), "Capacidad de consumo y bienestar de los hogares de México y de la frontera norte", en *Comercio exterior*, Vol. 51, número 3, México, marzo de 2001.

Campos, Julieta (1995), *Qué hacemos con los pobres: La reiterada querrela por la nación*, México, Nuevo Siglo, Aguilar.

Casado, Demetrio (1986), *El bienestar social acorralado: Comunidad, mercado, sociedad, estado y cooperación*, editorial Humanitas.

Castel, Robert (2001), "Empleo, exclusión y las nuevas cuestiones sociales", en *Desigualdad y globalización: cinco conferencias*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Castells, Manuel, (1999), *La era de la información, Economía, sociedad y cultura*, Siglo XX.

Castillo, Jaime; Patiño, Elsa; Zermeño, Sergio (2001), *Pobreza y organizaciones de la sociedad civil*, México, editorial de la red nacional de investigación urbana.

Castles, Stephen and Alastair Davidson (2000), *Citizenship and Migration*, New York, N. Y.: Routledge.

CEPAL (1997), *La brecha de la equidad*, Santiago de Chile, Naciones Unidas.

___ (1999), "Los recursos de las familias urbanas de bajos ingresos para enfrentar situaciones críticas", en Santiago de Chile, Lc/mvd/r.171 rev.1, Marzo.

___ (2001), "Familias latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo", *Serie Políticas Sociales*, núm. 57. LC/L. 1652-P. Publicaciones de las Naciones Unidas.

___ (2002), "Vulnerabilidad sociodemográfica: viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas", (LC/R.2086), elaborado por la División de Población de la CEPAL, Centro Latinoamericana y Caribeño de Demografía (CELADE).

___ (2003), "Panorama Social de América Latina". Síntesis CEPAL.

Chossudovsky, Michel (2002) *Globalización y pobreza: y nuevo orden social*, México, Siglo XX editores.

Chant, Silvia (1988), "Mitos y realidades en la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México", en Luisa Gabayet, et al. *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México*. El colegio de México, El Colegio de Michoacán.

___ (1992) "Composición de la unidad doméstica y consolidación habitacional", en Alejandra Massolo (comp.), *Mujeres y ciudades: participación social, vivienda y vida cotidiana*, México, El Colegio de México.

___ (1999), "Las unidades domésticas encabezadas por mujeres en México y Costa Rica: perspectivas populares y globales de las madres sin pareja", en González de la Rocha (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*", México, CIESAS, Plaza y Valdés Editores.

Christenson, Bruce; García, Brígida; Oliveira, Orlandina (1989) "Los múltiples condicionantes del trabajo femenino en México", en *Estudios sociológicos*, Vol. VII, Núm. 20.

- CONAPO (2000), *Índice de Marginación, México*, Consejo Nacional de Población.
- Cordera, Rolando; Tello, Carlos (1984), *La desigualdad en México, Siglo Veintiuno*.
- Corona, Rodolfo (2006), "Tendencias demográficas en la frontera Norte", en Gerardo Ordóñez y Marcos Reyes, *Los retos de la política social en la frontera norte de México*, El Colegio de la Frontera Norte, México, plaza y Valdés editores.
- Cortés, Fernando (1996), "La evolución en la desigualdad del ingreso familiar, durante la década de los ochenta", en María de la Paz López (Comp.), *Desigualdad, conflicto, redes solidarias y parentales*, México, Somete, Sociedad Mexicana de Demografía.
- ___ (2000), *La distribución del ingreso en México en épocas de estabilización y reforma económica*, México, grupo editorial Miguel Ángel Porrúa.
- ___ (2003), "¿Disminuyó la pobreza?", ponencia presentada en el VI seminario de Políticas Sociales, celebrado los días 27 y 28 de 2003, en instalaciones del Colegio de la Frontera Norte, México.
- Cortés, Fernando y otros (2002), "Evolución y características de la pobreza en México en la última década del siglo XX", *Serie documentos de investigación*, agosto 2002, México, Secretaria de Desarrollo Social.
- Covarrubias, Karla y Zermeño, Ana (2001), *Pobreza en Colima: percepciones y respuestas: proyecto de investigación*; Colima, México, Centro Universitario de Investigaciones Sociales (CUIS).
- De la Rosa, Martín (1985), *Marginalidad y pobreza en Tijuana*, Cefnomex.
- ___ (1987) *La presencia de grupos norteamericanos en Tijuana*, El colegio de la Frontera Norte.
- ___ (1990), "Estrategia popular para tiempo de crisis", en Guillermo De la Peña; Durán; Agustín Escobar y Javier García de Alba (comp.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia: Estudios sobre la sociedad urbana en México*".
- De la Torre, Rodolfo (1997), "Indicadores de desarrollo regional con información limitada", en Gabriel Martínez, *Pobreza y política social en México*, Instituto Tecnológico de México, ITAM, El trimestre económico.
- Denzin, Norman; Yvonna S. Lincoln (eds.), (1994) *Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks, London, New Delhi: Sage Publications, pp. 105-117.
- DESOE (2003), *Indicadores de desarrollo social y económico*, Gobierno del Estado de Baja California.
- Di Tella, Torcuato S (2001), *Diccionario de ciencias sociales y políticas*, editorial Emecé.
- Eguiluz, Lucía; González, María Luisa (1997), "Efectos del neoliberalismo en la familia y el hogar", en María Luisa González Marín, *Mitos y realidades del mundo laboral y familiar de las mujeres mexicanas*, Instituto de investigaciones económicas, UNAM, México, Siglo XXI.

Enríquez, Rocío (1999), *Hogar, pobreza y bienestar en México*, México, Colección Avances, ITESO-UIA.

Enriquez, Rocío (1999), “Características de los hogares urbanos”, en Rocío Enríquez (Coord.), *Hogar, pobreza y bienestar en México*, México, Colección Avances / ITESO-UIA.

__ (2005), “Malestar emocional femenino en contextos de pobreza urbana: un estudio de caso”, en Gendreau, Mónica *Los rostros de la pobreza: el debate*, Tomo IV, Universidad Iberoamericana, ITESO.

Estay, Jaime (1998), “El incremento de la polarización”, en *Los Rostros de la Pobreza*, Luís Gallardo (Coord.), México, ITESO-UIA / Noriega editores.

Esteinnou, Rosario (2004), “La parentalidad en la familia: cambios y continuidades”, en Ariza, Marina; Oliveira, Orlandina (2004), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México.

Estes, Richard (1993), “Hacia un índice de calidad de vida: Enfoques empíricos para la evaluación del bienestar humano a nivel internacional”, en Bernardo Kliksberg, *Pobreza un tema impostergable*, Fondo de Cultura Económica, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Feijoó, María del Carmen, (1998) “Dimensiones subjetivas de la pobreza”, en Irma Arraigada, Carmen Torres, *Género y pobreza, nuevas dimensiones*, ediciones de las Mujeres no. 26, Santiago de Chile, Isis Internacional.

__ (1999) “De pobres mujeres a mujeres pobres”, en Mercedes González de la Rocha, *Divergencias del modelo tradicional: Hogares de jefatura femenina en América Latina*, México, CIESAS, Plaza y Valdés editores.

Feres, Juan; Mancero, Javier (2001), *Enfoques para la medición de la pobreza: breve revisión de la literatura*, división de estadística y proyecciones económicas, Santiago de Chile, CEPAL.

Filgueira, Carlos (1999), “Bienestar y ciudadanía”, en Tokman y O'Donnell (Coord.), *Pobreza y desigualdad en América latina*, Argentina, editorial Paidós.

Frankena, William (1981), “Concepto de valor”, *Diccionario de filosofía*, Dagoberto Runes, Barcelona, Tratados y manuales Grijalbo.

Fuentes y Peña (2006), “La política de vivienda en la frontera norte de México”, en Gerardo Ordóñez, Marcos Reyes *Los retos de la política social en la frontera norte de México*, El Colegio de la Frontera Norte, plaza y Valdés editores.

Gallardo, Luís (Coord.) (1998), *Los Rostros de la Pobreza*, México, ITESO-UIA / Noriega editores.

Gans, Herbert, J. (1969), “Poverty and Culture: Some Basic Questions about Methods of Studying Life-Styles of the Poor”, Peter Townsend, *The concept of Poverty*, American Elsevier Publishing Company, Inc.

- García, Adalberto (1986), *La desigualdad económica*, El Colegio de México.
- García Brígida (1998), “Dinámica familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana”, en: Schmukler, Beatriz (Coord.) *Familias y relaciones de género en transformación*, Population Council, Edamex.
- ___ (1999), *Mujer, género y población en México*, El Colegio de México/ Sociedad Mexicana de Demografía.
- García, Brígida; Oliveira, Orlandina (2006), *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*, México, D. F., El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.
- García, Brígida; Muñoz, Humberto; Olivera, Orlandina (1982) *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, México, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de México (IISUNAM).
- Gattino, Silvia; Aquín, Nora (2002), *Las familias de la nueva pobreza*, Buenos Aires Argentina, Espacio Editorial.
- Gaxiola, Ruth. (2002) “Medio ambiente, pobreza y género: uso y manejo de recursos ambientales en los hogares de la colonia la Esperanza Tijuana, México”. Tesis maestría integral del ambiente. El Colegio de la Frontera Norte. México.
- Gendreau, Mónica (1998), “Tres dimensiones en la geografía de la pobreza”, en Luis Gallardo, *Los Rostros de la Pobreza*, México, ITESO-UIA / Noriega editores.
- Giddens, Anthony (1991), *Theory of structuration: a critical appreciation* edited by Christopher G.A. Bryant and David Jary, London; New York Routledge.
- ___ (2001), *La tercera Vía: La renovación de la socialdemocracia*, México, editorial Taurus.
- ___ (2002), *Un mundo desbocado: Los desafíos de la globalización en nuestras vidas*, México, editorial Taurus.
- Giraud, Pierre-Noël (2000), *La desigualdad del mundo*, México, Fondo de cultura Económica.
- Gómez, Cristina (1998) *Procesos sociales, población y familia*, FLACSO.
- Gómez, Guido (1988), *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, Fondo de Cultura económica.
- González, José (1998), “Políticas de vivienda para personas de escasos recursos en el área metropolitana de Monterrey: una visión gubernamental”, en Manuel Ribeiro y Raúl López (Edit.), *Políticas sociales sectoriales, tenencias actuales*, Tomo I, Universidad Autónoma de Nuevo León.
- González de la Rocha, Mercedes (1986), *Los recursos de la pobreza: Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. El Colegio de Jalisco. México.

__ (1988) “De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara”, en Luisa Gabayet, Patricia García, Mercedes González de la Rocha, Sylvia Laison y Agustín Escobar (comp.), *Mujer y sociedad: salario, hogar y acción social en el Occidente de México*, El Colegio de Jalisco- CIESAS Occidente, Guadalajara, pp. 205-227.

__ (1994) *The resources of poverty. Woman and Survival in a Mexican City*. Blackwell. Cambridge.

__ (1995), “Reestructuración social en dos ciudades metropolitanas: un análisis de grupos domésticos en Guadalajara y Monterrey”, en *Estudios sociológicos*, Vol. XIII, Núm. 38, mayo-agosto, 1995.

__ (1999) *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*”, México, CIESAS, Plaza y Valdés Editores.

__ (1999^a), “La reciprocidad amenazada: un costo más de la pobreza humana”, en Rocío Enríquez (Coord.), *Hogar, pobreza y bienestar en México*, México, Colección Avances / ITESO-UIA

__ (2006), *Procesos domésticos y vulnerabilidad: perspectivas antropológicas de los hogares con Oportunidades*, México, CIESAS, Publicaciones de la Casa Chata.

González de la Rocha, Mercedes; Escobar, Agustín; Martínez, María de la O (1990), “Estrategias versus conflicto: reflexiones para el estudio del grupo doméstico en época de crisis”, en Guillermo de la Peña; Juan Manuel Durán; Agustín Escobar y Javier García de Alba (comp.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia: Estudios sobre la sociedad urbana en México*”.

González Navarro, Moisés (1985), *La pobreza en México*, El Colegio de México.

Graaff, Johann (2003), *Poverty and development. Introductions to sociology*, Oxford University press.

Griffin, Keith (1984), *Desigualdad internacional y pobreza nacional*, México, Fondo de Cultura Económica.

Guttman, Mathew (1994), “Los hijos de Lewis: la sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos”, *Alteridades*, 1999, 4 (7). Pp. 9-19. México.

__ (1999), “A manera de conclusión: Solteras y hombres. Cambio de historia”, en Mercedes González de la Rocha, *Divergencias del modelo tradicional: Hogares de jefatura femenina en América Latina*, México, CIESAS, Plaza y Valdés editores.

Hall, Stuart y otros (1981), *Clases y estructura de clases*, México, Editorial nuestro tiempo.

Harrington, Michael (1962), *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica.

Heidegger, Martin (1927 / 2000), *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.

Held, David & Anthony Mc Grew, David Goldblatt & Jonathan Perraton (2000), *Global Transformations*, Stanford University Press.

- Herbert, Martín (1992), *Psicología en Trabajo Social*, Madrid, pirámide.
- Hernández, Emilio (1990), “Desigualdad socioeconómica en asentamientos humanos irregulares de Tijuana”, en *Cuadernos de economía*, serie V, cuaderno número 2, México, UABC.
- Hernández, Enrique (1994), “Alternativas de largo plazo para erradicar la pobreza en México”, *Frontera Norte*, vol. 6, número especial 1.
- ___ (1999), “Condicionantes Macroeconómicas de la evolución de la pobreza en México”, Julio Boltvinik y Enrique Hernández, *Pobreza y distribución del ingreso en México*, México, D. F., editorial Siglo XXI, pp. 119 - 153
- Hiernaux, Daniel, (1986), *Urbanización y autoconstrucción de vivienda en Tijuana*, México, Centro de ecodesarrollo.
- Himmelfarb, Gertrude (1984), *The idea of poverty*, New York, Alfred A. Knopf.
- Ibáñez, Elmyra (2006), “La seguridad social en la frontera norte”, en Gerardo Ordóñez y Marcos Reyes, *Los retos de la política social en la frontera norte de México*, El Colegio de la Frontera Norte, México, plaza y Valdés editores.
- Ibarra y Gendreau, (1998), “De lo Local a lo global. Alternativas de desarrollo micro y mesosocial”, en Luis Gallardo, *Los Rostros de la Pobreza*, México, ITESO-UIA / Noriega editores.
- Iguíñiz, Javier. (1994), “Buscando salidas”, ensayos sobre la pobreza, Perú, Instituto Bartolomé de las Casas.
- ___ (1999), *Desigualdad y pobreza en el mundo*, Perú, Instituto Bartolomé de las Casas, CEP.
- INEGI (1998), *Las familias mexicanas*, México, Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática.
- ___ (2000), *Baja California*, XII censo general de población y vivienda, 2000; tabulados básicos. Instituto Nacional de Estadística, Geográfica e Informática. Aguascalientes, Aguascalientes.
- ___ (2002), *Cuaderno Estadístico Municipal*. Edición 2002. Tijuana, Baja California Inegi; ayuntamiento constitucional de Tijuana. Aguascalientes. Ags. México.
- ___ (2004), *El rezago educativo en la población Mexicana*. Instituto nacional de estadística, geográfica e informática. Aguascalientes, Aguascalientes.
- Jelin, Elizabeth; Feijoo, María del Carmen (1983), “Presiones cruzadas: trabajo y familia en la vida de las mujeres”, en Catalina Wainerman; Elizabeth Jelin; María del Carmen Feijoo, *Del deber ser y el hacer de las mujeres: dos estudios de caso en Argentina*, El Colegio de México- Pispal.
- Kajanoja, Jouko (2002), “Theoretical basis for the measurement of quality of life”, en Gullone and Cummins, *The universality or subjective wellbeing indicators: a multi-disciplinary and multi-national perspective*. London, Kluwer academic publishers, Social indicators research series, volume 16.

Kaztman, Ruben (1999), *Activos y estructural de oportunidades. Estudios sobre las raíces sobre la vulnerabilidad social en Uruguay*, Montevideo, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo-CEPAL.

__ (1992), “¿Por qué los hombres son tan irresponsables?”, en *Revista de la CEPAL*, no. 46, Abril de 1992.

Kemper, Theodore D. (1990), *Research agendas in the sociology of emotions*. New York: Estate University of New York Press.

Khan, Azizur (1994), “Estudios comparativos sobre la evolución de la pobreza”, *Frontera Norte*, vol. 6, número especial 1.

Khusro, A. M. (1999), *The poverty of Nations, United Estates of America*, ST: Marin’s Press. INC.

Kliksberg, Bernardo (1993), *Pobreza un tema impostergable*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Venezuela, México, Estados Unidos, Fondo de Cultura Económica.

__ (2000), *La lucha contra la pobreza en América Latina*, Buenos Aires, Argentina, Fondo de Cultura Económica, Banco Interamericano de Desarrollo, Congreso Judío Latinoamericano.

Kusnir, Liliana (1997), “Consideraciones para un estado del arte sobre las políticas públicas y la mujer”, en Javier Alatorre (Coord.), *Las mujeres en la pobreza*, México, Gimtrap/ El Colmex.

Lenski, Gerhard (1966), “Enfoques sobre la desigualdad”, en: Claudio Stern, *La desigualdad Social*, México, SEP, Diana.

Levy, Santiago (2002), *Crecimiento, pobreza y desigualdad*, *América Latina XXI: ¿Avanzará o retrocederá la pobreza? Parlamento latinoamericano*, Fondo de Cultura Económica, México.

Lewis, Oscar (1959 / 1980), *Antropología de la pobreza*, México, Fondo de cultura económica.

__ (1986 / 1966), “Cultura de la pobreza”, en *Ensayos antropológicos*, México, editorial grijalbo, pp. 107- 123.

__ (1986a), *Ensayos antropológicos*, México, editorial Grijalbo.

Llorens, Ignacio (2000), “Prólogo, marco histórico”, en: Juan J. Rousseau, *El contrato social*, Editores mexicanos unidos.

Lomelí y Aguirre (1998), “Discursos, acciones y controversias de la política gubernamental frente a la pobreza”, en Luís Gallardo, *Los Rostros de la Pobreza*, México, ITESO-UIA / Noriega editores.

Lomnitz, Larissa (1975), *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI editores.

López (1987) *Marginación y vivienda en Guadalajara*, México, D. F., Centro de Ecodesarrollo.

López, María de la Paz (1995), *El Perfil Censal de los hogares y las familias en México*, INEGI/ SSA/ UNAM.

López, Paniagua Rosalía, (2003), “Concepciones sobre pobreza”, *Realidades económica* no. 12 (Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de ciencias y Humanidades, UNAM y docente en la facultad de economía de la UMSNH.

López, Silvia; Ordóñez, Gerardo (2006), *Pobreza, familia y políticas de género: el programa jefas de familia en Tijuana*, Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología/ El Colegio de la Frontera Norte/ Instituto Nacional de las Mujeres.

Mariñez, Freddy (1998), “¿Estrategias de supervivencia o reproducción de la pobreza?”, en Manuel Ribeiro (coord.), *Estrategias de sobrevivencia de familias pobres en la región fronteriza de México y Estado Unidos*, Facultad de trabajo social, UANL/ The School of Social Work, the University of Texas at Austin.

Lustig, Nora (1995), *El desafío de la austeridad: pobreza y desigualdad en América Latina*, México, fondo de cultura económica.

Martínez, Gabriel (1997), *Pobreza y política social en México*, Instituto tecnológico de México, ITAM. El trimestre económico.

Massolo, Alejandra (1994), *Mujeres y ciudades: participación social, vivienda y vida cotidiana*, El Colegio de México.

McKinley, Terry (1994), “Poverty Alleviation and equitable growth: the experience of Chile, Indonesia, and Malaysia”, *Frontera Norte*, vol. 6, número especial 1.

Mejía, Rocio (1998), “La pobreza en las instituciones financieras internacionales y el enfoque alternativo y otros organismos multilaterales”, en Luis Gallardo, *Los Rostros de la Pobreza*, México, ITESO-UIA / Noriega editores.

Mier, Martha; Rabell, Cecilia (2004), “Familia y quehaceres entre los jóvenes”, en Marina Ariza y Orlandina de Oliveira, *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México.

Moctezuma, Esteban (2002), *Ciudades humanas: Pobreza urbana y el futuro de las ciudades*, Gobierno del Estado de México.

Morales, Enrique; Reboloso, Francisco (1996), “Las actitudes”, en Enrique Morales, Miguel Olza, *Psicología social y Trabajo Social*, Madrid, Mc Graw Hill.

Montes de Oca, Verónica (2004), “Envejecimiento y protección familiar en México: límites y potencialidades del apoyo en el interior del hogar”, Marina Ariza y Orlandina de Oliveira, *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México.

Mota, Laura (2002), "Globalización y Pobreza", en *Espacio Abierto*, vol. 11, número 58, enero – abril.

Mota, Laura; Cattani, Antonio (coord.) (2004), *Desigualdad, pobreza, exclusión y vulnerabilidad en América Latina*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Administración Público, UAEM, Centro de Estudios sobre Marginación y Pobreza del Estado de México/ Universidad Federal do Rio Grande do Sul/ Asociación Latinoamericana de Sociología.

Moya, Miguel (1996) "Percepción de personas", en Enrique Morales, Miguel Olza, *Psicología social y Trabajo Social*, Madrid, Mc Graw Hill.

Muñoz, Mónica; Reyes, Carmen (1997), *Una mirada al interior de la Familia*, ediciones universidad católica de Chile.

Narayan, Deepa (2000), *La Voz de los Pobres: ¿Hay alguien que nos escuche?*, Madrid * Barcelona*, España, publicado para el Banco Mundial por ediciones Mundi – Prenda.

Narayan, Deepa y otros (2002), *Voices of the poor from Many Lands*, a co-publication of oxford University Press and the Word Bank.

Navarro, Raúl (1993), *Población y desigualdad social en México*, CRIM – UNAM.

Neubert, Susanne (2000), *Social impact analysis of poverty alleviation programmes and projects: a contribution to the debate on the methodology of evaluation in development cooperation*, GDI Book Series No. 14. ISSN 1460-4175, Frank Cass London, Portland, or, Published in association with the German Development Institute, Berlin. New York: St. Martins Press, ed. Macmillan Press LTD.

Niembro, Laura (1988), "El papel de la mujer en la autoconstrucción de vivienda, Zona Metropolitana de Guadalajara", en: Luisa Gabayet, Patricia García, Mercedes González de la Rocha, Sylvia Laison y Agustín Escobar (comp.), *Mujer y sociedad: salario, hogar y acción social en el Occidente de México*, El Colegio de Jalisco- CIESAS Occidente, Guadalajara.

Montenegro, Jesús (1989), "Niños, familia: actores principales de fracaso escolar", *Chemizal*, vol. 1, número 4, diciembre 1988- febrero – 1989, pp.29-43.

Nivón, Eduardo; Mantecón, Ana (1994), "Oscar Lewis revisado", *Alteridades*, 4(7): pp. 5-7, México.

Noyola, Juan (2006), "Desigualdad y pobreza en los estados fronterizos del norte de México", en Gerardo Ordóñez, Marcos Reyes *Los retos de la política social en la frontera norte de México*, El Colegio de la Frontera Norte, plaza y Valdés editores.

Nun, José (2001), *Marginalidad y exclusión social*, México, Fondo de Cultura Económica. México.

Nussbaum, Martha; Sen Amartya (2004), *La Calidad de Vida*, México, economía contemporánea, Fondo de Cultura Económica.

O'Donnell, Guillermo (1999), "Pobreza y desigualdad en América latina", en Tokman y O'Donnell (Coord.), *Pobreza y desigualdad en América latina*, Argentina, editorial Paidós.

Ojeda, Norma (1987), *Reflexiones sobre la perspectiva de curso de vida en el análisis del ciclo vital familiar: una propuesta de estudio en el caso de México*, Universidad Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias.

__ (1989), *El curso de vida familiar de las mujeres mexicanas; un análisis sociodemográfico*, Universidad Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones multidisciplinarias.

__ (1999), *Género, familia y conceptualización de la salud reproductiva en México*, El Colegio de la Frontera Norte.

Ojeda, Norma; López, Silvia (1994), "Familias transfronterizas en Tijuana: dos estudios complementarios", *Cuadernos número 6*, departamento de Estudios de Población, El Colegio de la Frontera Norte.

Ordóñez, Gerardo (2002), *La política social y el combate a la pobreza en México*, México, UNAM/ Centro de investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias Sociales/ Sedesol, Oportunidades.

__ (2003), "La lucha contra la pobreza en el gobierno de Fox: continuidad en la alternancia", ponencia presentada en el VI seminario de Políticas Sociales, celebrado los días 27 y 28 de 2003, en instalaciones del Colegio de la Frontera Norte.

Ordóñez, Gerardo; Reyes, Marcos (2006), *Los retos de la política social en la frontera norte de México*, El Colegio de la Frontera Norte, México, plaza y Valdés editores.

Ortí, Alfonso (1999), "La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social", en Delgado y Gutiérrez, *métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, España, Síntesis psicológica editorial.

Ortiz, Federico (1982), *Salud en la pobreza: el proceso salud-enfermedad en el tercer mundo*, Centro de estudios socioeconómicos del tercer mundo, editorial nueva imagen México.

Oster, Sharon, Lake, Elizabeth, Gene Conchita (1978), *The Definition and measurement of poverty*, Westview Special Studies in Applied Social Research, volume 1: A review, United States of America.

Oliveira, Orlandina (1995), "Experiencias matrimoniales en el México urbano: la importancia de la familia de origen", en *Estudios sociológicos*, Vol. XIII, número 38, 1995. México.

__ (1998), "Familias y relaciones de género en México", en: Beatriz Schmukler (Coord.), *Familias y relaciones de género en transformación*, Population Council, Edamex.